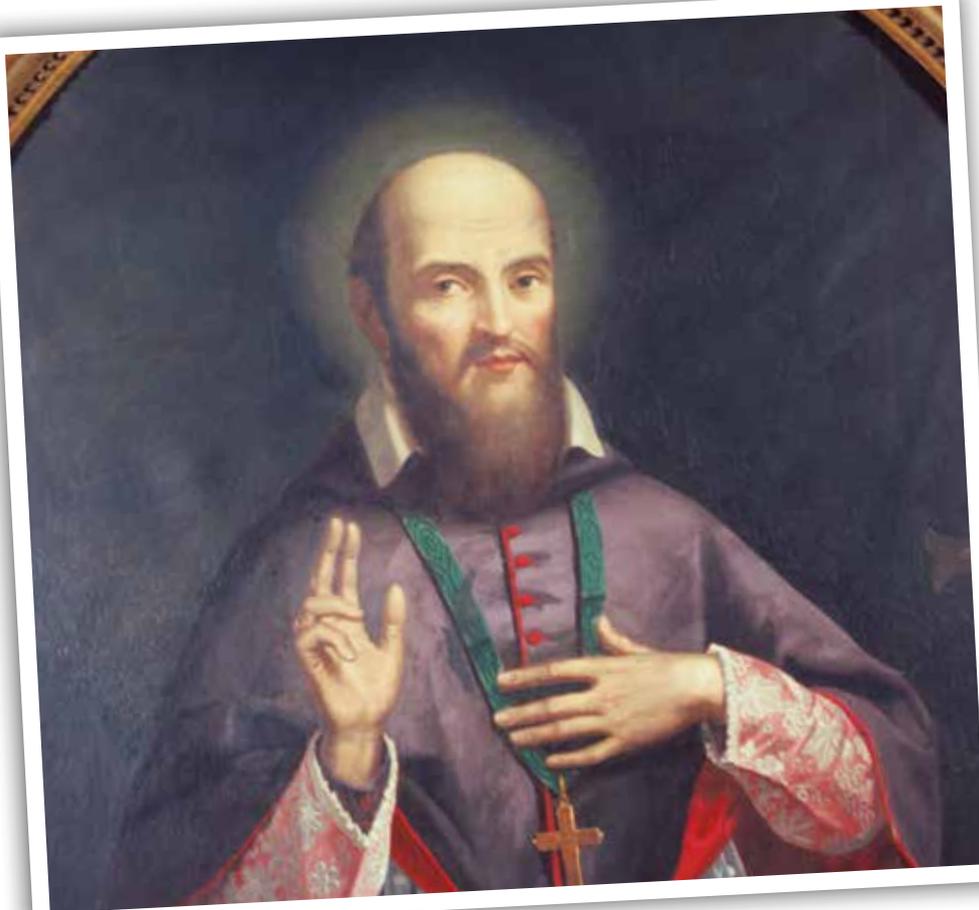


ANDRÉ RAVIER



SAN FRANCISCO DE SALES



André RAVIER s.j.

SAN FRANCISCO DE SALES

Editado por Aldo Giraudó
Presentación de Morand Wirth
Nota final de Wim Collin

Título original: André Ravier, **Saint François de Sales**

Traductor: Alejandro Viñas Raya, sdb

Procesamiento electrónico: Sede Central Salesiana

© *Sector de Formación - Salesianos de Don Bosco*
Sede Central Salesiana, Via Marsala 42, 00185 Roma
tel.: 06 656 121,
email: formazione@sdb.org,
<https://www.sdb.org>

INDICE

PRESENTACIÓN

1. INFANCIAS FELICES

El Sr. y la Sra. de Boisy 15

El alumno de La Roche y de Annecy 19

2. EL PERFECTO GENTILHOMBRE

París y la crisis espiritual de 1586-1587 25

Padua y el doctorado «en uno y otro derecho» 37

3. EL PREBOSTE DE LOS CANÓNICOS DE GINEBRA

Francisco, «Sacerdote de Jesucristo» 45

Los primeros meses de sacerdocio 53

4. EL APÓSTOL DEL CHABLAIS, TIEMPO DE SIEMBRA

La elección del Preboste 59

La resistencia de los habitantes de Thonon 66

Cambio de estrategia: las Controversias 69

5. EL APÓSTOL DEL CHABLAIS, TIEMPO DE COSECHA

<i>Las etapas del éxito</i>	83
<i>Monseñor de Granier elige a su sucesor</i>	90
<i>El corazón apostólico de Francisco</i>	95

6. OBISPO Y PRÍNCIPE DE GINEBRA

<i>Francisco va a Roma</i>	109
<i>Coadjutor de Monseñor de Granier</i>	112
<i>La estancia en París en 1602</i>	119
<i>La consagración en la iglesia de Thorens</i>	126

7. EL OBISPO ENTRE SU PUEBLO

<i>Según la reforma del Concilio de Trento</i>	129
<i>La doctrina espiritual de Francisco de Sales</i>	142
<i>El deber episcopal de predicar</i>	146
<i>Cuaresmas y catecismos</i>	150
<i>La visita de la diócesis</i>	153

8. LA REFORMA DEL CLERO Y DE LOS RELIGIOSOS

<i>Francisco de Sales y sus sacerdotes</i>	159
<i>La reforma de las abadías</i>	165
<i>El amigo de las almas y la Introducción a la Vida Devota</i> ..	168
<i>La Visitación de Santa María y el Tratado del Amor de Dios</i> ..	174

9. HACIA EL AMOR PURO

<i>La tercera estancia en París</i>	187
<i>El deseo de jubilación y de soledad</i>	189
<i>El viaje a Avignon y la muerte</i>	195

NOTA FINAL

PRESENTACIÓN

Con ocasión del cuarto centenario de la muerte de san Francisco de Sales (1622-2022), la Familia salesiana de Don Bosco ha querido honrar a su santo Patrono, reeditando el precioso volumen titulado sencillamente «San Francisco de Sales.» No olvida a santa Juana Francisca de Chantal (1572-2022), cofundadora con el obispo de Ginebra de la Orden de la Visitación.

San Francisco de Sales, autor de la Introducción a la vida devota y del Tratado del amor de Dios, apóstol de la santidad para todos, fue canonizado en 1665, proclamado doctor de la Iglesia en 1877, patrono de los periodistas en 1923 y reconocido «doctor del amor divino y de la dulzura evangélica» en 1967. Francisco continúa hoy inspirando a un gran número de cristianos en el mundo, particularmente a los institutos, asociaciones, y congregaciones que siguen su espíritu. Existen muchas convergencias entre la pastoral y la espiritualidad promovidas por el concilio Vaticano II y las enseñanzas de este santo, notablemente sobre el método del diálogo, la primacía del amor y la vocación universal a la santidad.

La obra que publicamos de nuevo, apareció en 1962 en Lyon en ediciones del Chalet. El texto biográfico era del Padre André Ravier, el comentario de las ilustraciones de Roger Devos y las ilustraciones y la maquetación de René Perrin. Esta vida del santo, aparecida en la colección «Biografías por la imagen», era efectivamente notable, no solamente por la calidad del estudio biográfico de André Ravier, sino también por la abundancia de grabados, fotografías y descripciones que permitían al lector de situarla visualmente en su tiempo. Una traducción italiana, aparecida en 1967 en Turín en ediciones Elle Di Ci, ha sido ampliamente difundida.

André Ravier (1905-1999), jesuita, filósofo, historiador de la espiritualidad, antiguo rector del colegio y provincial de Lyon, es autor de numerosas publicaciones sobre la espiritualidad cristiana. A él le debemos en particular, muchas biografías de santos, entre ellas la de Ignacio de Loyola, de Pierre Favre, de Claude La Colombière, del Cura de Ars, de san Bruno y de Bernadette de Lourdes. Es un especialista reconocido de san Francisco de Sales y de santa Juana de Chantal.

Su libro se presenta bien ordenado cronológicamente en nueve capítulos, describiendo la vida y las obras de san Francisco de Sales: las «infancias felices» en Saboya (I), los estudios de este «perfecto gentilhombre» en París y Padua (II), el preboste de los canónigos de Ginebra (III), tiempo de siembra y tiempo de cosecha del «apóstol del Chablais» (IV-V), el obispo y príncipe de Ginebra (VI), el obispo entre su pueblo (VII), la reforma del clero y de los religiosos (VIII), los últimos años en camino «hacia el amor puro» (IX).

Para escribir esta obra, el autor ha examinado detenidamente los documentos originales, ha estudiado los textos autógrafos importantes y los autores que le han precedido. Su erudición no le ha impedido ofrecernos un relato sencillo y transparente en el que se resaltan los rasgos del misterio de Dios en la vida de un gran santo.

Nuestra edición actual reproduce exactamente el texto original. Únicamente han sido rejuvenecidas y actualizadas las ilustraciones. Esperamos que el lector pueda apreciar la calidad del texto, que no ha envejecido, y las fotografías actuales de los lugares y personajes.

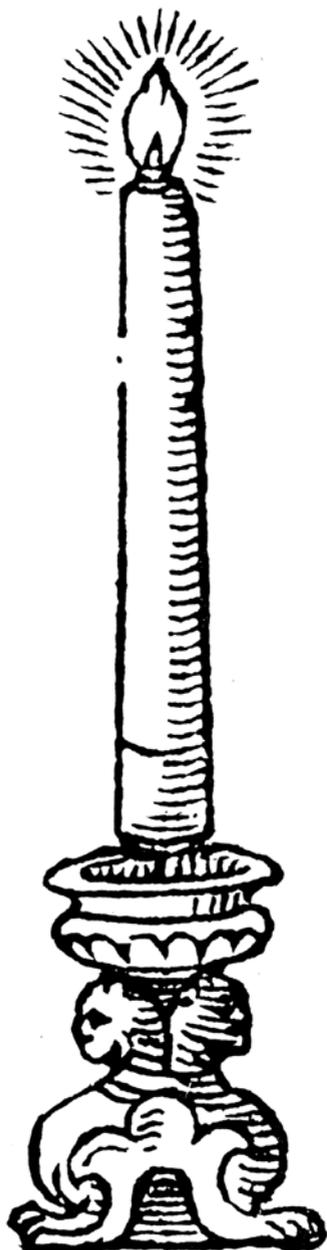
A modo de preámbulo, el Padre André Ravier ha querido citar el testimonio de san Vicente de Paul, célebre discípulo y amigo del obispo de Ginebra, que decía que «Monseñor de Sales tenía un deseo ardiente de ser un retrato del Hijo de Dios», hasta tal punto, que se convirtió en «el hombre que mejor ha reproducido al Hijo de Dios en la tierra.»

Nosotros, por nuestra parte, hacemos nuestro el proyecto apostólico del doctor del amor, que inspiró el de san Juan Bosco y que

era también con toda seguridad el del Padre André Ravier que concluye así su presentación «Francisco de Sales es alguien que quiso como Jesucristo sobre la tierra, amar a Dios con todo su corazón de hombre y que, habiendo experimentado las exigencias y la dulzura de este don, trabajó por introducir el mayor número de almas en la que él nombra magníficamente “la eterna libertad del amor.»

Morand Wirth, sdb.

*Francisco de Sales es el hombre que mejor
ha reproducido al Hijo de Dios vivo en la tierra*



Solo un santo podía hablar así de otro santo. Las palabras son de Vicente de Paul en el proceso de París, durante su testimonio sobre las insignes virtudes de Francisco de Sales: «Monseñor de Sales tenía el deseo ardiente de ser un retrato del Hijo de Dios. Él se adaptó tan bien a ese modelo, yo lo he constatado, que muchas veces me pregunté con asombro cómo una criatura sencilla podría llegar a un grado de perfección tan grande, teniendo en cuenta la fragilidad humana, y llegar a la cima de una altura tan sublime... Su fervor estallaba en sus discursos públicos y también en sus coloquios familiares... Repasando sus palabras, he experimentado en mí mismo una admiración tan grande, que me sentía transportado a ver en él al hombre que mejor ha reproducido al Hijo de Dios viviendo en la tierra.» Por atrevida que sea esta comparación, es verdadera; todavía más, nos sitúa en el corazón de este movimiento desconcertante de amor que caracteriza el destino espiritual de san Francisco de Sales; ella mani-

fiesta este movimiento íntimo y lo explica: nos revela el secreto de esta existencia prodigiosa.

Teniendo en cuenta esta luz, nosotros esbozaremos el retrato espiritual de san Francisco de Sales: Francisco de Sales es una persona que ha querido, como Jesucristo en la tierra, amar a Dios con todo su corazón de hombre y que, habiendo experimentado las exigencias de la dulzura de este don, ha trabajado por introducir el mayor número de almas en lo que él llama magníficamente «la eterna libertad del amor.»¹

1 Nuestro texto se apoya ante todo, en los documentos publicados en la *édition complète des Œuvres complètes de François de Sales* (Visitation de Annecy, 1892-1998, 27 vol.); no obstante hemos utilizado con una prudencia particular las cartas descubiertas en el siglo XIX. Para no hacer pesado este libro, no damos la lista de las referencias, cuando se trata de citaciones tomadas de esta gran edición de las Obras completas. El lector familiarizado con los Escritos de San Francisco de Sales se encontrará a gusto con la ayuda de las excelentes tablas de estos volúmenes. – Lo mismo haremos con las citaciones sacadas de los dos *Procesos de canonización* (1627-1632; 1655-1658) o del *Año Santo de la Visitación de Santa María*. – Muy raramente hemos tomado prestada alguna expresión o algún rasgo de las biografías de Messire de Longuetterre (*Vie de très-illustre messire François de Sales...*, Lyon, 1624), de Dom Jean de Saint-François (*La Vie du bienheureux messire François de Sales...*, Paris, 1624), del Padre de la Rivière (*La Vie de l'illustre François de Sales...*, Lyon, 1624). En cuanto a la *Vie du Bienheureux François de Sales, evesque et prince de Genève* (Lyon, 1634), compuesta por su sobrino Carlos Augusto de Sales, no la hemos utilizado nada más que con la reserva que conviene, es decir, al mínimo, y para hechos de los que teníamos confirmación por otros medios. – Las referencias que siguen no conciernen más que a obras que no competen a este fondo común a todas las biografías de san Francisco de Sales.

1. INFANCIAS FELICES

El Sr. y la Sra. de Boisy

Es incontestable que, desde su nacimiento, Francisco de Sales aparecía como un alma feliz. Su línea paterna – los Sales – igual que su línea materna – los de Sionnaz – sin estar situada entre todas las primeras del ducado de Saboya, pertenece, no obstante, a la vieja y auténtica nobleza. Los escudos de armas de los Sales, «color azul con dos bandas de oro cargadas de un filete de gules; en la parte superior la media luna de oro; en el centro y en punta sendas estrellas de oro de seis puntas», tenían como lema: Ni más, ni menos; y su Casa contaba, nos dicen, con treinta y dos cuarteles de alta nobleza.

Pero la verdadera nobleza del Sr. y Sra. de Boisy (este era el título que llevaban los padres de Francisco, nombre que procedía de una rica señoría que Buenaventura de Chevron había concedido como dote a su hija Francisca de Sionnaz), consistía en su fidelidad a la fe católica.

En este país cercano a Ginebra desgarrado desde 1534 por la crisis protestante, – desgarró que significaba cruelmente la presencia en «Nessy» (Annecy) del obispo de Ginebra, cuya ciudad episcopal se había convertido en la Roma de Calvino y de los calvinistas – los de Sales habían permanecido fuertemente apegados a la Santa Sede y a la Iglesia; ellos se protegían y protegían con esmero a los suyos de todo contacto con la herejía: y esto fue una primera gracia para Francisco: vivir inmerso, desde su más tierna infancia, en este clima de firmeza religiosa que no dejaba de pasar por pruebas y penas.

Esta fe valiente no era para el señor de Boisy sino fidelidad a una tradición que impregnaba todas las acciones de su vida. Francisco de Boisy practicaba con toda claridad su religión: asistía a los oficios que se celebraban el domingo y los días de fiesta solemnes, en la iglesia parroquial de Sales, y «se confesaba y comulgaba en Pascua, en las grandes fiestas del año y cuando se publicaban algunas indulgencias o tiempos de perdón.» Se mostraba en sus tierras «gran amante de los pobres y sobre todo de los trabajadores, a los que él mismo socorría en sus necesidades, tanto de dinero como de trigo, sin interés alguno.» No hay ni sombra de herejía en este perfecto cristiano.

Su mujer – treinta años más joven que él – aumentaba todavía, como conviene, esta piedad y esta caridad con los pobres. «Yo ví a



Capilla construida sobre el emplazamiento de la habitación donde nació san Francisco de Sales en Thorens.

la Sra., afirmará en el Proceso un trabajador de Thorens, Francisco Terrier, ir del castillo de Sales a la iglesia que está bastante lejos, lloviendo y en invierno, sin temer ni el frío ni la nieve, para asistir al servicio de Dios y al servicio de los pobres enfermos, no ahorrando nada para cuidarles, enviándoles pan, vino y otras cosas necesarias. He visto a esta señora curar con sus propias manos las úlceras de los enfermos»...

Por tanto, esta «perla de virtud», así la llama un consejero del duque de Ginebra, Francisco de la Pesse, apenas tenía dieciséis años cuando dio a luz el 21 de agosto de 1567, a Francisco, su primogénito: por más «prudente» y «razonable» que fuese esta joven mamá, no podía dejar de estar apegada con pasión a este niño «tierno» y «delicado», cuya edad la acercaba más que a su esposo.

No tenemos noticias de los primeros años de vida de Francisco de Sales. La Sra. De Boisy, muy a pesar suyo, no pudo alimentar ella misma al niño nacido prematuramente y lo confió a la nodriza Pétremande Puthod que vivía todavía en el momento del primer Proceso de canonización, Ser llamado a resaltar algunos recuerdos sobre un niño de pecho llegado a obispo y príncipe de Ginebra, y, por añadidura, candidato a los honores de la Iglesia, no es ciertamente algo frecuente, de modo que no podamos perdonar a la buena Pétremande un cierto lirismo: Francisco, nos dice ella, «era un niño muy agraciado, guapo de rostro, afable, dulce y familiar... Nunca he conocido un niño de mejor alimentación y natural.»

El Sr. de Boisy proporcionó una educación dura, incluso austera, a un niño «de tan buen natural», como convenía a un primogénito de familia noble: el látigo, nos asegura él, no le faltó con ocasión de un robo; pero, por el contrario, se le explicaban «las razones de todo lo que se le exigía.» Severidad del padre, ternura de la madre, esta educación, cuyas alternancias terminaban en obrar con sabiduría, dio rápidamente buenos frutos. «Desde su infancia, declarará la Madre de Chantal, según yo he oído decir a bastantes personas dignas de credibilidad, se vio brillar en una sabiduría, dulzura

y bondad extraordinarias para esa edad, y era muy pacífico y obediente a sus padres.»

Carlos-Augusto de Sales destaca, en la descripción de sus infancias, un detalle que nos parece verosímil: sus padres «inculcaban con frecuencia a Francisco el amor y el temor de Dios y le explicaban los misterios de la fe cristiana, lo más claramente que ellos podían hacerlo con ejemplos y comparaciones sacadas de la naturaleza, y respondía siempre a sus sencillas preguntas.» Esta pedagogía religiosa marcará fuertemente el espíritu y el alma de Francisco.

El castillo de los de Sales no era, sin duda, más que una «casa-fortificada», alrededor de la cual se extendían tierras, pastos y un gran huerto; pero el paisaje, en esta región, es maravilloso. Situado a la entrada del valle de Usillon, el castillo se encontraba en la frontera de dos regiones de aspectos muy diferentes: hacia occidente, colinas bajas, fértiles y radiantes; hacia oriente, altas montañas unos bosques raquíuticos, y al fondo, un acantilado que se levanta como una muralla cuya cima tiene nieves perpetuas, incluso en verano. Este paisaje, con sus cambios estacionales, llena de imágenes magníficas la cabeza del pequeño Francisco: los fenómenos de la naturaleza le son cada día más familiares, los comprende, los siente con toda su viva sensibilidad, forman parte de su universo interior, y ya también de su universo religioso.

Pero, todas estas oportunidades que le prodiga su destino familiar, no serán lo suficientemente eficientes sobre el equilibrio y el desarrollo religioso de Francisco, si Dios, desde el interior, no trabajase su alma. Demos crédito a los ojos y al corazón de una madre: «Si yo no fuese la madre de un hijo así, debió decir un día en confianza la Sra. de Boisy a la Sra. de Chantal en 1610, yo revelaría muchas maravillas de su infancia... Con frecuencia he observado que, siendo todavía muy pequeño, Francisco tenía una predisposición para las bendiciones celestiales y no respiraba otra cosa que el amor de Dios...» Y podemos añadir también: «y el amor de los pobres», aprendido por otra parte en la escuela de su admirable

madre, y percibiremos el misterio de gracia que actuaba ya en el secreto de su corazón de niño.

El alumno de La Roche y de Annecy

Estamos en 1573, Francisco tiene ya seis años, y en su vida tiene lugar un cambio importante. Luis de Sales, hermano del Sr. de Boisy, decidió llevar a sus tres hijos a la escuela de La Roche, pequeña ciudad situada a tres leguas solamente del castillo. El Sr. de Boisy aprovechó la ocasión para realizar un proyecto que maduró después de algún tiempo: Francisco acompañará a sus primos al colegio. En La Roche, Francisco, de entrada, se revela como un alumno per-



Cruz sobre el lugar de la capilla del antiguo castillo de Sales, destruido en 1630.

fecto que es puesto como modelo para sus compañeros. Pero, más que su docilidad, es su piedad la que llama la atención y seduce. Tanto que, según la Madre de Chaugy, dos años más tarde, cuando Francisco abandonó La Roche para no volver más allí, «la mayor parte (de la gente) le acompañaron, y lloraban diciendo que se les arrebatava la bendición de su ciudad. Era el año 1575.

Se dice que la política habría provocado este cambio brusco. Luis de Sales habría juzgado prudente que el Sr. de Boisy, su familia y sus gentes, no permanecieran más en el castillo de Sales y se retiraran al castillo de Brens. Y quizá sea este cambio de residencia el que habría llevado consigo un cambio de colegio para los escolares; pero, quizá pueda existir una razón más sencilla: el primogénito de los hijos de Luis había acabado el ciclo de estudios en el pequeño colegio de La Roche, y, para continuar su formación, le hacía falta pasar a un establecimiento de mayor envergadura; sus hermanos y su primo le siguieron. Sea como sea, nuestros cuatro estudiantes los encontramos en el colegio de Annecy: este colegio, fundado en 1551 por el canónigo Eustaquio Chapuys, estaba entonces en pleno auge y contaba entre sus alumnos a toda la juventud distinguida de Saboya.

Aquí se sitúan, en el crecimiento espiritual de Francisco de Sales, dos acontecimientos importantes: primero, su primera Comunión y su Confirmación con Monseñor Ángel Justiniani, el 17 de diciembre de 1577, en Santo Domingo de Annecy. Francisco tenía entonces diez años, pero este pequeño hombre se impone a sus compañeros e incluso a sus maestros. Alumno diligente en el estudio, y lleno de talentos, es además un compañero amable: todos le admiran, le quieren y le respetan. «Su sola presencia, nos dice Madre de Chantal, mantenía el respeto entre sus compañeros; incluso... desde entonces tenía esa austeridad y compostura humilde y juiciosa que mantuvo toda su vida;... soportaba con paciencia y dulzura el humor impertinente de los otros alumnos... Y cuando sus compañeros iban a divertirse, por la tarde, él perma-

necía en su habitación e invitaba a la señora de la pensión a escuchar la lectura de la Vida de los Santos diciéndole: «Tía, tengo algo bueno que decirle.»

El segundo acontecimiento importante de esta época fue la tonsura que Francisco recibió el 20 septiembre de 1578. Desde entonces, abriga el proyecto de ser sacerdote. Dos confidencias nos lo aseguran; Francisco confió un día a la Madre Angélica Arnauld, abadesa de Port-Royal des Champs: «Desde mis doce años me decidí con tanta fuerza a ser hombre de Iglesia, que ni por un reino cambiaría yo esta resolución.» Y a una de sus penitentes dijo: «Desde que tuve la gracia de saber un poco el fruto de la cruz, este sentimiento entró en mi alma y jamás ha salido de ella.»

La consideración de estas dos confidencias nos permite entrever la calidad de esta decisión de Francisco: Hay en él una voluntad firme, bien decidida y que va de lleno a lo esencial del Evangelio y del misterio de la Redención.

Para afirmar su resolución, lo más que él podía, sin oponerse por tanto frontalmente a los prestigiosos proyectos de futuro que sus éxitos escolares hacían surgir en la cabeza del Sr de Boisy, Francisco pidió a su padre la autorización de recibir la tonsura clerical. Ser clérigo no significaba entonces estar destinado a las Órdenes Sagradas, sino que abría la vía a las prebendas y beneficios. Francisco no entendía así la cosa. El chico se presentó a la tonsura como futuro hombre de Iglesia: «Sabiendo que Gallois Regard, obispo de Bagneroy, debía celebrar las Órdenes en el mes de septiembre en Clermont-en-Genevois, Francisco iba allí con frecuencia, llevando las Cartas dimisorias... Allí, en la iglesia de Saint Étienne recibió la tonsura según la ceremonia sagrada y recibió al Señor con una alegría indecible, el año mil quinientos setenta y ocho.»

«Con una alegría indecible», Creemos aquí con gusto a Carlos-Augusto de Sales. Este muchacho de doce años es verdaderamente desconcertante. No es necesario en este punto llevarse a engaño, y el seguimiento de este retrato nos lo probará pronto; esta



Pilas bautismales de Francisco de Sales en la iglesia parroquial de Thorens.

amabilidad esconde una energía de hierro, este encanto esconde un ardor de lucha. Dios le ayuda sin duda, y le facilita ese esfuerzo: pero a estos atractivos interiores, Francisco responde con «resolución.» Ha elegido a Dios y esta elección es sin reservas y la llevará a cabo sin arrepentimiento.

Se le ve bien en este otoño de 1578, cuando el Sr. de Boisy, orgulloso de los éxitos escolares de Francisco, decidió enviarle a continuar sus estudios a París. Siempre preocupado por proporcionar a su hijo brillantes relaciones, el Sr. de Boisy había proyectado que su hijo siguiera los cursos del colegio de Navarre, frecuentado por la élite de la juventud parisina. Pero Francisco no era de este parecer: «Había oído que la juventud no cultivaba allí la piedad tanto como en el colegio de los Padres Jesuitas, de cuya fama y estima había oído hablar mucho.» No hacía falta insistir mucho para que Francisco prefiriera en su corazón el colegio de Clermont al colegio de Navarre. Pero ¿cómo hacer que el Sr. de Boisy desistiera de su proyecto? Francisco, ya entonces fino diplomático, recurrió a la mediación de su madre. Todo resultó tan bien, que cuando nuestro estudiante de doce años llegó a París, «bajo la dirección y la tutela de Jean Déage» se inscribió en el colegio de Clermont.



2. EL PERFECTO GENTILHOMBRE

París y la crisis espiritual de 1586-1587

Lyon-Bourges-Orléans. Así pues, Francisco llegó a finales de septiembre,² a «la real ciudad de París, madre de todas las Musas, de las artes liberales y de toda ciencia», como la llama el Padre Luis de la Rivière, pero también la ciudad de la política, de las querellas religiosas y de las locas alegrías estudiantiles...

En el colegio de Clermont, Francisco fue inscrito en la clase de Humanidades, quizá en la clase de Gramática Superior, puesto que tenía que iniciarse en griego que lo ignoraba. Y durante cuatro años, «recomenzó el estudio de las letras humanas.» Después, habiendo obtenido su diploma de bachillerato, fue admitido a comienzos del curso 1584, para seguir el curso de filosofía. Ese curso duraba cuatro años. A través de los cuadernos manuscritos del joven filósofo que nos han llegado hasta nosotros, nos es fácil juzgar su ardor en el estudio y sobre todo, las cualidades de su espíritu: orden, método y profundidad; no extraña nada que fuera considerado como «uno de los primeros de la Universidad» y juzgado, al término de estos cuatro años como «perfecto en filosofía.»

A lo largo de estos ocho años parisinos, la vida espiritual de Francisco experimentó importantes desarrollos. Carlos-Augusto de Sales se toma un poco de libertad con el calendario, cuando nos narra la llegada de Francisco a París: «¿Apenas llegó a la resi-

2 Se suele situar ordinariamente la partida de Francisco a París en el año 1582. Estudios más precisos se inclinan a adelantar la fecha a 1578: *Francisco tiene entonces doce años*. Cf. La biografía crítica que prepara el R.P. LAJEUNIE, O.P.

dencia pidió ser conducido al colegio de los Jesuítas»? Lo que es seguro es que, entre sus estudios y toda su educación de gentil-hombre (danza, equitación, esgrima) en la que el Sr. de Boisy exigía que fuese enérgicamente iniciado, Francisco «recuerda haber sido hecho eclesiástico en Clermont y no quería cambiar de resolución.» Su primer pensamiento fue elegir (sin duda entre los Padres del colegio) «un director y padre espiritual, al que poder confiar su conciencia y adquirir la normas de conducta para la vida eterna, de la misma manera que se le había proporcionado un Maestro para las ciencias humanas.»

Entre sus compañeros de estudio, en París, tanto como en La Roche y en Annecy, brilla su fervor: «Era agradable con todos por su modestia, relata la Madre de Chantal, y era un placer contemplarle cuando el Bienaventurado iba por las calles, incluso los tra-



El castillo de Thorens, perteneciente a la familia de Sales.

bajadores le señalaban entre sus compañeros.» Francisco comulga frecuentemente, quizá ya entonces «cada ocho días», al menos cada mes «le gustaban los Capuchinos» y tenía una gran admiración por el célebre Padre Ángel de Joyeuse. A todas las prácticas de piedad, él añadía en secreto muchas austeridades, como eran los ayunos y el uso del cilicio.

Tenía una gran devoción a la Virgen María; sobre todo tenía predilección por la Virgen Negra de Saint-Etienne des Grès, y como pasaba varias veces durante el día delante de esta iglesia, se paraba muy gustoso algunos instantes para manifestar su devoción. Por aquellos años entró en la Congregación. «Viendo que en varias congregaciones de la Virgen, muchos vivían religiosa y angelicalmente, aconsejado por su director, entró en una de ellas y pronto ejerció en ellas los cargos de Asistente y Prefecto.»

En París, Francisco experimentó el deseo de profundizar su religión y de reservar algunas horas libres a la teología. Sin duda ninguna que era un deseo de su alma y una necesidad de iniciarse en las Sagradas Escrituras y en los misterios de la fe. Pero también, sin ninguna duda, tenía el proyecto no confesado de prepararse de lejos para el sacerdocio. Francisco sabía que a pesar de los decretos del Concilio de Trento, contra el parecer del obispo Monseñor de Granier, los tiempos que corrían no permitían abrir un seminario regular en Annecy, para los candidatos a las Órdenes sagradas. En París, dirá más tarde, he aprendido varias cosas «para agradar a mi padre, y la teología para agradarme a mí mismo.»

Sea lo que sea, Francisco obtuvo un buen día del Sr. Déage el permiso para dedicarse a los estudios teológicos, sin que por ello se resintiera la filosofía. He aquí cómo se comportaba nuestro diplomático, según Augusto de Sales: «Porque, al mismo tiempo que el Sr. Déage su director estudiaba teología... él estudiaba y hojeaba sus escritos en casa siempre que podía; y cuanto más consideraba profundamente las verdades eternas, tanto más aumentaba en él el deseo de seguir; y apenas encontraba la menor dificultad en teolo-

gía, discutía con su maestro y con los otros teólogos para encontrar la respuesta. Trataba de asistir a las discusiones que se realizaban en la Sorbona y escribía las cuestiones, los argumentos y las decisiones que juzgaba dignas de recalcar. Iba con frecuencia a escuchar las lecciones de Gilbert Générard, hombre de una ciencia divina más que humana, y así adquirió ese gran y profundo conocimiento de la teología, por el cual ha sido admirado todo el resto de su vida.»

Générard es un nombre que inspira curiosidad: este benedictino de Cluny, prodigio de erudición, había introducido en medios estrictamente escolásticos del Colegio Real, la crítica histórica defendida por Maldonado. Por lo demás, Francisco, manteniéndose fiel a la Sorbona, sin embargo, no deja de simpatizar con los «innovadores»: «Además aprendía el hebreo y la teología positiva de Maldonado.» Maldonado era un teólogo jesuita cuya expulsión de París había sido obtenida por los rectores de la Sorbona en 1677, acusado de «novedades», pero sus célebres lecciones circulaban bajo cuerda. Decididamente, el atractivo de la filosofía es para Francisco mucho más que una curiosidad o un esteticismo: Es como si Francisco tuviese el presentimiento de los dramas religiosos que el futuro próximo le reservaba.

Verdaderamente, él vive estos dramas, los lleva consigo y viene la crisis – se puede hablar así sin dramatizar – por la cual el esteticismo se apodera de este hombre joven de apenas 20 años. ¿En qué fecha concreta se desencadenó la crisis? Los historiadores dudan entre 1586 y 1587. Esto no cambia nada de la gravedad de la situación. Esta «borrasca» duró seis semanas y fue tan profunda, que llegó a quebrantar la salud de Francisco.

«El Beato me contó una vez – declaró la Madre de Chantal – para confortarme en una dificultad que yo tenía, que, siendo estudiante en París, cayó en grandes tentaciones y profundas angustias de espíritu; le parecía que estaba totalmente condenado y que no había salvación para él... A pesar del exceso de trabajo, siempre

tuvo en el fondo de su espíritu la resolución de amar y servir a Dios con todas sus fuerzas durante su vida, y con tanto más afecto y fidelidad, cuanto más le parecía que no podría hacerlo por la eternidad. Este trabajo le duró al menos tres semanas, o quizá seis, según puedo acordarme, con una violencia tal, que perdió casi el apetito y el sueño y se quedó delgadísimo y amarillo como la cera, por lo cual, su director estaba muy preocupado.

Ahora bien, un día que le pareció bien a la divina Providencia liberarlo, mientras volvía del Palacio, pasando delante de una iglesia, entró para rezar. Se puso ante el altar de Nuestra Señora donde encontró una oración pegada a una tablilla, que decía: *Acordaos oh gloriosa Virgen María que jamás se ha oído decir que ninguno de los que se han encomendado a vos... etc...* La rezó entera y después se levantó y en ese mismo momento, se encontró perfecta y enteramente curado; tuvo la sensación de que su mal cayó a sus pies como escamas de lepra.»

Este testimonio de la Madre no deja dudas, pero se plantea una cuestión: ¿de dónde le vinieron a Francisco estas «grandes tentaciones y profundas angustias de espíritu»? Con toda evidencia, son tentaciones de orden espiritual. Por tanto, ¿no influirían en el temperamento muy sensible del joven, un poco escrupuloso y ciertamente «melancólico» una melancolía que había heredado de su madre y que se revelaba en las horas de fatiga?. ¿En 1586-1587, Francisco descansaba lo suficiente? ¿No nos declara uno de sus compañeros que «con bastante frecuencia se ausentaba al salir de las clases de filosofía, y se iba a la Sorbona sin comer para oír las discusiones teológicas»?

Es significativo que Francisco haya confiado esta prueba, precisamente «propia de un gentilhombre que había caído en una profunda melancolía»: «Se dice que además del mal que padecéis por los accidentes corporales, estáis aquejado de una violenta melancolía... Por favor, Sr. decidme, ¿cuál es la razón que alimenta este triste humor que os es tan perjudicial? dudo que vuestro espíritu

esté todavía turbado por cierto temor a la muerte y a los juicios de Dios. Desgraciadamente ¡es un extraño tormento! Mi alma que lo ha soportado durante siete semanas, es muy capaz de compartirlo con aquellos que lo padecen. ¿No confiáis en Dios? ¿Quien confía en él nunca será confundido? No, señor. nunca lo será.»

Sea lo que sea de estos preámbulos, la crisis que hemos analizado adquirió en Francisco una violencia y una dimensión tales, que, no es posible no reconocer «la mano del Señor.» La prueba revela la más alta mística. Hay una coincidencia desconcertante ; en la misma época, exactamente hacia 1583, Juan de la Cruz describe maravillosamente las vías extraordinarias de la vida espiritual y sobre todo, esta etapa, con formas originales, por las que Dios purifica el alma con la que él quiere unirse con una unión más estrecha, y que él llama la «Noche.» «Todas las fuerzas y todas las afecciones del alma, por medio de esta noche y purgación divina, se renuevan y cambian en afecciones de naturaleza divina.»³ ¿No fue precisamente este el beneficio de esta crisis de 1586-1587 para Francisco?

Ignoramos el alcance preciso de esta fiebre espiritual, pero, por el contrario, documentos de una gran certeza nos hablan de su agudeza y de su solución.

Parece que todo comenzó con una dificultad puramente especulativa: el misterio de la predestinación. Teniendo presente el pensamiento de san Agustín y de santo Tomás que insisten en el pre-conocimiento y la libre predilección de Dios en la salvación de los hombres, Francisco tomó una conciencia viva de la incertidumbre de la salvación. Pero, volviendo sobre sí mismo y midiendo los peligros que le amenazan a él entre la juventud estudiantil, él que era tan sensible y cuyo corazón «ama tan amorosamente», es víctima de la perturbación: ¿estará él, Francisco entre el número de los predestinados?. En realidad, la crisis fue, sobre todo, de orden psico-

3 *La Nuit Obscure*, L. II, Ch. IV.

lógico y espiritual, pero, en Francisco, todo problema del alma se complica con un problema de inteligencia.

Aquí, Francisco nos hace prestar gran atención a la queja de este alma angustiada, tal como nos ha llegado del Sr. Déage, su preceptor, y de Francisco Favre, el ayudante de cámara de Francisco, por el intermediario Carlos-Augusto de Sales. Si estas palabras son auténticas, – y tienen todas las posibilidades de ser creídas, pues corresponden perfectamente al acto de abandono heroico que nos ha conservado el Padre de Quoex y a la Protesta de 1591 – nos revelan magníficamente a qué grado de pureza y caridad había llegado Francisco en su vida espiritual. Se trata verdaderamente de la queja de un amor frustrado, de un amor que se ve con frecuencia contrariado en toda sus esperanza, incierto de poseer un día su objetivo único: pero un amor que se purifica extrañamente al fuego de su angustia; y, de manera dolorosa, se pliega sobre lo que le queda de su felicidad: «¡Miserable de mí! ¿seré yo privado de la gracia de aquel que me ha hecho gustar tan suavemente sus dulzuras y que se me ha manifestado tan amable? ¡Oh Amor!, ¡Oh Caridad! ¡Oh Belleza en la que he volcado todos mi afectos. ¿no gozaré más de vuestras delicias? ¡Oh Virgen! ¿No os contemplaré nunca en el reino de vuestro Hijo? ¿Y no seré yo nunca partícipe de este inmenso beneficio de la Redención? ¿Y mi dulce Jesús no ha muerto también por mí como por los demás? ¡ Ah! sea como sea, Señor, al menos, que yo os ame en esta vida, si no puedo amaros en la eterna, puesto que nadie os puede alabar en el infierno.» Oración trágica y generosa, pero que no basta para pacificar el alma.

Cuanto Francisco más estudiaba y discutía, más chocaba con la predestinación a la gloria anterior a la previsión de los méritos. Parecía que no había ninguna salida posible a este drama espiritual, hasta que un día, volviendo del colegio, «más muerto que vivo», tuvo la idea de entrar, como lo hacía frecuentemente, en la iglesia de Saint-Etienne des Grès. Era «el día destinado por la divina Providencia para liberarlo», según el relato de la Madre de Chantal.

Aquí, en varios puntos (duración de la solución, lugar del acto del abandono heroico, fecha de la *Protesta*), los historiadores discrepan; nosotros seguiremos preferentemente el ritmo de Madre de Chantal.

Así pues, una vez que entró en la iglesia, Francisco se dirigió «derecho» a la capilla de la Virgen. Sin duda que realizó en este momento este «acto de abandono heroico», esta ofrenda que nos ha conservado el Padre de Quoex: «Suceda lo que suceda, Señor, vos que tenéis todo en vuestras manos, y cuyos caminos son todos justicia y verdad ; sea lo que sea lo que vos habéis decretado con respecto a mí en relación al eterno decreto de predestinación y de reprobación ; vos cuyos juicios son un abismo profundo, vos que sois siempre un Padre Justo y Misericordioso, yo os amaré, Señor, al menos en esta vida, si no se me concedéis amaros por la eternidad; al menos, os amaré aquí, Dios mío, y *esperaré siempre* en vuestra misericordia, y siempre *repetiré vuestra alabanza*, a pesar de todo lo que ángel de Satanás no cesa de inspirarme en contra. ¡Oh, Señor Jesús!, seréis siempre *mi esperanza y mi salvación en la tierra de los vivos*. Si por mi conducta, tengo que ser maldito entre los malditos que no verán nunca vuestro dulcísimo rostro, concededme, al menos, no ser de los que maldecirán vuestro santo nombre.»

Habiendo reafirmado esta patética conformidad con la voluntad divina, se fijó en un pequeño cuadro en la muralla: era la oración *Acordaos, oh piadosísima Virgen*. La recitó de rodillas y con lágrimas en los ojos.» Y se realizó la maravilla: «cuando acabó esta Oración, pidió la salud del cuerpo y del espíritu y consagró a Dios y a la Virgen su virginidad; como testimonio y memoria de esto, se obligó a recitar el rosario todos los días de su vida. Y entre estas oraciones y propósitos, la tentación desapareció, recuperó la salud y le pareció que le quitaban de la cabeza y del cuerpo como costras o escamas de lepra.»

Al salir de esta crisis, Francisco había adquirido una experiencia inestimable en los caminos de Dios, pero más todavía, había

Por muy liberado que esté Francisco, parece que el problema de la predestinación permanecerá para él todavía, y quizá por largo tiempo, como un punto neurálgico de su pensamiento religioso. En sus manuscritos, volvemos a encontrar bastantes notas sobre este tema, entre las cuales, la más parecida por el tono y el contenido a la crisis de 1586-1587, es, sin duda, esta «protesta» desconcertante, que con las mejores críticas situamos hacia 1591. No podemos citarla íntegramente:⁴ retendremos, al menos, el pasaje en el que se refleja mejor la actitud francamente apostólica y espiritual que adopta Francisco en el problema especulativo de la predestinación.

«Postrado a los pies de bienaventurado Agustín y Tomás (los dos autores cuyas tesis habían, si no provocado, sí al menos extremado, su crisis del alma), estoy presto a ignorar todo para conocer a Aquel que es la ciencia del Padre, a Cristo crucificado. (En esta simple frase, se inscribe ya el que será su pensamiento místico). Efectivamente, aunque no dudo de que las cosas que he escrito (esta protesta se encuentra al fin de las notas teológicas sobre la predestinación) sean verdaderas, porque no veo en ellas nada que pueda llevar a una duda sólida de su verdad; no obstante, porque no veo todo y porque un misterio tan profundo es demasiado brillante para ser mirado de frente por mis ojos de lechuza (parece que esta será la posición que adoptará Francisco cuando será consultado por el Papa Pablo V en la querella *De Auxiliis*), si, después apareciese lo contrario, – cosa que pienso no sucederá jamás – todavía más, si me viese condenado – ¡que esto no suceda nunca, Señor Jesús! – por esta voluntad que los tomistas sitúan en Dios para que él muestre justicia, golpeado de estupor y levantando los ojos hacia el Juez Supremo, voluntariamente diré con el Profeta: *¿Mi alma no se someterá a Dios? Amén, Padre, porque así os parece bien; que se haga vuestra voluntad.* Y diré esto tantas veces con la amargura de mi corazón, hasta que Dios, cambiando mi vida y mi sentencia,

4 Cf. *Oeuvres*, T. XII, pp. 63-68.

me responda: «*Ten confianza, hijo mío, yo no quiero la muerte del pecador, sino más bien que se convierta y viva.*»

(Y Francisco acumuló aquellos textos bíblicos y, sobre todo, los textos evangélicos que afirman la voluntad de Dios de salvar a todos los hombres) «Y porque tú has querido glorificar mi nombre, incluso sufriendo, si fuese necesario, aunque en esto sean mínimas la gloria y exaltación de mi nombre, que no es «condenador», sino «Jesús» (leamos estas palabras magníficas en latín: *glorificatio nominis mei qui non est damnator, sed Jesus*) – te estableceré sobre muchos, para que me alabes en esta bienaventuranza eterna en la que estalla la gloria de mi nombre...» Ya no responderé más otra cosa distinta de la de antes: Amén, Padre, porque os ha parecido así. Mi corazón está presto, oh Dios mío, a padecer por vos; mi corazón está presto a la gloria de vuestro nombre, Jesús... Amén, Jesús y María.»

Esta confianza es capital, representa una cima, quizá la cima de la vida espiritual; creamos al sacerdote Bremond, que es maestro en la materia: «Preciosa reliquia, menos excitante, menos apasionante que el amuleto de Pascal, pero de una riqueza doctrinal muy superior». ⁵ La «riqueza doctrinal» de este texto no sorprenderá apenas a los que conocen las otras notas sobre la predestinación, y especialmente ese el fragmento de 1591, en el que Francisco enumera las pruebas y las autoridades que hacen creíble la tesis de que «no solamente la condenación tiene lugar como consecuencia de las faltas previstas, sino también que la predestinación se funda en los méritos previstos.»

Esta será en adelante su posición teológica, sobre la cual va a poder apoyar todas sus discusiones con los Protestantes, toda su predicación y toda su dirección espiritual. Escribiendo en 1618, más de treinta años después de la crisis, al Padre Lessius, le decla-

5 Henri BREMOND, *historire Littéraire du Sentiment Religieux en France*, París, Bloud et Gay, 1916, T.I., p. 90.

rará: «En la biblioteca de los Jesuitas de Lyon, he visto vuestro Tratado de la Predestinación, y aunque no he tenido tiempo más que de hojearlo de prisa, he recalcado que abrigáis y sostenéis la opinión de la predestinación a la gloria después de la previsión de los méritos, opinión tan noble bajo tantos puntos de vista, puesto que es tan antigua y tan consoladora. Esto me ha producido una gran alegría, puesto que yo he mirado siempre esta doctrina como la más verdadera, la más amable y la más conforme a la misericordia de Dios y de su gracia, así como he indicado un poco en mi *Tratado del amor de Dios*.»

Las consecuencias de esta crisis de 1586-1587 sobre el destino espiritual de Francisco de Sales son considerables: conciernen no solamente a su pensamiento, sino a su alma – no solamente a su teología, sino a su religión personal y a todo su apostolado. En el fondo, esta crisis fue para él una verdadera batalla de liberación: afirmó su fe en las realidades más esenciales de la vida de gracia, desarrolló en él las virtudes que son las más eficaces en las relaciones del hombre con Dios, le dió una experiencia de la vida cristiana muy alta, haciéndole conocer la angustia extrema y las bruscas liberaciones; brevemente, le abrió el acceso de la recta, sana y auténtica «libertad de la gloria de los hijos de Dios»: este será en adelante el término hacia el cual él tenderá con fervor y hacia el cual se esforzará por orientar a las almas más sublimes y más humildes que se apoyarán en él en su búsqueda de Dios.

La primera estancia de Francisco en París toca a su fin: Francisco acaba el curso de la Facultad de Artes. Al comienzo del verano de 1588, vuelve a Saboya.

El Sr. de Boisy destina a «este muchacho de muy grandes esperanzas al rojo vestido del senador.»

Él «concede» a Francisco, que desde hace ocho años no ha vuelto a Saboya, «el tiempo libre para ver a sus padres y amigos»; pero, desde ahora, ha decidido que en el otoño de 1588, el estudiante irá a Padua, siempre acompañado por el Sr. Déage, y allí se dedicará al

estudio del derecho: Gallois, el hermano menor, acompañaría a su primogénito y seguiría las clases de gramática en el colegio de los Jesuítas.

Padua y el doctorado «en uno y otro derecho»

Francisco, pues, está dedicado a sus estudios de «uno y otro derecho», es decir, del canónico y del civil, por obediencia a su padre; pero, en secreto, y de acuerdo con el Sr. Déage, consagrará una parte de su tiempo a retomar, en su integralidad, los estudios teológicos: «Se programó ocho horas de estudio, cuatro para la jurisprudencia, y otro tanto para la teología.» En la realidad, se interesó además, a modo de pasatiempo, en la botánica y en la medicina.

Pero el problema religioso permanece en el centro de sus preocupaciones: «Con el fin de aprovechar más no solo en lo escolástico, sino también en la mística, para la cual ya había puesto buenos fundamentos en París, le hacía falta un buen maestro y un director.» Para esta labor, eligió, por «inspiración del cielo», «al Padre Antonio Possevin, de la Compañía de Jesús, hombre que sobresalía por encima de los demás, por sus virtudes.» Visiblemente, el Padre ejercía una gran influencia sobre la orientación espiritual de su discípulo; él fue el que le orientó a entrar en la Congregación de la Anunciación de Nuestra Señora, cuya sede era el colegio de los Jesuítas, y a seguir los *Ejercicios Espirituales*; a él fue a quien hizo llamar Francisco cuando en 1590 pensaba que se moría. Pero, tras tres años en Padua, el Padre Possevin fue sobre todo para Francisco el maestro que, siguiendo las enseñanzas de Générard, desarrolló en él el gusto por la Sagrada Escritura; y fue también el guía que le ayudó a llevar entre la población estudiantil ligera y luchadora de Padua una vida sinceramente cristiana.

De esta época⁶ data un documento muy importante: Francisco, de acuerdo con su director, se da un proyecto de vida. ¿Podemos ver en estas páginas «una *Introducción a la Vida Devota en miniatura*»? Sin duda que no. No hay que olvidar que Francisco se orienta siempre secretamente hacia el Sacerdocio, y que ha hecho a Nuestra Señora, en la iglesia de San Étienne des Grès, un voto de castidad que pretende guardar fielmente con la ayuda de Dios, entre los peligros de Padua. Este documento sí que nos proporciona informaciones muy importantes sobre la idea que Francisco se hace de la vida cristiana, en torno al año 1590.

Hay un ejercicio que le interesa mucho: «Yo preferiré siempre a cualquier otra cosa, el ejercicio de la *preparación*, y lo haré todos los días por la mañana; consiste en un examen preliminar hecho en presencia de Dios, de lo que se prevé que pueda acaecer durante la jornada.»

Después de esto, se propone siete artículos para pasar bien la jornada. «Por la mañana, tan pronto como me despierte, daré gracias a Dios ; después pensaré en algún sagrado misterio; no faltaré ningún día a la Santa Misa, etc...»

Entre estos siete artículo, el tercero es demasiado original como para que nos detengamos en él por un instante, tanto más que la tercera parte de nuestro documento le retomará y le desarrollará: «Como el cuerpo necesita el sueño para descansar y aliviar sus miembros fatigados, así también es necesario que el alma tenga un tiempo para adormecerse y reposar entre los castos brazos de su celeste Esposo, a fin de restaurar por este medio las fuerzas y el vigor de sus potencias espirituales: para empezar, dedicaré todos los días algún tiempo para este sagrado sueño, a fin de que mi alma, a imitación del discípulo amado, duerma con toda seguri-

6 Contrariamente a lo que se suele considerar, yo no creo que se pueda deducir de este texto la prueba de que no sería editado hasta después de la gran enfermedad de Francisco a finales de 1590 y principios de 1591.

dad bajo el amable pecho, y en el corazón amoroso del amoroso Salvador.»

La descripción detallada en ocho puntos de este «sueño» sagrado es verdaderamente una pieza notable. Sueño particularmente activo donde todos los grandes temas de la meditación cristiana se reúnen. Pero, lo que importa aquí es la actitud del alma. Esta actitud es extremadamente característica, se trata de un descanso, de un gusto, de una delectación sabrosa que hace reposar el alma y la introduce en el amor de Dios.

«Y en primer lugar (así comienza el texto) habiendo elegido un tiempo cómodo para este sagrado descanso, antes de nada, trataré de refrescar mi memoria con todos los buenos movimientos, deseos, afectos, resoluciones, proyectos, sentimientos y dulzuras, que la divina Majestad me ha inspirado y me ha hecho experimen-



Antiguo patio de la Universidad de Padua.

tar en la consideración de sus santos Misterios, de la belleza de la virtud, de la nobleza de su servicio y de una infinidad de beneficios que me ha concedido con tanta liberalidad...»

Este tono de admiración, de entusiasmo, va a mantenerse hasta el final: «En segundo lugar, descansaré bellamente y en tercer lugar descansaré dulcemente, etc... En cuarto lugar dormiré tranquilamente en el conocimiento de la excelencia de la virtud, etc. en quinto lugar, me detendré en la admiración de la belleza de la razón, etc... En sexto lugar reflexionaré cuidadosamente sobre el rigor de la Justicia divina. En séptimo lugar me ocuparé de ver cómo estos bellos atributos (la sabiduría infinita, la omnipotencia y la incomprendible bondad de Dios) brillan en los sagrados misterios de la vida, muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo, etc...»

El octavo merece ser citado: «...Me adormeceré en el amor de la sola y única bondad de mi Dios; la gustaré si puedo, no en sus efectos, sino en ella misma; beberé este agua de vida, no en los vasos o frascos de las criaturas, sino en la propia fuente; saborearé qué buena es en sí misma esta adorable majestad, buena en sí misma, buena por sí misma; cómo ella es la bondad misma y cómo ella es la suma bondad; y una bondad que es eterna, inagotable e incomprensible. ¡Oh, Señor!, diré yo, solo vos sois bueno por esencia y naturaleza; solo vos sois necesariamente bueno; todas las criaturas que son buenas, tanto por la bondad natural como por la sobrenatural, no lo son más que por la participación en vuestra amable bondad.» Este documento contenía además otras normas «para portarse bien con las compañías y en los encuentros, sin tropezar ni sucumbir en el vicio.»

Francisco de Sales dispone ya de esta espiritualidad fuerte y suave, sólidamente dogmática y sensible al corazón, que constituirá su encanto y atraerá hacia él las almas. Pero, ¿habría llegado a esta cima, habría escrito estas páginas sobre el Sueño espiritual, si no hubiera pasado por la crisis de 1586-1587, y si no la hubiera superado? Un alma que no ha dominado con la fe y la confianza

su angustia espiritual, no puede sumergirse así en las fuentes del amor... Para Francisco, entre las arideces de los estudios jurídicos y los peligros de la ciudad universitaria, este reglamento era un talismán: «Con el fin de poder releerlo con frecuencia (estas leyes y normas) lo escribí en las primeras y últimas páginas de un libro de oraciones que llevaba ordinariamente en el bolsillo.»

Una vez que retomó el conjunto de sus estudios teológicos, se encuentra necesariamente frente al problema de la predestinación. El Padre Possevin, puesto al corriente por Francisco de sus proyectos de futuro, le había animado en su vocación: «Creedme, vuestro espíritu no está hecho para las preocupaciones de la abogacía, y vuestros ojos no están hechos para su polvo.» El descubrimiento del libro de Laurent Scupoli, «el Combate Espiritual», aconsejado por los Padres Teatinos, cuyos oficios frecuentaba Francisco con gusto, le había confirmado en su resolución de darse a Dios y de estudiar la teología.

Su maestro de pensamiento seguía siendo santo Tomás de Aquino; en una pintoresca afirmación, Carlos-Augusto de Sales imagina a Francisco «abriendo sobre el pupitre de su habitación, la Suma del Doctor Angélico santo Tomás, para tenerlo siempre ante los ojos y poder recurrir a ella enseguida para entender los demás libros.» Francisco tenía «otros libros»: amplió el campo de sus lecturas: los Padres de la Iglesia le son familiares y, entre todos, sus preferidos son Agustín, Jerónimo, Crisóstomo, Cipriano, cuyo estilo le encanta, y añade a san Bernardo y a san Buenaventura. Pero en el tema concreto de la predestinación, se aparta decididamente del pensamiento de santo Tomás, y mantiene la opinión «más verdadera y más amable»⁷ que sus maestros jesuitas enseñaban abiertamente, apoyándose en el libro del Padre Molina, aparecido en 1588: *La Concordancia del libre albedrío con los dones de la gracias, la preciencia de Dios, la providencia, la predestinación y la reprobación.*

7 Carta al P. Lessius, *Oeuvres*, T. XVIII, pp. 271-274.

En estos años de Padua (probablemente en 1591) se sitúa la nota que ya hemos citado y que definía claramente la actitud muy pura y de confianza que sería en adelante la actitud de Francisco. Pero es importante resaltar que los cuatro «fragmentos» que nos han llegado hasta nosotros de sus *Observaciones teológicas* en Padua, hagan todos alusión a este problema de la gracia y de la predestinación. Uno de ellos es particularmente conmovedor: «He anotado aquí, con miedo y temblor, escribe Francisco el 15 de diciembre de 1590, quizá para no tener que lamentar su pérdida, si en el seguimiento de esta manera de pensar, en la que me he afirmado cuando llegué a la adolescencia y cuando adquirí más experiencia por la edad y la ciencia, sigue apareciendo verdadera según el juicio y la decisión de la Iglesia, como me ha aparecido verdadera en mi infancia. Pues, desde esta época, afirmándome en ella, he meditado en todo lo que parece tratar de cerca esta cuestión.»⁸

Estas notas de teología están fuertemente acompañadas de oración. Aquí una al Espíritu Santo; allí un homenaje a Jesucristo. El deseo de Dios y el celo de las almas se expresan aquí con toda libertad: «He escrito todas estas cosas para el honor de Dios y el consuelo de las almas.» Pero lo que importa, por encima de todo a Francisco, es que su doctrina esté perfectamente de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia. «Estas cosas las he escrito muy humildemente, añade, estando dispuesto a abandonar no solamente las conclusiones que he tomado o tomaré, sino también la cabeza que las ha concebido, y esto, incluso aunque repugne a mi inteligencia rechazarlo, para abrazar la opinión que es o que será adoptada en el futuro por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, mi Madre y la columna de verdad.»

Francisco tenía entonces «veinticuatro años y el tiempo que había destinado al estudio de las leyes se había acabado, cuando recibió el mandato de su padre de doctorarse.» El gran juriscon-

8 *Oeuvres*, T. XXII, p. 46

sulto Guy Pancirole, «hombre lleno de virtud y de ciencia y que tenía un espíritu más angélico que humano» estaba muy unido a Francisco y quiso ser él mismo su «Promotor.» La ceremonia de doctorado tuvo lugar «el cinco de septiembre de 1591.» Francisco se mostró brillante en la defensa y respondió «muy sólidamente a los argumentos que fueron expuestos contra la doctrina.».. «Pancirole, su Promotor, no fue parco en alabanzas», nos relata Carlos-Augusto con su estilo sabroso, «...y le puso el anillo, la corona y los privilegios de la Universidad.» Francisco fue proclamado doctor *in utroque jure* – en derecho canónico y civil -. Todos lo festejaron; «puesto que se había ganado todos los corazones de Padua.»

En el castillo de la Thuile, donde la guerra entre católicos y protestantes había obligado al Sr. de Boisy a replegarse con los suyos, el triunfo de Francisco fue acogido con gran entusiasmo. Antes de entrar en Francia, el joven doctor quiso satisfacer un voto ya antiguo: fue en peregrinación a Loreto. ¿Hay que situar en esta época el primer viaje a Roma, como se desprende de la tradición de la Sra. Chantal misma? Esta tradición merece con seguridad respeto. Pero un estudio más preciso de los documentos y los datos se inclinaría a discutirla y quizá a rechazarla.⁹

En febrero de 1592, Francisco estaba de regreso a la Thuile, donde «el Sr. de Sales esperaba con impaciencia a su querido hijo.»

9 Cf. La biografía crítica que prepara el R.P. LAJEUNIE, O.P.



3. EL PREBOSTE DE LOS CANÓNICOS DE GINEBRA

Francisco, «Sacerdote de Jesucristo»

La acogida fue tierna y entusiasta: Francisco que no tenía todavía 25 años, aparece a los ojos de todos como dotado de todos los dones de la naturaleza y de la gracia. Este joven doctor es un perfecto gentilhomme; es un caballero de bella presencia y ha demostrado en varias ocasiones que sabe manejar la espada con un «coraje viril»; es digno de aparecer en el mundo como jefe de una noble familia. Su padre «da vueltas en su pensamiento a grandes cosas para su hijo» y, para comenzar, le confiere la señoría de Villaroget.

Mirémoslo bien como le miran «todos los que le rodean». ¿no realiza en sí a la perfección el retrato del hombre virtuoso, que él diseñaba en su escrito sobre el sueño espiritual?: «En cuarto lugar, yo descansaré suavemente en el conocimiento de la excelencia de la virtud: virtud que es tan bella, tan graciosa, tan noble, tan generosa, tan atractiva, tan poderosa. Ella es la que hace al hombre bello interiormente y también exteriormente; le vuelve incomparablemente agradable a su Creador; le sienta muy bien, como propia que le es. Pero, ¿qué consuelos, qué delicias, qué placeres honestos no le proporciona en todo tiempo? ¡Ah! ¡es la virtud cristiana que le santifica, que la cambia en Ángel, que hace de él un pequeño Dios y que proporciona desde aquí abajo el Paraíso!»

La belleza de Francisco era, sobre todo, una belleza interior. Desde los tiempos de Padua, «se percibía en él sensiblemente no sé qué cosa sacerdotal», nos afirma el Padre de la Rivière; y su alma

estaba desgarrada: «el respeto amoroso que tenía a su señor padre y a su señora su madre, lo tenía perplejo y en suspense, no sabía si consentiría irrevocablemente en las immaculadas bodas con el Cordero, sin haber sondeado un poco sus inclinaciones, o si lo retrasaría por algún tiempo, hasta que tuviese la comodidad de realizar esta prueba con toda la discreción que le fuera posible.» Había esperado, pero, ¿no habría llegado ya la hora de declarar finalmente su decisión?

Francisco se resiste todavía a hablar: el Sr. de Boisy se aproxima a los setenta años , ¿cómo soportará este golpe tan penoso para él? ¿y no va a utilizar su autoridad paterna, como le autorizan las costumbres del tiempo, para rechazar el proyecto de Francisco? En fin, el tema se las trae... el Sr. de Boisy aprovecha esta demora. «Es necesario, le dice un día a su hijo, que vayas a Chambéry para ser recibido como abogado en el Senado», y Francisco consiente en estos pasos que culminarán el 24 de noviembre con la recepción de Francisco en el Colegio de abogados. Mientras tanto, el Sr. de Boisy sueña con casar a Francisco con la señorita Francisca Suchet de Miribel, «verdaderamente noble de sangre y de virtud», y Francisco consiente en el encuentro, pero «no para otra cosa en Sallances, que saludarla simplemente con todo su acompañamiento, como si tuviese otras cosas que hacer».

Pero a esto se añade otro peligro más sutil porque se podría ver en él una ocasión única para la familia de Sales: «Carlos-Emmanuel (duque de Saboya), conociendo bien la honradez y la doctrina del Sr. de Villaroget, le prometió la dignidad de Senador en la Corte soberana de Saboya, por medio de cartas patentes que Francisco Melchor de Saint-Jeoire, barón de Hermance, llevó a Turín.» Francisco lo agradeció a su Alteza y lo rechazó. Pero todos estos acontecimientos le convencen de que ha llegado el momento de salir de estas ambigüedades. «Se dirigió a su querido primo Luis de Sales, canónigo de la iglesia catedral de Ginebra (tres años mayor que él y que debía convertirse en su compañero de apostolado), y, tomán-

dole aparte, le descubrió enteramente su corazón. Luis prometió a Francisco convencer a su tío de su proyecto.

Desde ese momento, las cosas se suceden muy rápidamente. El cargo de preboste de la Iglesia de Ginebra, segundo cargo en la dignidad de la diócesis, quedó vacante y Luis de Sales, sin hablar con Francisco, trató de que se le atribuyese a su primo. Confió este proyecto al canónigo Francisco de Ronys, «que tenía grandes conocidos en Roma y que entendía mucho de la negociación de los beneficios». El Sr. de Ronys hizo enseguida las diligencias acostumbradas y Dios favoreció de tal manera este asunto, que en poco tiempo, se tuvieron noticias ciertas de que Su Santidad lo había concedido. El 7 de marzo de 1593, las bulas del nombramiento fueron firmadas en Roma y el 7 de mayo llegaron al obispado de Annecy.

Estupor de Francisco. Él «creía que esto era un sueño», pero vio en este acontecimiento, igual que su primo, el argumento que permitiría obtener del Sr. de Boisy la autorización para «ser hombre de Iglesia» sin herir demasiado su orgullo paterno. La entrevista de Francisco con su padre tuvo lugar sin duda el 9 de mayo. ¿Tenía esta entrevista el carácter dramático que le confiere la tradición? ¿El Sr. de Boisy trató de ganar tiempo? Poco importa eso. Al final aceptó y bendijo a su hijo.

Desde el día siguiente, 10 de mayo de 1593, Francisco quiso vestir la sotana. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia del pueblo de la Thuile. «Verdaderamente, le dijo el Messire Bouvard, impresionado por su fervor, a mí me parecía veros con el hábito de capuchino.» – «¡Ah! Sr. respondió Francisco, me impongo el hábito de san Pedro.» El 12 de mayo, Francisco baja a Annecy y, fuera de toda ceremonia solemne, es investido en su cargo de Preboste. De acuerdo con su obispo, decide recibir las cuatro Órdenes Menores y el subdiaconado, el sábado después de Pentecostés.

Francisco se retira al castillo Sales con su confesor, el Reverendo Aimé Bouvard, para prepararse a las Órdenes. Allí permanece desde el 18 de mayo hasta el 7 de junio. Un tiempo de soledad, de reflexión

de oración... Un eco conmovedor de este retiro nos ha llegado en el *Año Santo* de las Visitandinas: el 19 de mayo, Francisco pidió a Messire Bouvard renovar la tonsura ya recibida quince años antes, del Sr. Regard... Por extraño que pueda parecer, el sacrificio de sus cabellos «rubios y bellos, según nos dicen», le fue tan cruel, que ¡se desencadenó en él una ola de tentaciones contra su vocación! «Desgraciadamente, Padre mío, le confesó a Messire Bouvard, hace dos días que sufro un gran combate contra mi vocación ; el demonio no ha olvidado ningún rincón de mi alma para tentarme, y me ha tentado hasta la última punta de mis cabellos, produciéndome una gran aversión a esta tonsura. La fuerza de Sansón estaba en su cabellera y yo pienso que una parte de mi debilidad estaba también en la mía; puesto que después que ha sido cortada, me siento más fuerte en el servicio de Dios, y he prometido a la Divina Majestad desprenderme completamente del hombre viejo para vivir en adelante totalmente con su gracia, en novedad de vida con Jesucristo.»

Que Francisco se refiera en esta ceremonia al bello texto de san Pablo sobre el bautismo, significa claramente su resolución de conversión radical. Una nota de su puño y letra, que Luis de Sales afirma haber leído en unas tablillas que Francisco había olvidado borrar, nos da a entender con qué fervor pasó esta jornada de retiro: «Francisco, debes acordarte de que Dios te ha concedido muchas misericordias el día diecinueve de mayo de 1593, por la intercesión del glorioso san Celestino, protector de tu retiro preparatorio a las Órdenes.»

Al mismo tiempo que se preparaba espiritualmente a las Sagradas Órdenes, Francisco, para completar el examen canónico que ya había realizado, pronunció¹⁰ su primer sermón. El tema fue elegido según la liturgia: la Iglesia celebraba entonces la fiesta de Pentecostés. Francisco vio en esta circunstancia una invitación a predicar:

10 Nosotros decimos: *redactó y no pronunció*; pero sin tomar posición en la discusión de los historiadores: *Oeuvres*, T. VII, p. I, nota.

«Este día de hoy es el comienzo de toda predicación»: Es notable que un pasaje de este sermón ayude a la acción, en el alma, del libre arbitrio y de la gracia.

El 7 de junio de 1593, Francisco entra en Annecy. El 8, renuncia legalmente a su derecho de primogenitura y a su título de Villaroget en favor de su hermano Gallois. El 9 recibe de Monseñor de Granier las cuatro órdenes menores, y el 11 «fue promovido a orden sagrado del subdiaconado». «Después de esto, el prelado, añade Carlos-Augusto de Sales, le ordenó que se preparara el sermón de la Fiesta del Corpus Christi.» Realmente el sermón no tuvo lugar hasta el día de la octava.

Es una gran lástima que el texto, o al menos las líneas de este sermón sobre «la realidad del Cuerpo de Nuestro Señor en la Santa Eucaristía» no nos haya llegado a nosotros: puesto que, a juzgar por el resumen de Carlos Augusto de Sales., parece que el joven predicador expuso en él, por primera vez, sus ideas sobre el amor de Dios: «Que el soberano es tan soberanamente comunicativo de sí mismo, que hay tres principales comunicaciones, la primera por la que el Padre se comunica con el Hijo, y el Padre y el Hijo se comunican con el Espíritu Santo. La segunda por la que la Santísima Trinidad ha comunicado la persona divina a la naturaleza humana. La tercera, por la que Dios comunica el Cuerpo de su Hijo, no a la naturaleza, sino a toda persona humana. Estas tres comunicaciones están tan ligadas entre sí, que la tercera no puede existir sin la segunda, ni la segunda sin la tercera.» Esto es ir derecho al corazón de la mística cristiana.

Una vez ordenado diácono, el joven Preboste se revela singularmente activo. Entre el 24 de junio y la Navidad de 1593, pronuncia al menos cinco grandes sermones. Por todas partes «reluce como un bello sol»: estudia, trabaja, se muestra asiduo en el coro y apasionado por la liturgia. Visita a los enfermos, reconcilia a los enemigos. Para la santificación de las almas, funda la cofradía de Penitentes de la Santa Cruz...

No hace apenas seis meses que Francisco es «un hombre de Iglesia» y ¡qué grande es su impulso apostólico! ¡qué celo por las almas en este clérigo! ¡Qué fuego! ¿Qué será cuando haya recibido el sacerdocio, cuando sea obispo? Desde el presente ha cargado sobre sus hombros el peso de las almas. La gracia no ha trabajado en vano en él: «Tenemos un nuevo Apóstol», manifestó Monseñor de Granier tras su primer sermón. ¡Se veía venir! La vida de los Apóstoles permanecerá siempre ideal al cual él tratará de acercarse lo más posible.

El sábado de las Cuatro Témperas de septiembre, el día 18 del mes, Francisco recibía el diaconado. La ordenación sacerdotal fue fijada para el 18 de diciembre, que era el sábado siguiente al tercer domingo de Adviento. Gracias a una carta que el ordenando escribió a su amigo Antoine Favre, hacia el 15 de diciembre, podemos percibir algunos de los sentimientos que ocupaban entonces su alma: «Ante la inminencia de este día terrible, de este día horroroso, como lo llama san Juan Crisóstomo, en el que tras la voluntad de nuestro obispo, es decir tras la voluntad de Dios (pues no busco otro intérprete de esta divina voluntad), ante la inminencia de este día, decía, tras haber pasado por todos los grados de las sagradas Órdenes, voy a ser promovido a la augusta dignidad del sacerdocio, no puedo dejar de anunciaros el honor insigne y el bien excelente que me esperan. No es justo que esta transformación se realice en un hombre que es todo vuestro. sin conocerla Vos»

Francisco aborda este «cambio», «el más glorioso que le puede suceder en este mundo» no sin miedo: «estoy asaltado por la más grande inquietud que jamás he experimentado... Si no me equivoco, no puede sucederle al hombre algo más difícil ni más peligroso que ser llamado a tener entre sus manos y a producir por su palabra, según la expresión de san Jerónimo, a Aquel que los Ángeles, esas inteligencias que nosotros somos incapaces de concebir o de alabar dignamente, no pueden ni siquiera abrazar con el pensamiento ni celebrar con justas alabanzas»

Francisco cuenta con la confianza de su amigo para comprender su turbación y simpatizar con su alma. «Seguramente, yo no ignoraba, venerable amigo, que tan tremendas responsabilidades fuesen unidas a una tan santa y augusta dignidad; pero el alejamiento engaña los ojos, y es bien diferente medir un objeto de cerca o apreciarlo de lejos. Eres el único, amigo venerable, que me parece capaz de comprender la turbación de mi espíritu, pues tratáis las cosas divinas con tanto respeto y veneración, que podéis fácilmente juzgar qué peligroso y terrible es presidir la celebración, qué fácil es pecar gravemente y qué difícil cumplir dignamente estas santas funciones.»

Pero este lamento amistoso no debe equivocar a Antoine Favre: «No me falta el ánimo, añade Francisco, hasta el presente jamás me ha abandonado.» Habiendo confiado así a su amigo más querido su «inquietud», «únicamente para suscitar su simpatía; es un remedio útil, lo sé, para aliviar un corazón sufriente», Francisco continúa en un tono firme: «No penséis que los santos misterios me inspiran un terror tal, que no dejan en mí sitio para una esperanza y alegría muy superiores a los que podrían proporcionarme mis propios méritos. Me alegro especialmente y me regocijo – *Laetor plurimum et gaudeo* – de poder corresponder con el oficio más sublime de todos, quiero decir con sacrificios, con los sacrificios de la Víctima más majestuosa...».

Desgraciadamente se termina aquí la anotación autógrafa: pero esta confianza tal como la tenemos, es ya preciosa, porque expresa bien el alma infinitamente delicada y prudente de Francisco, cuya fuerza, impulso y regocijo tienen su fuente en lo más profundo de las verdades de la fe.

El 18 de diciembre, Francisco de Sales era «ordenado sacerdote»: «El buen prelado, relata Carlos Augusto de Sales, no pudo contener las lágrimas al imponerle las manos y hacer la reflexión de que era su hijo más querido. Pero en esta acción, el siervo de Dios, Francisco, encantado en la consideración de su dignidad, se parecía



Catedral de Annecy.

más a un hombre de otro mundo.» Antes de celebrar su primera misa, el nuevo sacerdote quiso prepararse aun durante tres días de retiro. «El veintiuno de diciembre del año mil quinientos noventa y tres, día del apóstol santo Tomás, cantó su primera misa en la catedral.» «En este primer sacrificio, confiará un día a la Madre de Chantal, Dios tomó posesión de mi alma de una manera inexplicable». Tras el oficio de vísperas, añade Carlos Augusto con una fórmula demasiado breve a nuestro gusto, hizo una predicación fervorosa sobre el tema de su sacrificio. Según las costumbres del tiempo, este sermón fue sin duda casi una confidencia y, de alguna manera, una declaración programática, y es lamentable que no nos haya llegado hasta nosotros.

Los cinco años siguientes (1593-1598) nos revelarán en Francisco de Sales el sacerdote de Jesucristo. Figura magnífica ante la cual los protestantes del tiempo, al menos los protestantes sinceros y los historiadores más críticos de hoy, han debido inclinarse. La gracia estalla en este alma sacerdotal. Y por una suerte providencial, vemos a Francisco ejercer su sacerdocio en dos situaciones aparentemente muy opuestas: en la calma de la apacible y muy católica ciudad de Annecy (de la Navidad de 1593 al mes de septiembre de 1594), y después de la tormenta y los peligros de la misión del Chablais.

Los primeros meses de sacerdocio

La fase de Annecy de este apostolado comenzó por la solemne «instalación» del preboste. La ceremonia tuvo lugar un poco después de Navidad. «Este sacro colegio de tantos gentileshombres y doctores, después de haber examinado su nobleza y su doctrina según la costumbre y los estatutos, le confirió la real, actual y corporativa posesión de la dignidad del preboste, con el beso del altar mayor y otras ceremonias acostumbradas».

En esta ocasión Francisco pronunció un notable discurso programático.¹¹ Tras expresar sus agradecimientos y su confusión por haber sido llamado tan joven e inexperto a presidir este «venerable capítulo de la iglesia de San Pedro de Ginebra», Francisco evocó con toda la naturalidad, la tristeza de este exilio y el deseo que el obispo y los canónigos conservaban en el fondo de su corazón, de entrar un día en la ciudad episcopal. Y el preboste propuso a sus canónigos una «empresa», «tan grande como difícil, que no es imposible ni indigna de nosotros: se trata de recuperar Ginebra, la sede antigua de vuestra asamblea.»

¿Una cruzada? El discurso tuvo que despertar la atención en más de uno de los asistentes: la lucha armada y fratricida era casi permanente entre protestantes y católicos de este país, Pero enseguida, Francisco definió el sentido de esta reconquista: «Los muros de Ginebra hay que derribarlos con la caridad; es necesario invadirla con la caridad ; es necesario recuperarla con la caridad... No os propongo ni el hierro, ni ese polvo cuyo olor y sabor recuerda el fuego del infierno... Debemos rechazar a nuestros enemigos con el hambre y la sed soportadas, no por los adversarios sino por nosotros mismos; puesto que *este género de demonios*, lo sabéis, *no puede expulsarse fuera sino por la oración y el ayuno*. ¿Queréis un método fácil para conquistar una ciudad por asalto?».

Y Francisco sacó su ejemplo de la Escritura: Cuando Holofernes asediaba Betulia, cortó el acueducto e hizo custodiar todas las fuentes que proporcionaban agua a la ciudad. Así hay que hacer con Ginebra: «Hay un acueducto que alimenta y reanima, por así decir, toda la raza de los herejes: son los ejemplos de los malos sacerdotes, las acciones, las palabras, en una palabra, la iniquidad de todos, pero sobre todo de los eclesiásticos. Por nuestra culpa, se blasfema

11 Esta pieza muy señalada se conserva en la Biblioteca pública de Ginebra; no fue publicada hasta 1891, por iniciativa de la Academia Salesiana, Cf. *Oeuvres*, T. VII, pp. 99 ss.

de Dios cada día entre las naciones y con toda razón, el Señor se lamenta de ello tan amargamente por sus Profetas. Esta es el agua de la contradicción que me parece que calma la sed ardiente de los herejes... Es nuestra iniquidad la que beben estos hombres inicuos, así está escrito: beben la iniquidad como el agua... Puesto que esto es así, compañeros de armas, puesto que ellos miran las acciones del otro y no las tuyas, os ruego que detengamos el curso de este agua.»

Los pacíficos canónigos se alarmaron no poco al escuchar estos calificativos tan guerreros. Intransigente, el preboste continúa su arenga: evoca ahora el exilio de Israel: «¿Nos dejaría insensibles este dolor que deberíamos padecer a causa de un exilio tan pesado y menos honorable que nuestros pecados que prolongan su duración? Los israelitas se sentaron *en la orillas de los ríos de Babilonia*, y lloraron acordándose de Sión. ¿Qué haremos nosotros los canónigos de Ginebra? ¿No somos exiliados y *peregrinos en tierra extranjera*, la que habitamos y pisamos con los pies? Sentémonos pues en estas orillas *de los ríos de Babilonia*, es decir, de la confusión, de los pecados; lloremos recordando esta Sión ginebrina, en otro tiempo tan gloriosa de los trofeos de Cristo, y hoy, por los crímenes de nuestra época y de nuestros antepasados, yacente agobiada bajo la más vergonzosa servidumbre de la herejía.»

Una última llamada en la que se resume la exhortación del preboste: «En una palabra, pues hay que terminar este discurso, debemos vivir según la regla cristiana, de tal manera que seamos canónigos, es decir, regulares e *hijos de Dios, no solamente de nombre, sino también de hecho*»

Invito a los que juzgan a Francisco de Sales demasiado «florido», a releer íntegramente este texto (otros no son menos épicos): estos pensamientos, estas directrices, este tono ; pronto nos revelarán al verdadero Francisco de Sales, es decir, al sacerdote de Jesucristo en conflicto con el pecado del mundo, y convencido de que se le puede vencer con la oración, la penitencia y, por encima de todo, con la caridad.



Retrato de Francisco de Sales en 1618 (Visitación de Moncalieri).

El joven preboste no se contenta con predicar con bonitas palabras, sino que actúa y da ejemplo. A pesar de las presiones de sus padres, de sus amigos, se obstina en rechazar «el estado de senador, al que había sido promovido por Su Alteza Serenísima». Si rechaza sentarse en el ilustre Senado, por el contrario, es asiduo a los oficios del capítulo: «Un día, responde a Monseñor de Granier, con un aforismo que dice que hay que preferir las acciones comunes a las particulares. Dios está allá donde hay una asamblea reunida en su nombre.» Manteniéndose fiel a la letra de su cargo, el preboste pudo contentarse con hacer respetar la disciplina de los canónigos, pero no es así como Francisco entiende su sacerdocio: hablando de este tiempo, la Madre de Chantal refiere: «Todo el mundo sabe que él celebraba la santa misa y que asistía todos los días a los oficios divinos, confesaba y predicaba con mucha frecuencia excelentemente la palabra de Dios y, desde entonces... le consideraba como un hombre de Dios.»

Resaltamos este celo del nuevo sacerdote por el ministerio de la confesión: este será uno de los rasgos constantes de su apostolado. «Habiendo tenido una especial autorización de su obispo, (Monseñor de Granier había nombrado a Francisco *penitenciario* de su diócesis), puso un confesionario cercano a la puerta por la que se entra del lado del Evangelio para las confesiones de los Penitentes en la catedral; Francisco permanecía en él algunas veces desde el amanecer hasta mediodía, rodeado de un gran número de fieles de uno y otro sexo, y sin hacer ninguna acepción de personas.»

Esta afirmación nos debe parecer exagerada: Francisco, incluso cuando era obispo, se entregaba siempre a este ministerio de las confesiones, como uno de los más importantes; él dirá «jóvenes y viejos, pobres y ricos, nobles y paisanos, sanos y enfermos, robustos y débiles; su madre y su padre tendrán también ellos mismos la ocasión de recurrir a él. Le gusta prestar servicio a los demás sacerdotes de la diócesis, rechaza totalmente cualquier recompensa pecuniaria por este ministerio, a pesar de que sus

entradas eran muy escasas, puesto que su cargo de preboste había sido expoliado de todos sus bienes por los herejes de Ginebra; por el contrario, encuentra los medios de hacer limosna y de «darla a escondidas a los pobres vergonzosos». Le agrada aliviar, consolar, reconciliar. Le consultan cada vez con más frecuencia sobre las cuestiones de derecho y de teología.

Todo este celo, todo este éxito, no estaba exento de provocar a veces alguna envidia o alguna crítica: alguno trató de poner al obispo contra su preboste, pero por su paciencia y su humildad, Francisco respondía al daño que le hacían sus adversarios con el perdón. Por otra parte, tiene muchos amigos que le ayudan y le apoyan, si es necesario: como el senador Antoine Favre, al que llama agradecido, *Frater suavissime, amantissime, dulcissime*, y con el que organiza el martes de Pentecostés de 1594, en la iglesia de Aix en la que se conserva un trocito de la verdadera Cruz, la peregrinación de la cofradía de los Penitentes de Annecy y también de la cofradía, recientemente erigida por Antoine Favre, de los Penitentes de Chambéry.



4. EL APÓSTOL DEL CHABLAIS, TIEMPO DE SIEMBRA

La elección del Preboste

En estos momentos sucede en la vida de Francisco un cambio considerable. Este preboste de los canónigos de Ginebra, que parecía dedicado a una vida ciertamente laboriosa, pero sin peligro, y fácilmente brillante, se va convertir durante cuatro años en un misionero pobre, amenazado, necesitado, al que se podrá comparar a Francisco Javier, e incluso a san Pablo. Él mismo será el primero en llevar a cabo este asalto, si no contra Ginebra, al menos contra los ministros protestantes inspirados de Ginebra, que había anunciado en su discurso de instalación: amenazas, insultos, contradicciones, fracasos, abandonos, nada le faltará. En la vida de Francisco de Sales, quizá no haya una época en la que aparezca tan grande...

Se trata de lo que los historiadores del santo llaman la *Misión del Chablais*.

El Chablais, es un pequeño país, de una decena de leguas de largo, cinco de ancho, rodeado al norte por el lago Lemán y al sur de los montes de Faucigny. En 1594, el duque de Saboya, Carlos Enmanuel, acaba de recuperarlo; forma parte del territorio bajo la jurisdicción del obispo de Ginebra, Monseñor de Granier. Pero su situación religiosa no es que digamos consoladora para el obispo: de las veinticinco mil almas que lo habitan, no quedan más que un centenar de católicos; todo el resto ha pasado, voluntariamente o por la fuerza, al protestantismo.

¿Cómo es posible que la situación haya llegado a este punto

de degradación? Sería muy largo de explicar con detalle en qué vicisitudes vivió esta región desde la llegada del protestantismo a Ginebra. Citemos solamente un fragmento de la carta de «informaciones» que Francisco escribió desde Thonon, el 19 de febrero de 1596, al nuncio apostólico de Turín, Monseñor Julio César Riccardi: «Una parte de esta diócesis de Ginebra (se trata del Chablais) fue invadida por los Berneses, hace sesenta años, y permaneció hereje; pero, estos años pasados, este país, por la fuerza de las armas, pasó a dominación de Su Alteza y fue anexionado a su antiguo patrimonio. Buen número de habitantes, más tocados por el estruendo de los arcabuces que por las predicaciones que les fueron hechas por orden de Monseñor el Obispo, volvieron a la fe y volvieron al seno de la Santa Madre Iglesia; pero a continuación, estas regiones, fueron infestadas por las incursiones de los ginebrinos y de los franceses y el pueblo recayó en su lodazal.»

Los años precedentes, durante los cuales Francisco se va a dedicar a la conversión de este país desgarrado, están encuadrados por dos acontecimientos importantes: la abdicación de Enrique de Navarre, el 25 de julio de 1593, que permite al duque Carlos Enmanuel recuperar el Chablais y debilita, pero sin anularla (cada uno teme que los ginebrinos vuelvan a ser los maestros del país) la presión del protestantismo sobre las almas; y el segundo es el tratado de Vervins en 1598, que parecía reconciliar Francia con España y aportar una promesa de paz, a pesar de que las diferencias entre Francia y la Saboya no estaban completamente superadas. Para los habitantes son años de incertidumbre política y como consecuencia –pues esa es la desgracia de la época– son años de indecisión religiosa. Son también años de dependencias militares muy pesadas para el duque Carlos Enmanuel que, sinceramente deseoso, tanto por razones de Estado como por convicción religiosa, de ver triunfar a Francisco en la conversión del Chablais, no podrá proporcionarle la ayuda financiera necesaria para la restauración de las parroquias y la creación de obras nuevas, particular-

mente la construcción de colegios para la juventud. Estas circunstancias van a darle a la misión del Chablais – que podría haber sido una empresa muy política – un carácter incontestablemente evangélico: Francisco trabajará largo tiempo en la reconquista espiritual de este país en medio de la pobreza, la pena, la penitencia y las contradicciones.

Pero ¿cómo fue elegido Francisco para este duro y peligroso ministerio? El duque, desde finales de 1589, había pedido a Monseñor de Granier que restableciese los párrocos en las cincuenta de parroquias del Chablais: un año más tarde, en febrero de 1591, estos cincuenta sacerdotes habían sido expulsados de nuevo por los calvinistas; y el resultado más claro de sus trabajos había sido demostrar que el medio utilizado no era ciertamente el mejor. Era preferible enviar allí, al menos para comenzar, dos o tres sacerdotes solamente, pero sacerdotes de gran ciencia y profundamente religiosos: «Este gran prelado (Monseñor de Granier), relata cándidamente Carlos Augusto de Sales, buscó por todas partes quienes fueran capaces de extender la semilla de la palabra de Dios en estas tierras. Casi todos permanecían escondidos, por el terror que los peligros producían en sus corazones. Se había fijado en primer lugar en su hijo, el señor preboste de Sales; pero, por algunas consideraciones que él mismo se planteaba, no se atrevía a hacerle la propuesta». Tuvo entonces la idea de convocar al clero en una asamblea y de solicitar voluntarios: «El magnánimo Francisco, llamado a la asamblea del clero para este asunto, viendo que nadie decía nada, se levantó atrevidamente de su silla y dijo: «Monseñor, si juzgáis que yo soy capaz y me lo pedís, yo estoy decidido a obedecer e iré voluntario» No se puede uno imaginar la alegría del buen obispo por este ofrecimiento. Le contestó que no solo le juzgaba muy capaz, sino que le parecía conveniente y oportuno.»

La escena es bella y muy conforme al temperamento y a la gracia de Francisco, pero quizá este relato no subraya suficiente un matiz que no disminuye en nada la generosidad del preboste, sino todo lo

contrario, y que él mismo indica en su relación al nuncio Riccardi el 19 de febrero de 1596: «Puesto que Su Alteza Serenísima, por una parte, y Monseñor nuestro Reverendísimo Obispo por otra, quieren remediar este mal, vengo aquí por orden de mi ya citado Reverendísimo Obispo, no como médico capaz de curar tanta debilidad, sino más bien como explorador y como precursor, para examinar las medidas a tomar para proveer al país de remedios y médicos.»

En resumidas cuentas, mejor un precursor, encargado de preparar la misión, que un misionero propiamente dicho; así se comprende mejor la frase de Monseñor de Granier, tal como nos la refiere Carlos Augusto: «A estas palabras, Monseñor añadió un agradecimiento por el hecho de que Francisco quisiera aliviar su vejez, puesto que la verdad era, ciertamente, que toda esta carga debía recaer sobre sus espaldas si hubiese tenido las fuerzas suficientes para soportarla.» Así pues, Francisco partió en calidad de suplente del obispo. Esto no disminuye en nada su mérito: la misión de precursor en tales circunstancias ya es por sí muy peligrosa: En Thonon, capital del Chablais, Francisco tendrá que trabajar bajo la protección de los soldados católicos del Barón de Hermance que disponía de una guarnición en el castillo de los Allinges. De otro modo, el apostólico Francisco no sabría atender la labor de investigador y de diplomático: Desde el principio hasta el fin, el mensajero se convertirá en misionero, como lo indica admirablemente la relación al Nuncio del 19 de febrero de 1596.

«El siervo de Dios preparó enseguida todo lo que le era necesario para esa expedición apostólica. Preparó algunos libros, pero, a excepción de la santa Biblia y *las Controversias* del Cardenal Roberto Belarmino, pocos más. Llevó consigo a su queridísimo primo Luis de Sales, canónigo, hombre de un espíritu muy claro y muy dulce y que ya había dado grandes pruebas de su capacidades en materia de teología, para la predicación de la palabra de Dios. Además, encomendó esta empresa a los sacrificios de sus herma-

nos canónigos y de otros buenos eclesiásticos y religiosos de la diócesis.» Teniendo en cuenta la parte de edificación que es normal en este género de biografías, de estas palabras de Carlos Augusto, se puede deducir la actitud del alma de Francisco y de Luis, en su partida para el Chablais.

Un incidente va a dar la ocasión a Francisco de expresar más claramente sus sentimientos íntimos. Él no ignoraba que su empresa producía en su padre la más feroz oposición. Pasando por Sales, decidió hacer un alto «para recibir su encomienda. Pero el señor de Sales no le recomendaba otra cosa sino que se quedara». Los argumentos del viejo gentilhomme estaban llenos de sabiduría humana y de prudencia política. Francisco debió hacer frente a una terrible tempestad. «Apoyándose solo en Dios y en la obediencia», dice la Madre de Chantal, Francisco se mantuvo inflexible. «Padre mío, le respondió, Dios proveerá; Él es el que ayuda a los fuertes: no hay nada más que tener valentía; no estamos entre bárbaros. Además, que no somos unos desconocidos (esta confesión de Francisco no es despreciable, si queremos comprender la elección que se hizo de él para esta misión), y no vamos allí ni como depredadores ni para saquearlos; queremos solamente atacarlos con armas espirituales. No dañarán nuestros cuerpos.

Y Dios, según su promesa, dará una gran fuerza a nuestras palabras, para predicar la verdad de su Evangelio. ¿Y qué pasaría si nos enviasen a las Indias o a Inglaterra? ¿No deberíamos obedecer? Ciertamente que sería un viaje muy deseable, y la muerte que soportaríamos por Jesucristo, nos valdría más que mil triunfos. Por lo demás, esta es la voluntad de Su Alteza Serenísima, esta es la orden y la misión de Monseñor Reverendísimo, no hay nada que oponer. Es un asunto laborioso, es verdad, y nadie podría negarlo; pero, ¿por qué llevamos nosotros estos vestidos si no queremos asumir también sus cargas?», ,

El Sr. de Boisy se obstinó, y para no asistir a las despedida de su hijo, se retiró al castillo de la Thuile, desde donde envió las cartas

a algunos amigos del Chablais, para que velaran por la vida de su hijo y de su sobrino.

El miércoles 14 de septiembre, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, Francisco y Luis continuaron su camino. Pronto llegaron a Saint-Cergues y descubrieron la magnífica llanura del Chablais. Se apresuraron a llegar a la fortaleza de los Allinges «asentada sobre una montaña ondulada», para presentarse en primer lugar al señor gobernador, el barón de Hermance. Llegaron allí al atardecer. El barón «introdujo en la fortaleza a los dos nuevos apóstoles... Desde este lugar eminente se divisaba el aspecto miserable de esta provincia.»

Realmente, esta provincia es admirablemente pintoresca, pero contemplándola, Francisco pensaba en algo muy distinto que la admiración del paisaje: recorriendo la región, los dos misioneros habían podido percibir ya algo de la ruina del catolicismo. «*Hablo de lo que he visto, y, por así decirlo, de lo que mis manos han tocado*, escribirá un día Francisco al papa Clemente VIII; y yo sería el último de los hombres si dijera lo contrario a la verdad, y sería el más inconsciente si no la conociese. A penas entramos en aquellas ciudades, se presentó a nuestros ojos un triste espectáculo. Teníamos ante nosotros unas sesenta y cuatro parroquias; Ahora bien, si exceptuamos los oficiales católicos del duque, que nunca quiso tener otros, no encontramos un centenar de fieles sobre una población de varios miles de almas. Encontramos la mayor parte de los templos destruidos o saqueados; más todavía, ninguna cruz, ningún altar, y por todas partes aniquilados todos los restos de la antigua y verdadera fe. Por todas partes encontramos ministros, como se les llama, que son maestros de la herejía, pervirtiendo las familias, infundiendo su doctrina, invadiendo los púlpitos, buscando un *beneficio vergonzoso*. Los Berneses, los Ginebrinos y otros parecidos hijos *de perdición*, aterrorizaban al pueblo por medio de sus emisarios, para apartarlos de nuestras predicaciones. Ellos decían que la tregua sería breve, que no se había firmado la paz, y



Restos de la fortaleza de los Allinges.

que pronto expulsarían con las armas al duque y a los sacerdotes, y su partido, desafiando cualquier ataque, sería el único vencedor.»

La resistencia de los habitantes de Thonon

Esta es la situación. Francisco se informa «por medio del barón de Hermance, de los medios y de la manera de comenzar el trabajo». En Thonon es necesario evidentemente tomar contacto con los protestantes: la ciudad está a tres leguas y media de los Allinges; de los tres mil habitantes no hay más que apenas una quincena de católicos, pero entre ellos está el procurador fiscal Claude Marin, totalmente de la parte del duque, el juez magistrado mayor Claude de Orlier, y algunos amigos del Sr. de Boisy, como Carlos Vidomne, señor de Charmois. Francisco habla ya de celebrar allí la misa. El barón de Hermance «manifestó que no le parecía todavía oportuno el momento de instituir el santo oficio de la misa en Thonon, ni en otra parte, puesto que, incluso por la noche, no existía ni la menor seguridad fuera del castillo; Pero dijo que, para comenzar, se podría encontrar el medio de predicar en Thonon.»... Francisco siguió el consejo del barón y se alojó en el castillo.

El viernes 16 de septiembre de 1594, el puñado de católicos se reunió alrededor de los dos misioneros en la casa del procurador Claude Marin. El domingo 18, tras presentar las cartas del duque, que autorizaban la misión, al primer representante de los sindicatos de Thonon, Pierre Fornier, Francisco citó a sus nuevos oyentes en la antigua iglesia de san Hipólito, y una vez que hubo terminado el oficio calvinista se procedió de esta manera: una vez que el ministro Viret terminó su predicación, Francisco entró en la iglesia, seguido «de los oficiales del duque y de algunos católicos»,¹² y pronunció para este modesto auditorio, un sermón muy

12 Nota en el reverso de la copia del autógrafo. Cf. *Oeuvres*, T. VII, po. 202.

apoyado en citas de la Sagrada Escritura, *sobre la misión de los pastores de la Iglesia*.

En adelante, nuestros dos misioneros no interrumpirán ya su trabajo: Luis se encargará más bien de la región de los Allinges, Francisco, siendo consciente del peligro, lo hará de Thonon. Una carta de Francisco al senador Favre, carta que que hay que datar muy probablemente el 4 ó 5 de octubre, nos informa sobre estas primeras semanas. Francisco confiesa que «la nube que es conducida, sin duda, por el príncipe de las tinieblas» le «parece una sombra», y que ella «cubre cada vez más los espíritus de estos hombres».

Tras el sermón del día 18 de septiembre, las cosas parecían mejorar ligeramente: «El gobernador, con algunos otros católicos, no ha ahorrado ningún esfuerzo para atraer con secretas persuasiones a las gentes de los alrededores y a los burgueses de Evian a nuestros sermones, y para hacer avanzar, con un celo ardiente y claro, los asuntos de la religión.» Pero enseguida, los herejes reaccionaron: «Los principales de Thonon, después de reunir en asamblea su consejo (el domingo 2 de octubre), se conjuraron con una soberana perfidia, a que ni ellos, ni el pueblo, asistieran jamás a las predicaciones católicas... Esto fue decidido, según me dijeron, antes de ayer, en la casa de la comuna, y bastantes habían tomado ya esta resolución en la asamblea *de los impíos*, que ellos llaman su consistorio... Seguramente que ellos querían hacernos perder la esperanza de llevar a cabo nuestra misión y después obligarnos a marcharnos».

Pensar así sería no conocer a Francisco «No sucederá así, pues estamos absolutamente decididos a trabajar sin parar en esta obra, a no dejar una piedra sin remover, *a suplicar, a recomenzar con toda la paciencia y la ciencia que Dios nos conceda*. Durante todo el tiempo que nos permitan las treguas y la voluntad del príncipe, tanto eclesiástico como secular. A quien quiera discutir conmigo sobre este asunto, mantengo que no solamente son necesarios los predicadores, sino que también hay que restablecer la celebración

del Santo Sacrificio lo antes posible, para que el hombre enemigo vea que por sus artificios nos da ánimos en lugar de quitárnoslos». Y Francisco añade una frase que, en pocas palabras, dice mucho sobre la mezcla en estos asuntos de la política y de la religión: «En todo esto hay que caminar con una gran prudencia, esperando a ver si la paz temporal de la que gozamos, es duradera.

En el invierno de 1594-1595, todo se vuelve contra Francisco para desanimarlo: el rigor de una estación que fue particularmente dura, la oposición de los ministros protestantes que resulta eficaz en el pueblo, las negociaciones que se llevan a cabo en Annecy en torno al obispo para que le recuerde: «Espero, le hace saber Antoine Favre el 31 de octubre, que mis mensajeros no le lleven mis cartas a esa soledad en que vive, sino a esta ciudad en la que preveo que pronto será reclamado no solo por deseo de un padre muy atento, sino también por las órdenes de un obispo que le aprecia mucho. Pues entre ellos, en mi presencia, se ha hablado mucho de reclamarla y de darle un sucesor.»

A esto se unían «mil injurias y mil burlas», según uno de sus biógrafos; se le llamaba «hipócrita, idólatra, falso profeta», se le acusaba de magia y de brujería. Se le «tendían trampas», se «sobornaban bribones para darle muerte». Ateniéndonos a un hecho cierto y claro, es un fragmento de la carta del 27 de noviembre de 1594 el que nos informa: «Dios me pone delante un trabajo digno de la sola virtud de su derecha. Hoy empiezo a predicar el Adviento a cuatro o cinco personas; el resto ignora maliciosamente lo que quiere decir el Adviento; y este tiempo tan importante en la Iglesia, es motivo de oprobio y de burla entre estos infieles.»

Pero estas dificultades no consiguieron desanimar a nuestro misionero: «La oración, la limosna y el ayuno son las tres partes que constituyen *el cordón que difícilmente romperá* el enemigo; con la ayuda de la divina gracia vamos a tratar de atar con el adversario.» La oración, la limosna, el ayuno... «caminaba en medio de la nieve, con mal tiempo, a pie, a no ser que el tiempo fuera tan des-

apacible que le hiciese ir a caballo, nos relata la Madre de Chantal; y yo le he oído decir a él mismo y al Sr. Luis de Sales, yo creo que a los dos, que al volver de Thonon, el Bienaventurado iba a otros pueblos a predicar, confesar y hacer lo que fuera necesario para el bien y el progreso de las almas. Estos viajes no se hacían sin peligros...». Las cosas llegaron hasta tal punto, que el barón de Hermance propuso a Francisco darle un guardia de escolta - cosa que Francisco rechazó con horror -, y que lo siguiera secretamente y de lejos con algunos soldados...

Cambio de estrategia: las Controversias

Aparentemente, parece que todo ha fracasado. Al cabo de cuatro meses de predicación, Francisco tiene que constatar que sus progresos son nulos. Va a tratar de poner en práctica otro método de conquista: puesto que no quieren escucharle, se pondrá a escribir. De este modo, los protestantes tendrán en sus propias casas sus pruebas, sus argumentos, sus refutaciones, las leerán a placer, las discutirán o meditarán libremente. Eran sencillas hojas volantes, mensajes recopilados en pleno combate, en medio de los raros momentos libres arrancados a las tareas y necesidades cotidianas, con los cuales Francisco se fijó un plan general, y, desde el principio, parece que soñaba con hacer un libro. Desde la primera edición, se le llama a este conjunto de escritos *Controversias*, así lo haremos también nosotros, pero no sin lamentar que se haya abandonado el nombre de *Meditaciones*, o aquel más preciso todavía de *Memorial*, que el mismo Francisco atribuye a sus escritos.

Según él mismo dice, la idea de este método le fue inspirado por «un gentilhomme serio y juicioso». Su «Carta al Sr. de Thonon» con la que anuncia su proyecto, data del 25 de enero, «día de la conversión de san Pablo»; pero en esta fecha, ya estaba trabajando en

este proyecto. A finales de enero, se excusa ante su amigo Antoine Favre de su retraso epistolar: «Yo esperaba, hermano mío, enviaros algo sobre nuestro trabajo, pero, cambiando de parecer, he resuelto esperar a que forme un todo, más bien que entregároslo por capítulos. Soy tan poco diligente que, dividido entre diversas ocupaciones, apenas lo he comenzado. Doy vueltas en mi espíritu a las *Meditaciones de los herejes de nuestro tiempo*.»

Un poco más tarde, sin duda a mitad de febrero de 1595, Francisco le escribe también: «Vos deseáis ver las primeras páginas de mi obra contra los herejes: yo también lo deseo mucho y no combatiré contra el enemigo con todo el ardor que merece esta causa, hasta que vos no hayáis aprobado mi proyecto, el plan de la batalla y la táctica adoptada. Soy consciente de la dificultad del proyecto y además, me faltan las tropas auxiliares de las que tendré necesi-



Capilla donde celebraba Francisco de Sales en los Allinges.

dad: quiero decir los libros necesarios a un hombre que no guarda en su memoria más que un pequeño bagaje de conocimiento. No obstante he comenzado con tal fuerza, que me será un poco más difícil llevar a término mi proyecto. Tan pronto como sea posible, veréis algo de mi trabajo.»

Al mismo tiempo, Francisco anuncia a su amigo una decisión importante: «Voy a pasar en Thonon el resto de la Cuaresma: me parece que esto es lo mejor.» ¿Lo mejor? Para la redacción de sus *Controversias*, sí, dispondrá allí de algunas bibliotecas de amigos; para la alegría y el ánimo de los católicos también; e incluso para algunos calvinistas que quieren consultarle en secreto. Pero ¡qué temeridad! Humanamente, su gesto es imprudente y tendrá todavía que ocultar el lugar de su estancia durante algún tiempo.

El 7 de marzo, anuncia a su amigo Antoine Favre: «Finalmente he bajado a Thonon; el enemigo se espera un ataque muy nervioso por el fastidio del retraso. Atacado desde las alturas de mi fortaleza, ha despreciado las justas condiciones; ahora, le daré el último asalto.» El trabajo abunda: «Predicaciones más numerosas me impiden prestar a nuestras *Meditaciones* contra los herejes, toda la atención necesaria», y parece que le va a llegar una ayuda: será el célebre capuchino, el Padre Chérubin de Maurienne. «¡Que venga ya!».

Francisco no se atreve todavía a celebrar la santa misa en Thonon: cada mañana, va a la capilla de Saint-Etienne del pueblo de Marin, más allá de la Dranse. Todo esto, en medio de grandes peligros: un día, Francisco y tres compañeros, entre los cuales un servidor del Sr. de Boisy que se encontraba allí, Georges Rolland, fueron asaltados en el camino de los Allinges por dos hombres armados. Gracias a la calma de Francisco, el asunto se terminó sin efusión de sangre, incluso con el perdón. Pero Rolland corrió enseguida al castillo de Thorens a contar la aventura; El Sr de Boisy ordenó a su hijo que volviese a Annecy, y he aquí la carta que recibió a mitad de marzo de 1595: «Sr. y padre mío, si Roland fuese vuestro hijo, de la misma manera que es vuestro criado, no habría tenido la cobardía

de huir por un pequeño incidente como el que hemos tenido, y no haría tanto ruido como si se tratase de una gran batalla. Nadie puede dudar de la mala voluntad de los que nos asaltaron, pero nos equivocamos cuando se duda de nuestra valentía. Por la gracia de Dios, sabemos que *quien persevere será salvado*. Os suplico, pues, padre mío, que no consideréis mi perseverancia como desobediencia...»

Así escribe al Sr. de Boisy, pero cuando abre libremente su alma, sus confidencias son de otro tono. En este comienzo de abril del año 1595, escribe a Monseñor de Granier: «Si vos deseáis saber, y qué conveniente es que lo sepáis, lo que hemos hecho y lo que hacemos ahora, lo encontraréis todo en la lectura de las epístolas de san Pablo: Nosotros caminamos, pero como un enfermo que después de haber haberse levantado de la cama, se encuentra torpe en el uso de sus pies, y, con su débil salud, no sabe si está más sano que enfermo»

Su confianza se hace todavía más íntima con el Padre Possevin, su antiguo director de conciencia: «Tengo aquí algunos padres y otros que me respetan por ciertas razones particulares que no puedo confiar a otra persona; y esto es lo que me mantiene completamente comprometido con este proyecto. Me sentiría muy contrariado si no fuera la esperanza la que me anima; además, sé bien que el molinero no pierde el tiempo cuando golpea la rueda de su molino. Por eso, sería una lástima que otro se fatigase aquí por nada, mientras que podría obtener más frutos que yo, que todavía no soy bueno para predicar más que a las murallas, que es lo que hago en esta ciudad.»

En fin, un primer éxito vino a compensar la perseverancia de Francisco: el célebre abogado y jurisconsulto Pierre Poncet, abjuraba del calvinismo: Esto fue motivo de un gran gozo entre los católicos y Francisco recibió por esta conversión muchas congratulaciones, pues el personaje era «muy estimado y muy digno de crédito».

En torno a la fiesta de la Ascensión, Francisco – quizá para descansar un poco – volvió a Thorens. Pasó una semana en el castillo de Sales; después bajó a Annecy. Durante las fiestas de Pentecostés que, este año caían el 16 de mayo, predicó varios sermones. El sábado 25 de mayo – día del Corpus Christi – Francisco fue favorecido con una gracia extraordinaria: «...A las tres de la mañana, estando meditando profundamente el muy santo y augusto sacramento de la Eucaristía, lo narran más o menos en los mismos términos Carlos Augusto de Sales y el Padre de la Rivière, se sintió arrebatado por una abundancia de delicadeza del Espíritu Santo... de tal modo, que su corazón, dejándose llevar por estas delicias, se vio obligado a arrojarse por tierra y a gritar: Señor, retened las olas de vuestra gracia; retiraos de mí porque no puedo aguantar la grandeza de vuestra dulzura, por la cual me veo obligado a prosternarme.» Y Carlos Augusto añade: «Saciado así por este torrente de delicias, se fue a celebrar la santa misa; subió al púlpito y predicó con tanta eficacia en sus palabras y con tanto ardor, que parecía resplandecer todo su rostro por el fuego de los divinos abrazos del amor celestial.

Dios sostenía el alma de su misionero con estos favores. Llegaba la hora de regresar al Chablais. A comienzos del mes de junio, Francisco hizo una parada en el castillo de Sales y, con pena, se encontró con la oposición intacta de su padre; como su cargo de preboste no le aportaba ninguna remuneración, y su padre le negaba cualquier ayuda, regresó a Thonon totalmente pobre. El duque Carlos Enmanuel tampoco le proporcionaba ningún apoyo ni ayuda. Solo le sostenía en su proyecto su fe en Dios...En Thonon encontró que su pequeño rebaño fiel había sido atacado violentamente por los calvinistas, la lejanía de Francisco había fortalecido la audacia de estos últimos, a pesar de la presencia de Luis de Sales. Sin embargo, retomó con valentía su trabajo. Estos meses de verano fueron consagrados, en gran parte, a las Controversias. Parece, por ejemplo, que se puede situar en el 29 de junio, fiesta de san Pedro y san

Pablo, la aparición de la hoja «*La unidad de la Iglesia. La verdadera Iglesia debe tener solo un jefe*», y que la hoja «*La profanación de las Escrituras causada por la facilidad con que pretenden entender la Escritura*» fue reeditada el 4 de octubre.¹³

Francisco escribió una carta el 21 de julio a Pedro Canisio, el teólogo jesuita que Ignacio de Loyola había enviado al Concilio de Trento y que había sido nombrado el primer provincial de Alemania, diciéndole: «Hace nueve meses que estoy rodeado de herejes y, por muy abundante que sea la mies, no puedo guardar más que ocho espigas en el cofre del Señor. Entre estos convertidos se encuentra un cierto Pedro Poncet, jurisconsulto muy erudito y, por lo que concierne a la herejía, mucho más sabio que el ministro calvinista del lugar. Viendo en sus entrevistas familiares que el testimonio de la antigüedad le impresionaba, le he prestado vuestro *Catecismo que contiene la enseñanza de los Padres...* Esta lectura le apartará del error y le hará volver al camino abierto que conduce a la Iglesia. Finalmente ha vuelto y esto os lo debemos a vos.»

Esta carta presenta un interés considerable: Francisco se enfrenta a dificultades teológicas que sublevan a los calvinistas y que él no puede resolver «ni siquiera con la ayuda de las obras de Belarmino; no tengo aquí los libros necesarios, pues no he traído conmigo nada más que un pequeño número que tratan de las controversias de nuestro tiempo.» Habiendo constatado que prácticamente no le separaba de Canisio «nada más que el lago Lemán», se propone escribirle de vez en cuando, para consultarle algunas cuestiones «sobre las materias teológicas y la dificultad que presentan, y recibir también por carta vuestras instrucciones».

No podemos sino admirar, el cuidado que Francisco ponía en la redacción de sus apuntes y cómo se tomaba muy en serio los argumentos de los hugonotes. ¿Fueron impresos estos apuntes? Parece ser

13 Cf. *Oeuvres*, T. I, p. 90: «*Évangile du jour d'huy*»; y p. 194, alusión a la fiesta de san Francisco de Asís.

que hay que creer a las Visitandinas que lo afirman, más que a Dom Mackey que lo niega: De todas formas, cada semana una nueva hoja «era distribuida en las casas de Thonon y en las de los pueblos».

Este mes de julio no se ocupó solamente de la teología. «He pasado todo este mes, bien en peregrinación (*es decir, en misiones apostólicas*), bien haciendo compras indispensables»,¹⁴ escribe desde Annecy a Antoine Favre, el 2 de agosto. ¿Es por causa de la fatiga? ¿Es por sobrecarga de trabajo? Bajo su actitud siempre valiente, existe una cierta dejadez: «La mies de Thonon es un peso que sobrepasa mis fuerzas, pero he decidido abandonarla solo con vuestro acuerdo y por orden vuestra. Mientras tanto, continúo preparando nuevos obreros para esta obra, con toda clase de expedientes y de industrias, y buscándoles los medios de subsistencia. No le veo ningún término, ni salida entre estas astucias infinitas del enemigo del género humano.»

Tenemos aquí una confidencia preciosa: «He estado atormentado, y todavía lo estoy, hermano mío, viendo que entre tantas catástrofes que amenazan nuestras cabezas, nos queda poquísimo tiempo para cultivar la devoción de la que tenemos una urgente necesidad. Nos hace falta mientras tanto, contando con la misericordia de Nuestro Señor, elevar nuestros corazones con mejores esperanzas... Mañana vuelvo a mi Esparta.»

«En Esparta» parece que las cosas van un poco mejor. La carta que Francisco escribe desde Thonon, el 18 de septiembre a Antoine Favre, es un obra maestra que, por sí sola, nos revelaría el ardor misionero, la fe, el corazón de aquel que la ha escrito: «Hermano mío, por fin se abre a nuestros pies una puerta más ancha y más bella que nos permite entrar en esta mies de cristianos, pues ha sido necesario que ayer el Sr. De Avully y los síndicos de la ciudad,

14 Entre ellas hay que contar el reglamento de algunos litigios que Monseñor de Granier le confía. Cf. si son auténticas las cartas LV y LVI, Oeuvres, T. XI, p. 148 y p. 151.

como se les conoce, viniesen abiertamente a la predicación, porque habían oído decir que yo iba a hablar sobre el muy augusto sacramento del altar.

Tenían tan gran deseo de escuchar de mí la exposición de la creencia de los católicos y sus pruebas referentes a este misterio, que, no atreviéndose a venir públicamente por miedo a dar la impresión de que se olvidaban de la ley que se han impuesto, me oirían desde un cierto lugar donde no pudiesen ser vistos,¹⁵ si la potencia de mi voz no fuese un obstáculo para ello.

Y Francisco estimula todavía más esta curiosidad, prometiendo «que en las predicaciones siguientes, por medio de las Escrituras, daría más luz que en pleno día a ese dogma». Francisco quiere, por encima de todo, obligar a los ministros a «descender hasta la arena y a discutir con él. «Y es algo seguro: puesto que ellos consienten ya en dialogar con él, pronto, siguiendo el proverbio, acabarán abdicando... Los habitantes de Thonon resolvieron, de común acuerdo, presentarnos por escrito su confesión de fe, en aquellos puntos en que difiere de la nuestra, para que podamos discutir las en particular, o en las reuniones familiares, o por escrito.»

Para Francisco, se trata de una victoria de su estrategia apostólica: estas discusiones particulares con los «principales» del Chablais, le parecieron siempre la pieza maestra y la única evangélica, de su acción. Seguro de su fe, seguro de la gracia de Dios, iría a estos coloquios no como interlocutor, sino ya como vencedor. «Con toda seguridad, estamos en el buen camino, puesto que ellos aceptan el combate por medio de su representante, nuestras pequeñas fuerzas les asustan y piensan en proponernos condiciones. Respecto a nosotros, siendo valientes por la gracia de Dios, esperamos con impaciencia y con alegría esta lucha cargada de buena esperanza.»

Por desgracia, no poseemos nada más que un resumen de este sermón del 17 de septiembre, no obstante, quien quiera conocer el

15 Parece que los auditores hugonotes se camuflaban en la tribuna de los órganos.

corazón apostólico de Francisco, deberá releer siempre su exordio que está editado casi entero. Hay que escuchar el comienzo de su discurso, después de haber citado el pasaje de san Pablo a los Corintios (I Cor 10, 6) dice: «Sobre esta cuestión planteada y tomada en otro sentido diferente del que fue hecha y planteada por el bienaventurado Apóstol, se ha fundado esta gran Babilonia que vemos en este siglo miserable.» No dirá todo lo que podría decir, sino lo que le parecerá «más singular y más convincente. Quien quiera preguntarme dudas, por escrito o de cualquier otra manera, me complacerá enormemente y le estaré muy agradecido y trataré de satisfacerle con toda caridad y respeto.»

Y hace este ruego a los calvinistas que le escuchan «Os ruego, por vuestra salvación y la sangre del Salvador, que vengáis a oír las razones de la Iglesia Católica, para que no se pueda decir de vosotros que la habéis condenado sin haberlas oído. Y dejad atrás toda clase de pasión humana sobre esto; no miréis la familiaridad que tenéis por un partido u otro, sino solamente mirad dónde se encuentra la Escritura, la razón y la verdadera teología. Y, según lo que veáis, decidid vosotros, dejando aparte otras cosas, adheriros al partido mejor.» Y Francisco exclamó: «Señor, aquí estoy para servirlos, *da mihi intellectum, ut sciam testimonia tua.*»

Este mismo día 17 de septiembre, el Papa Clemente VIII concedía finalmente la absolución pontificia al rey Enrique IV. La noticia corrió por Saboya y por Francia. Desde los primeros días del mes de octubre, Francisco mostró su alegría en una carta a Antoine Favre: «Acabo de saber que el Muy Santo Padre ha enviado muy recientemente a Enrique este mensaje gozoso: «Salud y bendición apostólica al Rey de Francia». Si realmente esto es así, *que la paz reine por la fuerza* del Señor! Yo auguro que esta paz será tanto más feliz cuanto más desagradable sea a todos los herejes de Ginebra»

El acontecimiento tendrá como efecto incidencias considerables sobre el apostolado de Francisco en el Chablais: la gente de estas regiones tendrán menos dudas en comprometerse y el duque

Carlos Enmanuel mismo, viendo el próximo futuro bajo un aspecto menos belicoso, manifestará de manera más firme el apoyo que desea dar a la acción de Francisco. En la espera, Francisco acentúa la presión sobre los calvinistas del Chablais: «Yo presiono ahora más a estos Señores de Thonon, escribe a Favre, y los presionaré todavía más cuando haya llevado a término, siguiendo mi capacidad, la pequeña obra que llevo meditando desde hace bastante tiempo, y cuando vos hayáis aprobado mi proyecto.»

La actividad de Francisco en este fin del año 1595, aparece prodigiosa: calvinistas de gran notoriedad vienen a encontrarse y discutir con él, entre ellos estaba el Sr. De Avully, el abogado Claude de Prez. Comienza a redactar para el *Código jurídico* que prepara Antoine Favre (es el *Codex Fabrianus*), una exposición de las principales herejías contra las que deberá ejercerse la vigilancia del legislador: son unas páginas ardorosas y ardientes, que están entre las más bellas que escribió Francisco, serán incluidas en la obra de Favre, con el primer título: *De summa Trinitate et fide catholica*.¹⁶ Para confundir mejor a los herejes, se adentra en el estudio de *la Institución de la Religión Cristiana* de Calvino, no sin haber solicitado humildemente de Roma el permiso, como un simple clérigo.

Finalmente, hacia finales del año 1595, Carlos Enmanuel pide a Francisco que le exponga «los medios más importantes para realizar el santo deseo que tiene (Su Alteza) de ver estos pueblos del Chablais reunidos en la Iglesia católica»: Francisco se apresura ante esta invitación tan esperada y expone al duque, el 29 de diciembre, cuáles son los apoyos financieros y morales que desea de su autoridad. Hay que leer esta carta bajo la óptica del tiempo: desgraciadamente, la política se mezcla con lo religioso, tanto del lado católico como del lado protestante: Francisco mantiene, visiblemente todavía como jurista, el principio tradicional del Estado

16 Hay que leer en particular las páginas magníficas sobre el Santo Sacrificio de la Misa, *Oeuvres*, T. XXIII, pp. 99-100-

Católico: «Una fe, una ley, un rey»; y nosotros entendemos que aquí reclama que «en caso de obstinación (sean privados) de todas las funciones de justicia y de cargos públicos, los que permanezcan en el error»; pero hecha esta constatación, encontraremos en esta carta el corazón apostólico del misionero, su optimismo teológico: a sus ojos, basta que la fe católica sea predicada y llegue a los oídos de los herejes: la gracia hará el resto.¹⁷

Cuenta ante todo con el restablecimiento de los párrocos en todas las parroquias y la libertad de circulación de los misioneros «por todas las administraciones territoriales que sea necesario». Reclama también que el pueblo sea convocado oficialmente a las exposiciones doctrinales o a las controversias que se llevarán a cabo: «Esto será, Monseñor, una dulce violencia que los obligará»; conociendo las virtudes de su amigo el senador Favre, propone que él sea elegido para ejercer esta autoridad en nombre del duque. Solicita finalmente los fondos necesarios para que sea creado un colegio de jesuitas en Thonon.

A esta carta al duque hay que añadir otra carta que Francisco dirige el 19 de febrero de 1596 al nuncio Riccardi: en ella expone al nuevo Nuncio, con una claridad admirable, la situación del Chablais, tal y como se presenta después de diez y ocho meses de trabajos: «Aunque el miedo de los herejes nuestros vecinos, haya perjudicado al éxito de esta misión, se obtienen no obstante, ciertos frutos por la conversión de bastantes personas, entre las cuales se encuentran dos de los herejes más convencidos. Ahora nos encontramos, gracias a esta noticia de una próxima paz, en las vísperas de recoger los frutos de lo que hemos estado sembrando hasta ahora.»

La paz, de hecho, tardará en establecerse. Pero Francisco tiene razón: el tiempo de las siembras, el tiempo heroico y misionero

17 Cf. Joseph LECLERC, s.j., *Histoire de la tolérance au siècle de la Rêforme* (Aubier, 1955, 2 tomos), en diferentes sitios; ver las tablas: «Asistencia obligatoria al culto oficial».



Mapa de la ciudad de Thonon,
 (*Theatrum Sabaudiae...*, parte II, Amsterdam, 1682).

está prácticamente acabado y se aproxima el tiempo de los compromisos.

Tendríamos que detenernos en este tiempo de las siembras. Nunca Francisco nos aparecerá más puramente «sacerdote de Jesucristo», apóstol al estilo de Pablo o de Francisco Javier. Se encuentra solo, o casi solo: incluso cuando su primo, el canónigo Luis, se encuentra cerca de él, Francisco es el que lleva el peso de la misión. Es pobre, privado de recursos y no tiene más que algunos donativos que su madre le hace llegar, a espaldas de su padre. para atender a sus necesidades y a sus limosnas.

Se encuentra sin apoyo humano: sin duda el barón de Hermance y la guarnición de los Allinges están allí, dispuestos a protegerle en caso de peligro, pero Francisco rechaza predicar el Evangelio bajo la cobertura de armas y de alabardas. Respecto al duque, después de haber pedido que fuera inaugurada la misión, guarda silencio, no proporciona a los misioneros ninguna autenticación oficial, no les concede ningún subsidio, mientras que los protestantes del Chablais se sienten fuertes con todo el apoyo y toda la riqueza de Ginebra y de Berna.

Francisco trabaja lenta y pacientemente: su esperanza está puesta en Dios: reza, ayuna, se mortifica; su misa cotidiana - celebrada en las condiciones que ya sabemos -, es su gran reserva de fuerzas. A los protestantes que le insultan, le amenazan, o a veces le asaltan, los trata «con respeto y caridad»: sobre todo, los toma en serio. Para ellos, estudia, escribe, predica. Que haya cinco personas o cien en el auditorio, ¿qué importa? Es el Evangelio, es la Escritura, es la Iglesia, a los que hay que presentar en toda su pureza, haciéndolos amables y accesibles con la palabra, sin duda, pero con toda la vida y con toda su fe: Es necesario que el sacerdote revele a sus hermanos descarriados el espíritu y el corazón de Jesucristo.

Un día, el duque Carlos Enmanuel, presentando a Francisco al cardenal de Médicis, dirá: «Veis aquí a un hombre que ha plantado en esta provincia la cruz y la fe de Nuestro Señor»: Nunca se le

hizo un elogio tan verdadero a Francisco. Él mismo, por otra parte, en estos años de dificultad, tuvo el gesto simbólico de todo este apostolado heroico: acusado de magia y de brujería, amenazado de muerte, «se puso a reír y, haciendo un gran signo de la cruz sobre sí mismo, dijo: «Esta es mi gran contraseña y mis hechizos.»»



5. EL APÓSTOL DEL CHABLAIS, TIEMPO DE COSECHA

Las etapas del éxito

En estos primeros meses del año 1596, la vida apostólica de Francisco va a sufrir algunas transformaciones. No lo seguiremos al detalle en su existencia movida y múltiple, sino que insistiremos más bien en los rasgos de su fisonomía espiritual.

Un hecho importante que no parece poder ponerse en duda, pues se apoya en dos cartas cuyo texto está inserto en el primer Proceso de canonización, nos permite tomar la medida del apostolado de Francisco de Sales en esta época, y de reconstruir el clima: en la corte del duque y en la Nunciatura, y sin duda con el acuerdo del obispo de Ginebra mismo, se piensa en él como coadjutor de Monseñor de Granier. Francisco se defiende de ello con una firmeza tan clara como se lo permiten las costumbres protocolarias: «En cuanto al cargo de coadjutor, todas las razones y mi propia experiencia me impiden (tal cual) desearlo; y el deber, el honor y el celo que tengo por Monseñor el Reverendísimo Obispo me impedirán siempre pensar en el obispado mientras que Dios me lo conserve como Prelado, y mi incapacidad me lo prohibirá hasta el día en que Dios quiera privarme de ella.»

Pero si la idea permanece siempre en el aire, y la autoridad de Francisco crece, su apostolado, por el contrario, se teñirá fatalmente de un matiz político: lo admirable es que, hasta en estas relaciones oficiales, Francisco, por encima de todo y sin desfallecer, es el Sacerdote de Jesucristo.

Las etapas que marcan el apostolado de Francisco en el transcurso de estos cuatro años de 1596 a 1600, pueden definirse así: En un primer momento fue la «disputa» pública, tan deseada desde hacía tanto tiempo por Francisco, con el ministro Viret: una disputa en la cual Viret y los demás ministros del Chablais y del País de Vaud a los que había convocado como refuerzo, finalmente se excusaron. Esto sucedía sin duda en los primeros meses del año 1596, y «bastantes conversiones encontraron aquí su comienzo».

El 26 de agosto de 1596, el barón de Avully reniega solemnemente del Calvinismo, delante del nuncio en Turín: fue una abjuración cuya repercusión fue inmensa entre los protestantes y por la cual el mismo Papa Clemente VIII escribió el 20 de septiembre al barón, pero, a pesar de ello, la convención desencadenó para el barón y para Francisco muchas calumnias. «No dejaré de deciros, escribe Francisco a Monseñor Riccardi el 12 de diciembre de 1596, que el enemigo no deja de dirigir contra este caballero todos los ataques posibles, con tal de oscurecer la fuerte impresión que ha ocasionado su conversión; y suscita contra él mucho odio, tanto por parte de los herejes como de los católicos.»

En este año de 1596, se siente que «algo se agita» en Thonon y en el Chablais: el 14 de noviembre, Francisco escribe al nuncio presionándole para obtener del duque la autorización para comenzar el ejercicio del culto católico «al menos en tres o cuatro lugares, si por causa del frío no se puede hacer en más»... «Y es bastante para comenzar: si Cristo viene a nosotros como un pequeño niño en estas fiestas de Navidad, crecerá poco a poco hasta la perfecta *plenitud de la madurez*. Y en esto no corremos ningún peligro, si no es el de abandonar el proyecto y huir de Belén, en el caso de que estas negociaciones de paz desembocasen en una guerra; lo cual perjudicaría (los intereses de la religión) no solamente en el Chablais, sino también en muchos otros lugares de esta diócesis. ¿Quién sabe si Dios no quiere que la paz espiritual sea la preparación y el fundamento de la temporal?»

En este fin del verano del año 1596 se sitúa una de las más fuertes audacias apostólicas de Francisco: conmovido por ver la influencia que ejerce la conversión del señor de Avully, Antoine de la Faye, «el ambicioso, intrigante y muy mediocre La Faye»,¹⁸ decidió presentarse en persona en Thonon y mostrar al señor de Avully «más que con meridiana claridad, en la presencia del preboste de Sales, qué vacía era la doctrina por la cual se había dejado arrastrar a la Religión Romana». Francisco aceptó el desafío, pero «aunque citó al señor de Avully tres, cuatro y más veces», en vano esperó al ministro... Puesto que La Faye no quería acudir, Francisco decidió ir a encontrarse con él en Ginebra. Tomó consigo además del barón, a su primo Luis de Sales y un pequeño grupo de burgueses de Thonon, tanto católicos como calvinistas, y ese pequeño grupo se puso en camino hacia Ginebra... «Y fueron directos, según Carlos Augusto, a la casa del ministro de La Faye».

La discusión tuvo lugar según lo permitían las costumbres del tiempo, en la plaza pública del Molard. Francisco jugaba con ventaja. El duque Carlos Enmanuel, cuando conoció el proyecto temerario y el éxito de Francisco, pensó de nuevo elevarlo al rango de senador. El asunto tenía poca importancia frente al hecho de que, a pesar de sus promesas, el duque no concedió a los misioneros autorización oficial para restablecer el culto católico en Thonon, ni dinero para instalar a los párrocos en las parroquias que solicitaban su regreso, o para mantener a los misioneros; ¡hubiera sido mejor llamar a Francisco a Turín y darle la oportunidad de exponer la situación del Chablais!

En septiembre de 1596, Francisco escribe una carta muy enérgica al Nuncio: «Siempre hay algo que me hace desear ir yo mismo a Turín para obtener una declaración de la voluntad de su Alteza... Que si, como conviene, se dan las órdenes con prontitud, volveré

18 Según el juez historiador protestante Paul GEISENDORFF en su obra *Théodore de Bèze*, Ginebra, 1949, p. 397.

con la seguridad y certeza de ver pronto madurar una gozosa cosecha de varios miles de almas; si, por el contrario, no se dan esas órdenes, pediré a vuestra Alteza la bendición y el permiso para abandonar esta misión y dejarla a otros más capaces que yo. Tengo el corazón roto por verme imposibilitado para satisfacer la sed de parroquias enteras que desean saciarse con la santa doctrina católica, porque no tengo los medios necesarios para enviarles un número suficiente de predicadores y de pastores. No puedo seguir solo aquí para ser el hazmerreír de nuestros enemigos, viendo que no se da ninguna orden, desprecian mi ministerio, del cual yo, no obstante, estoy absolutamente celoso.»

¿No se acusaría a Francisco de ambición? «Respecto a los calumniadores, espero que finalmente se conocerá, y Dios lo sabe, qué libre estoy de toda ambición, y que, con estos trabajos, no busco tanto ser bien visto por mis superiores, cuanto cumplir bien esta misión y otras parecidas.» Habrá que referirse a esta carta siempre que veamos a Francisco obligado por las circunstancias propias del tiempo, a mezclarse con asuntos políticos para el bien de su ministerio.

Finalmente, el duque se decide a convocar a Francisco a Turín. El otoño se instala ya en los Alpes y hace peligrosos los viajes. ¿Qué importa? La ocasión es estupenda para ir a defender la causa del Chablais allí donde se puede ganar. Francisco sale a caballo, acompañado de su fiel Georges Rolland, atraviesa no sin peligro el Gran San Bernardo, y llega a Turín.

El duque le acogió muy cordialmente y pareció comprender de maravilla las dificultades del Chablais: prometió a Francisco su apoyo oficial en forma de cartas patentes, le concedió la pensión de seis párrocos a cargo de los beneficios de la Iglesia retenidos por razón de los tiempos por los caballeros de San Mauricio, le rogó consignarlo en una relación que remitiría al Nuncio con las principales peticiones de su exposición. Francisco volvió atravesando el Pequeño San Bernardo y Annexy hasta Thonon, con el corazón lleno de esperanzas.

Pero La paz entre Saboya y Francia tarda en firmarse, incluso se comienza otra vez a hablar de guerra: «Oigo anuncios de guerra que rompen todas mis esperanzas», escribe Francisco, y en efecto, las cartas prometidas del duque no llegan, como tampoco las ayudas de los caballeros de San Mauricio. Sin embargo se aproxima la Navidad y las promesas de conversión abundan. Con su celo, Francisco se decide a dar un nuevo golpe: a pesar de la oposición de los síndicos y de las amenazas de los protestantes, erige un pobre altar de madera, en la iglesia de San Hipólito de Thonon, y se prepara para celebrar allí la misa de Navidad.

Esto supuso una conmoción de tal envergadura, que un ministro, Pierre Petit, pedía ¡«abrazar la fe» romana! El Preboste y los síndicos escribieron al duque cada uno por su parte. «Como el Mensajero estaba de viaje, el Siervo de Dios ultimó lo que ya había comenzado y preparó la iglesia lo mejor que le fue posible, dadas las incomodidades de los comienzos, imágenes, alfombras cirios y lámparas, y celebró el muy santo sacrificio de la misa de medianoche de nuestro Señor Jesucristo ante sus hijos que lloraban de alegría y ternura; les dio la comunión a todos y una vez que la misa terminó, desde el medio del altar, les explicó la historia de este nacimiento, con tan grandes movimientos de amor, que inflamó sus corazones de vivos abrazos del amor celeste con el divino Niño, nacido para la redención de los hombres». Después celebró una segunda misa al alba, y la tercera «entre las nueve y las diez.»

El duque se vio forzado a tomar una posición clara. El 7 de enero de 1597, llegaba finalmente la carta que Francisco esperaba desde hacía tres años: «Reverendo, querido, bien amado y fiel. Como respuesta a la que vos me habéis escrito, os decimos que nos parece bien el haber puesto un altar en la iglesia de San Hipólito, como también las demás obras buenas que estáis llevando a cabo allí para la alabanza de Dios y erradicación de los herejes; y no nos gustan las oposiciones que se os han hecho allí, y que, sin embargo habéis superado, como nos lo habéis escrito. Continúa con la destreza y

la prudencia que vos sabéis que conviene, habiendo escrito al señor Duque que ha hecho muy bien con ayudar al ministro que quiere hacerse católico, así como vos y él nos habéis escrito.»

Una carta tan cordial de Su Alteza, ponía a Francisco al abrigo de calumnias y de ataques de los síndicos; y aunque los caballeros de San Mauricio tardasen mucho tiempo en enviarles los escudos prometidos para el restablecimiento de los párrocos, Francisco continúa del mejor modo posible su acción apostólica: en el año 1597, reabre la parroquia de los Allinges y después la de Cervens; el 4 de febrero, Pierre Fornier, consejero y ex-síndico de Thonon, abjura solemnemente del calvinismo; Se restablece la Cuaresma en Thonon, sin olvidar la ceremonia de las Cenizas, bajo la burla de los Protestantes; al aproximarse la Pascua, Francisco está sobrecargadísimo de trabajos, predicaciones, confesiones: «En estas fiestas, le manda decir al nuncio Riccardi el 23 de abril de 1597, las confesiones generales de los nuevos católicos me han dejado muy fatigado, pero he experimentado un inmenso consuelo al verlos tan piadosos.»

Mientras tanto, Francisco trata con el Nuncio en Roma cuestiones muy importantes y recibe de Clemente VIII misiones muy secretas y muy importantes, como la de encontrarse en Ginebra con Théodore de Bèze. Con todo este ritmo, flaquea su salud: en marzo experimentó «un pequeño acceso de fiebre y tiene que cuidarse»: «El 11 de abril de 1597 escribe de Sales al Nuncio: me veo obligado a ausentarme durante algunos días para asistir al sínodo, poner orden en ciertos asuntos y prevenir una enfermedad que me amenazaba desde hace largo tiempo. Pero esta ausencia será corta y volveré enseguida para retomar con más ardor mis trabajos interrumpidos.»



Confesionario de Francisco de Sales en la catedral de Annecy.

Monseñor de Granier elige a su sucesor

Efectivamente, volvió a Thonon; pero desde finales de abril, retomó el camino de Annecy: «He recibido la noticia de que Monseñor nuestro Reverendísimo Obispo estaba muy enfermo y que, sintiéndose en peligro de muerte, desearía ardientemente verme. Salí enseguida.» Se puede adivinar por qué... Monseñor de Granier quería hacer de Francisco su coadjutor con derecho de sucesión. Francisco «lo rechazó absolutamente». Los deseos que le preocupan van por otros derroteros: la parroquia del Petit-Bornand estaba vacante y él solicita el título y los beneficios, con el fin de tener «de qué vivir según mi condición»; en contrapartida, ofrece su dimisión de preboste, solicitando solo un favor: el de «guardar la canonjía sencilla, para que viniendo aquí, yo tenga un sitio en nuestro coro, pues los oficios se celebran allí tan dignamente que es uno de mis grandes consuelos.»

Pero Monseñor de Granier apoyaba su proyecto y se ganó primero al Sr. de Boisy y a la familia de Francisco; pero «Francisco continuaba rechazándolo con una humildad totalmente admirable. El señor Obispo no dejó nada atrás de sí y removió todos los expedientes que le vinieron a la imaginación, con el fin de vencer; obtuvo la voluntad del Duque y trató de tener expedida la resolución.» El 6 de junio, según una carta del nuncio Riccardi, la decisión de Su Alteza ya estaba tomada. Pero aun no ha llegado la hora del consentimiento de Francisco.

Francisco vuelve a su Chablais, y actúa como jefe de misión: pues acaban de concederle tres auxiliares, dos capuchinos, el Padre Esprit de Beaumes y el Padre Chérubin de Maurienne, y un jesuita el Padre Jean Saunier; a estos colaboradores se añade el párroco de Annemasse, el Reverendo Baltasar Maniglier y el canónigo Luis de Sales. Es entonces cuando el Padre Chérubin de Maurienne, que jugó un papel importante en la misión del Chablais al lado de Francisco, decidió dar un nuevo golpe: organizará a principios de

septiembre, en Annemasse, que no dista de Thonon más que cinco leguas, y está cerca ya de Ginebra, unas muy solemnes Cuarenta Horas en honor del Santísimo Sacramento. No se escatimó nada para darle a estos tres días una solemnidad extraordinaria; el duque Carls Enmanuel, impedido por las preocupaciones de la guerra, se hizo representar oficialmente por el Sr. de Albigny, gobernador de Saboya. Este fue un gran homenaje a la Eucaristía.

Poco después de estas grandiosas ceremonias fue cuando Monseñor de Granier decidió acometer el ataque definitivo contra la humildad de Francisco. Un día que el preboste se encontraba en Sales, le envió a su primer capellán, el Sr. Critain. Desde el día siguiente a su llegada, bajo el pretexto de recitar con él el santo breviario, el Sr. Critain condujo a Francisco a la galería del castillo y le atacó frontalmente... Francisco resistió largo tiempo... Finalmente, propuso al capellán celebrar sus misas en la iglesia del pueblo: «Usted dirá la primera y yo le ayudaré; yo diré la segunda; invocaremos juntos la gracia de Dios y haremos lo que él nos inspire.»

Francisco salió vencido de la oración: «Usted dirá a Monseñor, le dijo al Sr. Critain en el camino de vuelta, que yo jamás he deseado ser obispo... Pero, puesto que él lo quiere y así lo ordena, estoy dispuesto a obedecer y servir a Dios en todas las cosas».

Todo parecía que iba a quedar así. Poco después, pasando por Annecy, «Francisco cayó en cama a causa de una fiebre violenta y persistente». Las cosas llegaron hasta tal punto que, a principios de enero, se temía por su muerte. Su madre bajó a Annecy y «fue la elegida para decirle que se moría»... «El pobre enfermo, primero se extrañó, después fue víctima de un gran temor por el juicio de Dios y «el peligro del Infierno». Francisco superó esta primera crisis arrojándose en la misericordia de Dios. «No puedo esperar la curación nada más que de Dios; Yo ya tuve necesidad de su misericordia en otra ocasión más que en esta, y Dios me será tan favorable en esta ocasión como en aquella.» Los canónigos de la catedral «vinieron en persona a darle el último adiós y recibir su bendi-

ción...» Agotado con esta visita, Francisco se desmayó «por espacio de una hora», y se le creía ya muerto. Entonces fue objeto de una tentación contra el dogma de la Eucaristía. La prueba fue terrible, y Francisco pudo liberarse de ella nada más que «por la invocación del nombre de Jesús, hecha desde el fondo de su alma». Vuelto en sí, encontró la solución que no había podido encontrar en lo más fuerte de la crisis: pero el recuerdo de esta lucha se le quedó muy grabado. Nunca aceptó revelar este argumento; y cuando se acordaba, hacía siempre la señal de la Cruz, temiendo que esto fuera una piedra de tropiezo para los espíritus débiles». Dios continuaba purificando así a esta alma privilegiada y lo introducía cada vez más en el misterio de su Pasión y Muerte, para hacer de él su imagen fiel.



Francisco de Sales predicador (cuadro de Piero Dalle Ceste, en la iglesia de San Francisco de Sales de Turin-Valdocco).

Francisco se salvó de la muerte. La convalecencia será larga. El 1 de enero de 1598, dirige una carta al nuncio Riccardi, pero «los médicos, dice en una nota a parte, a los que nos les parece bien que me ponga a escribir, me han obligado a servirme de la mano de otro. Esta carta dictada es conmovedora. «Después he sido visitado por la bondad de Dios nuestro Señor con una fiebre continua, he recaído recientemente de un modo tan peligroso, que durante siete días consecutivos no esperaba otra cosa que no fuera mi muerte.»

Ahora hay que pensar en ir a Roma para la visita ad limina de la diócesis y las últimas formalidades para el episcopado. ¿Pero cuándo? «Ahora que por la divina bondad estoy en convalecencia y me ha quedado una debilidad en las piernas, que no sé si podré viajar a Roma antes de la Pascua, aunque deseo infinitamente encontrarme allí durante la Semana Santa; voy a poner todos mis esfuerzos con este fin.» Mientras tanto, su pensamiento vuela al Chablais donde le ha sustituido el Padre Chérubin de Maurienne; él se encarga de la ejecución de los asuntos pendientes: «Su Alteza ha enviado mientras tanto a Thonon al Presidente Favre, para conocer el sentimiento de los habitantes del Chablais sobre el ejercicio del culto católico, casi todos han manifestado que lo desean y esperan que se restablezca lo antes posible.» La promoción a coadjutor no ha cambiado en nada el corazón de Francisco. «Finalmente, reconozco el deber de emplear este poco de vida que me queda dado por Dios, en el servicio a su divina Majestad y de la santa Iglesia...» Y así lo hará Francisco durante más tiempo de lo que él preveía...

Francisco escribe en Sales algunas de las cartas que nos han llegado de este año 1598. En abril envía esta al Nuncio: «Hoy voy a Thonon donde durante algún tiempo me necesitan.» El Padre, cuyo espíritu está pleno de iniciativas, ha propuesto a Francisco celebrar en el mismo Thonon ¡las Cuarenta Horas todavía más solemnes que las de Annemasse! El día 2 de mayo de 1598, Felipe de España y Enrique IV firman el tratado de Vervins: parece que

era la paz para Saboya: el Chablais, por tanto, estaría siempre protegido contra las incursiones de Ginebra; las poblaciones podrían volver al catolicismo sin miedo a las represalias, y Carlos Emmanuel tendría las manos más libres para ayudar a los misioneros del Chablais.

Rápidamente, el preboste trata de aprovechar las ventajas de la nueva situación. En el mes de julio, varios párrocos, «hombres maduros y buenos conocedores de la labor pastoral» toman posesión de las parroquias importantes. Finalmente, el 20 de septiembre, después de resolver muchas dificultades materiales o diplomáticas, se inauguraron las *Cuarenta Horas* de Thonon. Monseñor de Granier presidió él mismo las fiestas religiosas del domingo 20 y del lunes 21 de septiembre. Unos días más tarde, el 11 y 2 de octubre, tuvieron lugar en una atmósfera grandiosa, las segundas *Cuarenta Horas*: el duque Carlos Emmanuel, rodeado de su corte, estaba presente y también el cardenal Alejandro de Médicis, legado del Papa en Francia, que volviendo a Italia, quiso hacer un alto en Thonon.

Todo resultó espléndido pero, entre todas las ceremonias, hubo una de ellas que debió emocionar particularmente el alma de Francisco. Durante la mañana y el mediodía del jueves 1 de octubre, el cardenal Monseñor de Granier y Francisco recibieron las abjuraciones de nobles...un pastor... grupos... familias enteras... Al día siguiente, el ritmo de estas abjuraciones era todavía mayor. Los secretarios acabaron por no inscribir más que los nombres de los cabeza de familia. Durante once días, según las listas que se conservan todavía hoy en los Archivos vaticanos, se registraron 2.300 nombres.

Estos días de fiestas solemnes y de recuerdos – y algunas acciones de gracias – quedaron en el corazón de Francisco. Apenas hacía cuatro años que entraba en Thonon, solo, como misionero pobre y sin apoyo humano. Ante estas muchedumbres que se juntaban para abjurar o para participar en los sacramentos de la Penitencia y de

la Eucaristía, ¿cómo no evocar la pequeña decena de católicos acobardados que, a fuerza de persuasión, consiguió agrupar en torno a su púlpito en la iglesia de san Hipólito, el domingo 18 de septiembre de 1594? Entonces predicó sobre la *Misión de los pastores de la Iglesia*; hoy, como cierre de estas solemnidades, en presencia del duque, del cardenal y de sus respectivas cortes, predica sobre la misa y el sacerdocio: *Haced esto en memoria mía*. ¿En cuál de estos dos sermones puso Francisco más corazón y más cuidados?

El duque fue leal en su reconocimiento. Apenas llegó el cardenal de Médicis a la Casa de la Ciudad, Carlos Enmanuel tomó de la mano al preboste y le condujo ante el prelado. «Monseñor, le dijo, este que os presento es el apóstol del Chablais: veis a un hombre bendecido por Dios y enviado del Cielo a nosotros, que inflamado de un grandísimo celo por la salvación de las almas, non sin un gran peligro de su vida, vino el primero a esta provincia con atrevimiento, en ella ha extendido la semilla de la palabra de Dios, ha plantado la Cruz y la fe de Nuestro Señor en estas comarcas, de donde hace más de setenta años que había sido arrancada de raíz por las hordas infernales de los Herejes.» El cardenal levantó a Francisco que se había arrodillado a sus pies y le dijo: «Monseñor, os agradezco vuestro celo, continuad como lo habéis hecho hasta ahora; respecto a mí, según los deberes de mi cargo, no dejaré de relatar ampliamente a nuestro muy Santo Padre lo que habéis hecho.» Él cardenal cumplió su palabra.

El corazón apostólico de Francisco

«El apóstol del Chablais»: el elogio era merecido. Mientras que se desvanecen los últimos ruidos de estas fiestas solemnes, y antes de que Francisco emprenda el camino de Roma y del episcopado, conviene detenernos y contemplar todavía una vez más a Francisco de

Sales, sacerdote en país de misión. ¿Cuál fue la estrategia apostólica de ese joven sacerdote después de 27 años de su entrada en el Chablais en septiembre de 1594, para que en cuatro años haya llegado a convertir una provincia tan impregnada del Protestantismo y sólidamente defendida por la próxima y todopoderosa Ginebra?

En este éxito, conviene reconocer la parte que juegan los acontecimientos, e incluso la política. Es cierto que Enrique IV deseaba, como todos los soberanos de su tiempo, la unidad religiosa de su reino y que él no podía exteriormente sostener demasiado abiertamente a los países protestantes. Por otro lado, Francia se encontraba en guerra con la Casa de Austria y, por causa de esta lucha, tenía que tener cuidado con los cantones calvinistas de Suiza que dominaban el paso de los Alpes: Ginebra era la ciudad clave, una de las vías de acceso a Alemania.

Del lado de Italia, la política extranjera francesa no era menos ambigua: Enrique IV tenía necesidad, en Francia, de la amistad del Papa, pero no tenía que disgustar a los príncipes italianos querellados con el Papa. En este lío, Carlos Enmanuel, duque de Saboya, llevaba hábilmente el juego de sus intrigas. El tratado de Vervins mismo (el 2 de mayo de 1598) no puso fin a sus diferencias con Enrique IV, ya que la cuestión de Saluces, ese marquesado del norte de Italia que Carlos Enmanuel había arrebatado a Francia en 1588, fue reservada.

El Edicto de Nantes que fue firmado por Enrique IV el 13 de abril de 1598, muestra bien hacia qué compromiso estaba obligado el rey a orientarse, para procurar al reino la paz interior. Igualmente en el exterior, le hacía falta buscar un equilibrio difícil entre sus alianzas católicas y protestantes. Veremos esto más adelante. Ginebra y Berna permanecían, por este hecho, muy poderosas en la corte de Enrique IV, y por este mismo motivo, paralizaban más o menos según la evolución de los acontecimientos, la acción de los misioneros católicos en el Chablais, en la comarca de Ternier y en el país de Gex.

Estas dificultades tienen, al menos, un ventaja: ponen en evidencia el carácter netamente evangélico del apostolado de Francisco de Sales.

Su fuerza es la fe. Se inventó un día un anagrama muy significativo sobre su nombre: «*Foi sans descaler*», es decir, fe sin defecto ni debilidad; la palabra no era apropiada. Francisco está profundamente persuadido de la verdad del catolicismo. Está convencido de que si la doctrina de la Iglesia Romana es presentada con toda su luz, por sacerdotes instruidos y santos, las poblaciones, poco a poco y a medida que la libertad de conciencia les sea efectivamente asegurada, se unirán sin dudar a la fe primera.

En resumen, desde este momento, Francisco, como teólogo y jurista, tiene una concepción precisa de lo que debe ser la Reforma de la Iglesia, si la Iglesia quiere sobrevivir; tiene conciencia,



Canal du Thiou en Annecy.

al mismo tiempo de los males que arrasan la Iglesia de Cristo y también del remedio, del único remedio que la puede salvar: la restauración de un sacerdocio digno de los apóstoles. Subrayamos las líneas maestras de esta estrategia tan santa como atrevida: estas surgen claramente de los escritos, de las memorias y las cartas que se nos han conservado.

En primer lugar, es necesario que el Evangelio sea predicado en toda la pureza de su tradición y de interpretación teológica. Francisco no escatima nada por estar al tanto de las objeciones protestantes y de las dificultades que sus adversarios aprovechan de la ciencia del tiempo. No los subestima en absoluto. Se toma en serio el hecho calvinista, sus causas, su fuerza, no ignorando que el pueblo sencillo e incluso algunos ministros, puedan ser ignorantes: «En esta circunscripción, escribe un día, cada uno maneja las *Instituciones* (de Calvino); me encuentro en un puesto en el que cada uno conoce las *Instituciones* de memoria.» Para conocerlas mejor, él mismo ha solicitado de Roma el permiso de leer esa obra que está en el Índice.

Las *Controversias* están aquí para mostrarnos... el espíritu y darnos el estilo de Francisco en estas batallas de ideas. Así trabaja para establecer sólidamente, frente a las negaciones de los adversarios, la verdad y los derechos de la Iglesia católica romana. Y también triunfa con aquellos carteles y hojas volantes redactados día a día en plena lucha, de tal modo, que las *Controversias* merecen ser utilizadas en 1870 por los Padres del Concilio Vaticano cuando iban a definir la infalibilidad del Papa y a Francisco le valieron en 1878 el título de doctor de la Iglesia, y en 1923, el patronazgo espiritual de los escritores católicos.

Persuadido de que la doctrina evangélica, por poco conocida que sea, trabaja las almas, camina en cada una de ellas como una raíz en la tierra, según quiere la Providencia, Francisco predica. En este ministerio de la palabra, que él considera como uno de sus primeros deberes, es infatigable. Nos lo muestran, o bien predicando

el mismo día en cuatro o cinco pueblos diferentes, o «pasando la noche entera predicando», o incluso, predicando en presencia de siete u ocho personas como si estuviera en una iglesia repleta de fieles, o incluso catequizando en la plaza del mercado, discutiendo en público o en pequeño comité con pastores o notables protestantes; inventando con la ayuda de su joven hermano Bernardo, una especie de predicación dialogada.

«El domingo pasado, tercero de Cuaresma, escribe el 12 de marzo de 1597 al nuncio Riccardi, habiendo predicado por la mañana temprano según la costumbre, en la parroquia de los Allinges, pasé a otra parroquia distante tres leguas, llamada Cervens, en la que yo nunca había estado antes. Y habiendo advertido al pueblo que yo quería predicar, tuve una benevolente asistencia que, al salir del sermón, me manifestó un ardiente deseo de este *pan para niños*. Pero tuve dificultades para llegar a tiempo al sermón de Thonon, que está a cinco o seis millas de Cervens, de modo que estando fijo aquí, me es casi imposible evangelizar en varias localidades.»

En su estrategia apostólica, Francisco empieza a conceder una importancia primordial al catecismo, a la enseñanza firme y sencilla de la doctrina, así como al texto sagrado de la Escritura, a la palabra de Dios. En su pequeño equipaje llevaba siempre una Biblia con su breviario. Conocía a fondo la Biblia, y sembraba de citas hasta su correspondencia más familiar.

Nos gustaría ver, en ese tiempo, a Francisco de Sales dialogar cara a cara si no de corazón a corazón con algunos protestantes, – captar en vivo, por ejemplo sus conversaciones íntimas «en la pradera», con el Sr. de Avully preocupado por la conversión. Tres de estos encuentros han permanecido célebres y un tanto misteriosos: sus tres encuentros en la misma Ginebra, con Teodoro de Bèze. ¿La iniciativa partió de Francisco o de Clemente VIII? La cosa no está clara. Lo que es seguro es que Francisco no acometió esta tentativa de conversión sin el acuerdo formal del Papa, acuerdo que se parecía mucho a una orden.

De estas entrevistas, no queda ningún documento del lado protestante;¹⁹ del lado católico, queda fuera de los testimonios del Proceso de canonización, una carta de Francisco de Sales a Clemente VIII del 21 de abril de 1597, del día siguiente a la primera entrevista. Esta carta es severa, pero no sin esperanza: «Me he reunido con Bèze solo y nos hemos entendido bastante fácilmente. Cuando al fin ya nos separábamos tras intentar todos los medios para conseguir de él el parecer de su pensamiento, sin haber dejado una piedra sin remover, encontré en él *un corazón de piedra*, hasta el momento inmóvil o al menos insuficientemente removido; es decir, un viejo endurecido, lleno de *malos días*. Por lo que sus palabras me permiten deducir cuál es mi opinión: si fuera posible abordarlo más frecuentemente y con más seguridad, quizá se le podría conducir al redil del Señor; pero, para un octogenario, todo retraso es peligroso.» Retengamos, por tanto, esta palabra por la que Teodoro de Bèze se tomó un descanso respecto a su visitador tras las dos primeras entrevistas: «en cuanto a mí se refiere, si no estoy en el buen camino, ruego a Dios todos los días, que por su misericordia, tenga a bien de ponerme en él.»²⁰ Esta actitud de Teodoro de Bèze no debió disgustar a Francisco de Sales.

Esta actitud está de acuerdo con su manera de tratar con los herejes. Tocamos aquí un problema muy delicado. Es cierto que Francisco de Sales tuvo a veces palabras muy duras contra los hugonotes. Es muy seguro que en las discusiones políticas que siguieron a las *Cuarenta Horas* de Thonon, Francisco se opuso con una firmeza absoluta a que los ministros protestantes permaneciesen en el Chablais, y particularmente en Thonon, y que solicitó medidas severas contra los últimos obstinados de Thonon que «siguen a los hugonotes más como un partido que como una religión.»

19 Cf. Paul GEISENDORFF, op. cit., pp. 402-407.

20 Cf. Paul GEISENDORFF, *ibid.*

¿Era Francisco partidario de la intervención del brazo secular en las conversiones y los asuntos religiosos? Aquí se imponen unas distinciones, puesto que Francisco de Sales evolucionó en este punto en el transcurso de su vida. El estudiante en derecho de Padua, demasiado inclinado a seguir algunas tesis jurídicas del tiempo, quizá no desaprobó la coacción política e incluso el empleo de armas. Pero, desde que fue nombrado preboste, y, sobre todo cuando fue ordenado sacerdote, Francisco se declara firmemente partidario solo de las armas espirituales, la santidad y la ciencia teológica, «la caridad»: ¡Recordamos aquí el sermón del joven preboste a los canónigos de Ginebra! Sin embargo, cuando hacia finales de la misión del Chablais, Francisco se encuentra mezclado en las discusiones políticas, se dan cita en su pensamiento dos tendencias aparentemente contrarias: por una parte, su amor por las almas le lleva a la dulzura, pero por otra parte, según las ideas y las costumbres del tiempo, no concibe que la unidad política pueda realizarse fuera de la unidad de confesión: «Una fe, una ley, un rey». Aparentemente, el jurista que hay en él, nos parece que casa con el misionero. Pero de hecho, para Francisco de Sales, el conflicto no existe: su optimismo teológico le persuade de que si el culto protestante está prohibido, y si los calvinistas son instruidos en la fe católica, no pueden dejar de convertirse, si son realmente leales y sinceros.²¹

Con un ejemplo vamos a captar en vivo el pensamiento de Francisco en esta materia. El mismo día que era promulgada en Annecy la paz de Vervins, el 13 de junio de 1598, Francisco escribe al Nuncio: «Entre las incalculables ventajas espirituales que varios siervos de Dios esperan de esta bendita paz, se prometen a sí mismos que el rey de Francia, bajo la invitación de la Santa Sede Apostólica, se empleará vigorosamente para obtener que la

21 Por su parte, los Protestantes sostenían el mismo principio: Cf. J. LECLERC, op. cit.

ciudad de Ginebra abra sus puertas al ejercicio del culto católico por medio del Intérim (el Interim era un formulario que databa de los tiempos de Carlos Quinto, y que aseguraba prácticamente la libertad de conciencia a los católicos y a los protestantes), para que el Señor y *Príncipe de la paz* tenga su sitio en una pacificación tan importante y tan deseada. Esto sería cortar el calvinismo por la raíz.»

Así pues, dos meses después de la promulgación del edicto de Nantes (el 13 de abril de 1598), Francisco espera que una legislación muy parecida a la nueva legislación francesa se instale en Ginebra. Tres años después, en julio de 1601, Francisco de Sales escribiendo a Clemente VIII en nombre de Monseñor de Franier, parece hablar un lenguaje bien diverso: «Esta porción de mi diócesis (se trata del país de Gex), con lo que queda del otro lado del Ródano, le ha correspondido al rey de Francia, en virtud del tratado de paz (el tratado de Lyon del 17 de enero de 1601). El rey ha ordenado allí el restablecimiento completo del culto católico, es por lo menos lo que yo oigo decir, pero con la reserva (que se llama el *Interim*) que tolera la presencia de la herejía; en el fondo se trata de que la libertad del pensar mal y de actuar de la misma manera, se deja a cada uno, lo cual multiplica extrañamente las dificultades de propagación del Evangelio» Es fácil ver el punto de contacto de estos dos juicios diferentes: en un caso como el otro, el fin es el mismo: propagar el Evangelio. En el primer caso, el *Interim* facilita la labor; en el segundo se opone a ella. Para comprender esta posición, no hay que invocar solamente las ideas políticas del tiempo, sino también algunas concepciones teológicas demasiado estrechas que reducían exageradamente las posibilidades de salvación que tienen también los herejes de buena fe, a pesar de su error.²²

Es necesario distinguir bien aquí entre el protestantismo y los protestantes, puesto que Francisco es todo paciencia con las per-

22 Cf. J. LECLERC, ob. cit. T. II, pp. 126-127.

sonas, todo benignidad, todo acogida. Algunos se lo reprochan, incluso religiosos. Advertido de estos reproches, Francisco replicó «que desde hacía tiempo había experimentado que se obtenía más con la dulzura que con otras maneras... hay que afirmar verdaderamente que los hombres consiguen más por el amor y por la caridad que con la severidad y el rigor.» Francisco sabe que cuando se convierten, algunos pierden sus puestos, sus recursos y sus bienes. Él se esfuerza en conseguir para ellos ayudas y acondicionar refugios y casas. Si hubiera sido por él, Thonon habría tenido un colegio de jesuitas desde el año 1595 o 1596. Desde que ve afluir las peticiones de conversión, tiene otro proyecto que le preocupa grandemente desde 1598: encontramos el diseño en la súplica que Francisco eleva al Papa Clemente VIII en enero de 1599, de parte de Monseñor de Granier; se trata de una fundación en favor de los nuevos convertidos venidos de Ginebra y «desprovistos de todos sus bienes»... «fundar una casa de misericordia o un hospicio en propiedad. Allí, estos desterrados por Cristo, sobre todo los niños y los jóvenes de ambos sexos, podrían ser acogidos, educados e instruidos cristianamente. Se les enseñaría a cada uno según su capacidad o las ciencias o algún oficio que les permitiese después ganarse su vida»

Estos dones excepcionales son de organizador, de realizador, podemos decir de político, tomando la palabra en su mejor sentido. Francisco los revela también en su actitud con respecto a los enfrentamientos de los católicos del Chablais. Con ellos se muestra paternal y firme, exigente y dulce, estricto y benigno. Como ejemplo vivo, tomamos valientemente el problema de la financiación de la misión del Chablais. El mismo Francisco es de una pobreza rigurosa. De esta pobreza jamás se queja, gozoso de ser un «fiel discípulo de la Cruz» y de imitar a nuestro Señor Jesucristo; y si por casualidad dispone de algunos escudos, los utiliza como limosna. Pero sabe que esta pobreza, a menos que Dios no se lo imponga, no debe entorpecer su apostolado, y menos todavía que se sirva de escándalo para las almas. A finales de mayo de 1595, Francisco

confía a su amigo Antonio Favre: «Es un gran argumento contra mi apostolado, el ver hombres metidos en medio de los dominios de la Iglesia, bajo un príncipe católico y llevar una vida precaria y, por así decirlo, viviendo al día.» El 31 de mayo de 1597, solicita un beneficio de un párroco que se encuentra vacante, el de Petit-Bornand: «Es verdad que el cargo de preboste no le reporta ni un céntimo de renta, y la canonjía que le corresponde no le reporta más que una media de sesenta escudos al año; sería más ventajoso para mí ser un cura de parroquia con su renta, que ser un pobre preboste, si no fuera por la esperanza del retorno a Ginebra... Teniendo con qué vivir según mi conciencia, no buscaré más cosas sino servir al Señor y a la Iglesia de esta diócesis con los pequeños trabajos en que me veré implicado.»

Pero a medida que la misión iba teniendo éxito y se desarrollaba, Francisco entraba en polémica con los grandes beneficiarios de la diócesis: ¿cómo nombrar párrocos en las parroquias, si no se les proporciona de qué vivir, y no se comienza por reparar sus iglesias mutiladas y saqueadas por los calvinistas? ¿Cómo introducir en el Chablais «predicadores», capuchinos y jesuitas, si no se les asegura su subsistencia? ¿Cómo fundar obras indispensables sin dinero? Y sin embargo, hay dinero: la Orden de caballeros de San Mauricio y Lázaro fue fundada por Gregorio XIII en 1579, depositario de los bienes de la Iglesia salvados de los Berneses; en Turín, en octubre de 1596, el duque aprobó, según el proyecto de Francisco, que los caballeros pusiesen a disposición de la misión del Chablais, al menos en parte, las rentas de estos bienes. Pero ponían mala cara a este servicio. Y para Francisco, el conflicto con los caballeros será siempre una preocupación constante: por mediación del duque y del Nuncio, se esfuerza por arrancarles lo que su tacañería le niega...

Así, el 21 de febrero de 1597, los pone, en términos muy claros, frente a sus responsabilidades: «Este expediente, les declara entre otras cosas, consiste en que dado el tratado de paz deseado, Vuestras, Señorías tengan a bien ceder absolutamente todos los bene-

ficios de que gozan en este país con sus añadidos, uniendo a estos los que provienen de particulares, con los cuales podrían hacer en esta comarca un servicio religioso tan desconcertante que la luz se extendería por todas partes.» Cuando se trata de «combatir las batallas del *Señor de los Ejércitos*», Francisco no teme ser «inoportuno a Su Santidad, a Sus Altezas» y a los Caballeros. Esta intrepidez jurídica y financiera que se alía muy bien con el sentido extremo de su pobreza personal, es un verdadero símbolo de las actitudes apostólicas de Francisco.

No es posible dudar de la rectitud y pureza de sus intenciones en todos estos negocios temporales: se le ve bien cuando se trata de elegir los párrocos para el Chablais y de instalarlos allí. Estos párrocos misioneros, él los quiere hombres «maduros y bien conocedores de la misión pastoral»... «bien adaptados a la obra de la conversión y de las solemnidades eclesiásticas»... Francisco no se hace ninguna ilusión sobre las dificultades que esperan a estos colaboradores: escribe desde Thonon al nuncio el 2 de marzo de 1597: «Tengo un buen número de sacerdotes que se prepararán pronto para venir a ejercercitarse aquí en la paciencia y la mortificación; yo pondré todos mis cuidados para que desempeñen bien su labor y vengan bien preparados... Pero no sabré introducirlos sin acondicionarles primero el camino con algunos sermones catequéticos pronunciados por un predicador experimentado.» Parece que Francisco pensaba desde ese momento proporcionar a estos curas párrocos «casa, habitación y facilidad para permanecer varios juntos». Pero la ocasión no estaba madura para realizar este proyecto. Mientras espera, visita a los que ha colocado a la cabeza de las parroquias, les ayuda lo que puede «con un amor a la vez paternal y fraterno». Al mismo tiempo, Francisco experimenta una gran pena, casi podríamos decir resentimiento, en relación con las «numerosas abadías», venidas a menos en la observancia regular, «en las cuales, los monjes (que no lo son más que de nombre) destruyen más que edifican».



Francisco de Sales recibido por el papa Clemente VIII
(grabado de F. Chauveau).

Así nos aparece Francisco al final de este período misionero y en vísperas de compartir con Monseñor de Granier, y bajo su autoridad, el cargo del obispado de Ginebra. Este sacerdote de treinta años ha dado ya la medida de su genio y de su santidad. Para caracterizarle, no sabemos hacer otra cosa mejor que hacer nuestros los juicios profundos de Sainte-Beuve, sobre «San Francisco de Sales al completo»,²³ pero dándole las dimensiones propiamente espirituales. «Aplicando a San Francisco el pensamiento de Pascal: «No admiro el exceso de la virtud... pues de otro modo, no sería subir, sino caer. No se muestra la propia grandeza estando en un extremo, sino más bien tocando los dos a la vez y llenando todo el espacio intermedio», Sainte-Beuve comenta en páginas inolvidables este *intermedio* de Francisco de Sales: «Nadie mejor que él, ha tenido, con una calidad suprema, la unión, el temperamento, el correctivo y la permisión para hablar con Pascal del espacio intermedio. A cada uno de los caracteres que yo le he reconocido precedentemente, habría que añadir casi su contrario, el cual aparece no para hacer balance y servir de diversión, sino para modificar y fortalecer la calidad dominante, entrando en él, fundándose en él, para conseguir allí equilibrio y estabilidad como en el interior de la cualidad misma. Su alma, ya en esta tierra, es *una esfera completa bajo una sola estrella.*» Y da un ejemplo luminoso de este espacio intermedio declarando que Francisco «no era una paloma de dulzura, sino un águila de dulzura».

Se podrían unir en él los términos que parecen excluirse. Francisco de Sales es el tipo de la plenitud, más que de la moderación: no le falta de nada, los contrarios no son en él contraste o disonancia, sino armonía superior. Si seguimos muy de cerca sus escritos y exclusivamente la *Introducción a la Vida Devota o el Tratado del Amor de Dios – incluso su Correspondencia*, si nos quedamos solo con las cartas a la señora de Chantal o a otras almas privilegiadas –,

23 *Port Royal*, Hachette, 3ª edic., 1867, T. I, cap. X, pp. 249 ss.

le juegan una pala pasada, pues no le muestran nada más que bajo algunos de sus aspectos. Falseando al director de almas, falseamos también al misionero del Chablais; falseando al escritor, falseamos también al hombre de acción y de gobierno y, sobre todo, falseando al místico, desconocemos las riquezas del hombre, la habilidad del jurista, la finura del político. El uno «penetra» en el otro y «en él se fundamenta». Hablamos de equilibrio, si no encontramos un término mejor. Pero este equilibrio no es de tierra a tierra, rastrero y plano, sino un equilibrio superior, de altos vuelos, el equilibrio proporcionado solo por la libertad y el amor.

Sainte-Beuve presintió este misterio de gracia, sin llegar a penetrar en toda su profundidad: «Pasando de contraste a conciliación, llego a la última *cualidad del intermedio* que es característico de san Francisco de Sales y es el único que puede terminar de darme la medida, me estoy refiriendo a la alianza que se hace en él entre la virtud mística, contemplativa, la caridad en todo su candor, y la finura del juicio humano en toda su sagacidad.» Fue necesario que Sainte-Beuve descendiese todavía un grado más, o mejor que traspasara el umbral del alma de Francisco: Percibió que todos los dones humanos de su héroe – todos ellos extraordinarios y entre los más bellos que existan –, adquirirían su plenitud solo porque el fuego del amor de Dios había quemado en él todas las escorias, había purificado los defectos, los iluminaba desde el interior y, de alguna manera, los transfiguraba.

6. OBISPO Y PRÍNCIPE DE GINEBRA

Francisco va a Roma

Hemos dejado a Francisco de Sales entre las fiestas brillantes de las *Cuarenta Horas* de Thonon. El apóstol del Chablais recibió su recompensa; y las disposiciones del duque eran tales que había motivos para esperar una rápida conversión total de esta provincia... «nos encontramos ya con que el *invierno se ha ido*, la primavera sonreía, por todas partes se veía crecer «el árbol precioso y resplandeciente» de la Cruz vivificante; por todas partes, la Iglesia hacía oír sus cantos como *la voz de la tórtola*, y las viñas, renovadas, florecían de nuevo y exhalaban su perfume.» Así describía Francisco la situación del Chablais de 1598, en una relación dirigida a Clemente VIII en 1603.

A principios de noviembre de 1598, Francisco partió para Roma en compañía de Monseñor de Chissé, gran vicario y sobrino de Monseñor de Granier. En Módena se le unió su hermano Luis y su amigo Antonio Favre que también debían formar parte de la comitiva. Hacia mediados de diciembre, los viajeros llegaron a la Ciudad Eterna. Francisco era el encargado de presentar al Papa las diversas peticiones de Monseñor de Grenier, y el gran vicario por su parte, debía postular para Francisco las bulas de coadjutor. La acogida de Clemente VIII fue extremadamente paternal. Conocía bien a Francisco y se entretuvo ampliamente con él acerca de su obra en el Chablais: el cardenal de Médicis había hablado ya recientemente con su Santidad de las maravillosas *Cuarenta Horas* de Thonon. Francisco presentó las peticiones de Monseñor de Granier y después se retiró. Esto sucedía el 15 de enero de 1599.

Ahora había que esperar las decisiones pontificias. «Jamás he estado en un lugar, escribe Francisco a Monseñor de Granier algunos días después de la audiencia pontificia, en el que fuera tan grande el peso de la responsabilidad como en esta Corte. Su Santidad no concede una gracia, por pequeña que sea, que no sea medida y contramedida con el consejo de los Señores Cardenales, los cuales, considerando *al Santísimo de este parecer* (al Santísimo Padre) están también ellos de acuerdo con él.»

Francisco aprovechó sus tiempos libres para visitar a grandes personajes de Roma, «cardenales y santos religiosos», y también para peregrinar por las iglesias y conventos de la ciudad. El 15 de marzo, Monseñor de Chissé obtenía una segunda audiencia y presentaba al Papa la solicitud de la coadjutoría. El Papa se mostró enseguida muy favorable a esta propuesta, e hizo llamar a Francisco para decirle que quería conceder al obispo de Ginebra todo lo que le solicitaba... pero le comunicaba que se preparase para pasar el examen canónico en su presencia, a partir del lunes siguiente.

Francisco se sorprendió bastante con el anuncio de este examen, puesto que, los sacerdotes de Saboya estaban dispensados de él, por los privilegios de la Iglesia galicana. ¿Qué habrían dicho el Soberano Senado de Saboya y Su Alteza?²⁴ Pero, puesto que el Papa declaraba que esto «era para complacerle a él y para hacer recomendable a Francisco a todo el Sagrado Colegio cardenalicio, había que obedecer.

Llegado el lunes, Francisco se presentó en el palacio del Papa. «Encontró la sala llena de gente...» Presidía Su Santidad; alrededor del Papa estaban sentados los cardenales, entre otros, el cardenal de Florencia, el cardenal Borghèse, el cardenal Baronius y el cardenal Borromeo; veinte arzobispos, obispos, generales de Órdenes religiosas; Belarmino estaba entre los teólogos encargados de atacar al

²⁴ Hizo falta que Francisco al pasar por Turín a su vuelta de Roma, apaciguara en este punto el descontento del duque. Cf. *Oeuvres*, T. XII, p. 9.

candidato. Era verdaderamente un jurado de honor. Todo se pasó de maravilla, de tal manera que era de temer que en Annecy sobrevalorasen este éxito. El 26 de marzo de 1599, Francisco escribió a Luis de Sales: «os confieso ingenuamente que Dios no ha permitido que permaneciese confundido durante el examen; respecto a mí, no esperaba menos de mí mismo. ¡Las señales de bondad paternal con las que el Papa me ha honrado, me obligan a ser más que nunca buen hijo y buen servidor de la santa Iglesia Romana! pero escriban nuestros amigos lo que escriban, recordad que finalmente somos lo que somos delante de Dios.»

El 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, Francisco fue admitido a la misa del Papa, y comulgó de la mano del Pontífice. Allí recibió «favores particulares de Nuestro Señor» cuyo recuerdo dejó escrito en un pequeño billetito con este texto: «Habiendo recibido la santa Eucaristía del Soberano Pontífice el día de la Anunciación, mi alma fue fuertemente consolada interiormente; y Dios me concedió la gracia de darme grandes luces sobre el misterio de la Encarnación, haciéndome conocer de una manera inexplicable cómo el Verbo tomó un cuerpo, por el poder del Padre y la intervención del Espíritu Santo, en el casto seno de María, queriéndolo él mismo para *habitar entre nosotros*, desde el mismo momento que fuese hombre como nosotros. Este Hombre Dios también me ha proporcionado un conocimiento elevado y sabroso sobre la Transubstanciación, sobre su entrada en mi alma y sobre el ministerio de los Pastores de la Iglesia.»

Al final de la primavera de 1599, Francisco estaba ya de regreso a Annecy, no sin haber hecho antes por segunda vez la peregrinación a Loreto.²⁵ En Turín donde se detuvo, los caballeros de San Mauricio «sabiendo que era portador de un breve de su Santidad que

25 Si Francisco no fue a Roma, al dejar Padua en 1591-1592, es en el viaje de 1599 en el que conviene reseñar lo que fue dicho por la mayor parte de historiadores sobre la estancia de 1591-1592.

confiere al Monseñor de Ginebra la autoridad de aplicar a la subsistencia de los párrocos, pastores y predicadores, todos las rentas que tienen de las parroquias convertidas, me hacen comparecer para dar razón de mi administración». Los caballeros se apercibieron de que bajo la benignidad del prelado, se escondía el rigor del jurista y la justicia del hombre apostólico...

Coadjutor de Monseñor de Granier

Durante dos años, Francisco de Sales, obispo nominado par ser obispo de Nicópolis, va a vivir a la sombra de Monseñor de Granier. Una sombra que le gusta y que, por así decirlo, él crea: pues rechaza obstinadamente el hacerse consagrar, incluso rechaza aunque sea solamente vestir de obispo mientras viva Monseñor de Ginebra. En el nombre del obispo reinante, como es debido, el coadjutor trata todos los asuntos en curso. Estos asuntos conciernen la mayor parte al Chablais; alegrías y decepciones se alternan en ellos: las parroquias se organizan, pero no sin dificultades, el colegio de Jesuitas es aprobado e incluso financiado por el Papa, pero el provincial de Lyon carece de personas disponibles. Y por encima de todo, en agosto de 1600, estalla de nuevo la guerra en Saboya: el rey ha firmado con el duque, el 27 de febrero de 1600, el tratado de París, pero el duque titubea, intriga, huye; Enrique IV invade en una campaña relámpago la Saboya...

El día en que Béarnais entra en Annecy, la posición del obispo de Ginebra se vuelve bastante delicada: Enrique IV es el enemigo del duque de Saboya Carlos Enmanuel, príncipe soberano de todo el territorio Ginebrino, pero no del ducado de Genevois-Nemours, que es propiedad de Annecy y que ejerce sobre la ciudad una especie de soberanía. El duque de Genevois-Nemours se ha cuidado de no comprometerse en el conflicto. ¿Qué conducta seguir? Tanto más

que ya los Ginebrinos y los Berneses se esfuerzan por infiltrarse en los países reconquistados por los franceses y de arruinar allí de nuevo el catolicismo.

Francisco, en esta ocasión, salvó por segunda vez el Chablais: recorre él mismo el país, aviva los ánimos, sostiene a los misioneros y párrocos y, más todavía, gana ante Enrique IV la batalla diplomática; el rey promete a Monseñor de Granier que «nada será innovado en la provincia del Chablais, contra lo que ha sido hecho para la fe». La paz fue firmada finalmente en Lyon el 17 de enero de 1601, entre los plenipotenciarios del duque y el rey de Francia. Pero la situación política de los católicos se volvía más incierta que nunca: si Carlos Emmanuel guardaba Saluces, debía ceder a Francia la Bresse, el Bugey, el Valromey y el país de Gex. ¿Qué sería de estos países, puesto que el rey no tenía escrúpulos (acababa de demostrarlo durante la ocupación del Chablais) en dejar gobernar en su nombre a hugonotes notables?

Es una carta triste, pero iluminada, no obstante, por un consuelo esencial, la que Francisco había ya expedido el 26 de agosto de 1600 al nuncio Riccardi: «En medio de tantas aflicciones por las que agradó a Dios castigar nuestros pecados, no me queda otra cosa para escribiros, sino que en esta debilidad, la *virtud* divina se ha manifestado por la constancia de nuestros convertidos de Thonon. Amenazados tanto por las incursiones de los Ginebrinos, como por las de los Berneses, han permanecido firmes en nuestra santa religión. Es verdad que hasta aquí ellos no han sufrido más que amenazas, pues los herejes no han actuado contra ellos. Pero el miedo de que el rey emplease a sus infieles fue suficiente para sacudir violentamente el débil ánimo de los convertidos.»

Una enfermedad de Monseñor de Granier viene a complicar más la situación : «Monseñor nuestro Reverendísimo Obispo está bastante enfermo, bien por las fatigas soportadas en el Chablais el último mes, bien a causa de la pena que ha experimentado al ver discurrir nuestros asuntos por mal camino... Los Padres de la

misión están todavía en el Chablais, pero dispersos en diferentes lugares por miedo a los Genoveses y a los Berneses. La mayor parte de los párrocos permanecen en su parroquias, aunque algunos de los más tímidos se han retirado para ver cómo acabarán las cosas.»

La situación de los católicos ¿no evolucionó de una manera peligrosa? Las negociaciones diplomáticas tienen que abrirse desde el próximo año en París: serán muy difíciles y sus resultados serán escasos y débiles.

Mientras tanto, hacia el mes de mayo de 1600, había aparecido en el librero de Lyon, Jean Pillehotte, *la Defensa del Estandarte de la Santa Cruz de Nuestro Señor Salvador Jesucristo*. Era la respuesta de Francisco a un panfleto antiguo del ministro La Faye: respuesta demasiado tardía sin duda (La Faye había reeditado su Tratado Breve en 1597, inmediatamente después de las *Cuarenta Horas* de Annemasse), pero una obra verdaderamente digna del genio de Francisco de Sales: «El lenguaje de la guerra es totalmente diferente que el de la paz», declara el mismo autor. Este lenguaje de la guerra es el de la claridad, de la precisión, de la fuerza en la argumentación: dialéctica ajustada, pasión por la verdad, seguridad de la doctrina, fidelidad a la Tradición, encontramos aquí el estilo de las *Controversias*. Más aún, este libro que podría no haber sido más que una obra de combate, se transformó, por la gracia de Francisco, en un tratado de ascética: su idea fundamental sobre la religión es la misma que animará las obras de espiritualidad: «La verdadera y pura esencia de la adoración reside en la acción interior de la voluntad, por la que se somete al que es adorado; y el conocimiento, como acción del entendimiento, precede a la sumisión como fundamento; por el contrario, la acción exterior sigue a la sumisión como efecto y dependencia de esta.» El libro no tuvo el éxito de librería que se podría esperar; pero ayudó muy eficazmente a las almas a permanecer fieles, mientras que pasaba por el Chablais y otras regiones de Saboya el nuevo tornado protestante.

Haciendo balance de estos años 1599-1600 en una carta del 18 de marzo de 1601 al nuncio Riccardi, Francisco podía ofrecerle este «consuelo: el de saber que, si... en Thonon y en Ternier... se ha sufrido mucho bajo el gobierno de Sr. de Montglot, hugonote, y por las diversas trampas de los Genoveses (en Ternier sobre todo han ejercido una tiranía y cometido verdaderas indignidades con las cosas sagradas que no se pueden decir), no obstante, a pesar de todo esto, entre un número tan grande de convertidos, no encontramos ni cuatro que hayan recaído y son de baja condición. Así se ha reconocido que su cambio era obra *de la derecha del Altísimo*, puesto que de rechazo, ellos celebran las fiestas de Navidad con un ánimo totalmente desacostumbrado.»

El mismo Francisco pronto (el 28 de junio de 1601) podrá anunciar al Nuncio que «a pesar de la guerra, el número de los convertidos



Iglesia parroquial de Thorens en la cual Francisco fue consagrado obispo.

ha aumentado desde Navidad», y escribir algunos meses después (el 21 de diciembre de 1601) al sucesor de Monseñor Riccardi, el nuncio Tartarini: «Voy a dar cuentas ahora a Vuestra Señoría de los progresos de la religión en esta diócesis, diciéndole que están muy felices. No solamente en Thonon y en Ternier, ya que todo esto es ya antiguo, sino también más recientemente en las circunscripciones de Gex y de Gaillard que se extienden hasta las puertas de Ginebra. En la segunda de estas circunscripciones, Monseñor el obispo de Ginebra reconcilió, la semana pasada, ocho iglesias, para el uso de varios miles de almas devueltas a la fe después de Pentecostés. En la primera, que está sometida al rey de Francia, han sido erigidas tres parroquias, en las cuales se han instalado tres de nuestros canónigos para la santa predicación. Ellos obtienen allí muchos frutos, puesto que en ese país se encontraban muchos antiguos católicos cuya fe estaba oculta y cubierta como un fuego bajo la ceniza del culto hugonote, que solo se practicaba allí desde hace setenta años; con esta fe puesta ahora a descubierto por la influencia de la palabra divina, dan testimonio de la verdad. Otros se convierten también y otros se preparan para la conversión».

Viendo todo esto, Francisco sueña con realizar al fin uno de sus grandes sueños apostólicos: establecer en Thonon una Casa Santa, de la que ya posee la bula de erección, firmada por Clemente VIII y fechada el 13 de septiembre de 1599, pero que las circunstancias no han permitido utilizar hasta ese día. Esta Casa, que la bula llama «Albergue de todas las Ciencias y Artes» y coloca bajo la invocación de Nuestra Señora de la Compasión, es una idea muy original y en muchos aspectos muy moderna: comprende un prefecto y siete sacerdotes, y agrupa «a personas convertidas a Jesucristo, de cualquier estado, edad, orden y condición que sean... (para ser) educadas y formadas en la doctrina cristiana, en las ciencias, en las artes y en todas las virtudes».²⁶

26 *Mémoires et documents* publicados por la Academia Salesiana, T. V, pieza justificativa, nº 25.

Francisco no se hace ilusiones sobre los obstáculos que se presentan a la realización de este proyecto: «Pero se requiere sobre todo, dice él, que se ponga pronto manos a la obra real y seriamente, pues las buenas intenciones sirven de poco. Si este bien no se puede realizar de una vez, que al menos se haga poco a poco, comenzando por las partes más necesarias, como el colegio, el seminario y así sucesivamente.» De hecho la bula no se realizará hasta 1602.

En el año 1601, por petición de Monseñor de Granier, Francisco había predicado en Annecy la estación cuaresmal. La mañana del viernes 6 de abril, en el momento en que iba a subir al púlpito, el Reverendo Amado Bouvard vino a prevenirle que, la víspera por la tarde, Monseñor de Boisy había «entregado suavemente su espíritu a Dios». «El Bienaventurado Francisco, juntando las manos



Monumento a san Francisco de Sales en Thorens.

y elevando los ojos al cielo, adoró a Dios que vive por los siglos de los siglos y no dejó de subir al púlpito donde mostró un buen aspecto y siguió su discurso de tal modo, que nadie se dio cuenta de que estuviera turbado lo más mínimo. Habiendo pronunciado el epílogo, cambió a propósito su discurso y se dirigió de nuevo al público con esas palabras: Cuando venía a vosotros, he conocido la muerte de la persona a la cual debo más en el mundo; os pido dos cosas, una que me concedais uno o dos días para poder cumplir con él las últimas obligaciones y otra que, por favor, recéis a Dios por su eterno descanso»

Terminada la Cuaresma, Monseñor de Granier y su coadjutor fueron a visitar las parroquias del Chablais para reorganizarlas.

Un problema pastoral delicado se plantea a Monseñor de Granier: el rey de Francia se muestra muy favorable al restablecimiento del culto católico en el país de Gex; esto significa que se restablece a los párrocos de las veintisiete parroquias de esta región; pero, cogido entre su resolución de favorecer a los católicos y su preocupación de no contrariar a los protestantes, Enrique IV no habla de devolver a sus párrocos los beneficios expoliados por los protestantes. Entonces ¿de qué vivirán estos sacerdotes si no recuperan sus salarios? Monseñor de Granier pide a Roma que Su Santidad haga presión ante el rey. Roma da la orden a su Nuncio en París, pero el Nuncio no está muy al corriente de la situación real de la religión en este país de Gex: tiene necesidad de un consejo competente de Monseñor de Granier, cuya santidad era entonces muy mediocre y que, desde hacía tres años, había tomado la costumbre de confiar sus preocupaciones más graves a su coadjutor; envió, pues, a Francisco a París para tratar este asunto de Gex con el Nuncio de Francia y con el rey.

La estancia en París en 1602

El miércoles día 2 de enero de 1602, Francisco de Sales emprendía, por segunda vez en su vida, el camino de París. Estaba acompañado por el canónigo Déage y por Antonio Favre. El martes 22 de enero, la pequeña comitiva llegaba a París: Francisco se alojó en la calle Saint-Jacques, como en la época de sus estudios.

Desde su llegada, Francisco se presenta al Nuncio de Francia. Monseñor Innocent del Bufalo se muestra muy bien dispuesto en sus apreciaciones, pero dice, que nada se puede hacer en favor de los católicos de Gex, si antes no se gana para su causa a Monseñor de Villeroi, al cual el rey ha encomendado los asuntos extranjeros de Francia. El 8 de febrero, Francisco escribe a Monseñor de Granier: «Después que la corte ha vuelto a esta ciudad, Monseñor el Nuncio se ha preocupado de ir a ver al Sr. de Villeroy al cual su Majestad nos había dirigido para tratar, y he tenido a bien debatir nuestras pretensiones. Con todo, al final, he presentado mi petición fundamental, sobre la cual me dice que el Consejo nos aplicará el derecho y nos hará justicia y que no dudemos de ello». Realmente esta «buenísima esperanza» será lenta en realizarse, y todavía no se realizará nada más que parcialmente: en septiembre será cuando Francisco retomará el camino de Saboya.

Al menos, esta estancia forzada va a constituir para Francia un gran provecho espiritual y apostólico: le confiere, por así decirlo, sus dimensiones humanas, arrancándola por fin de todo particularismo regional, y situándose frente a los grandes problemas del mundo y del tiempo. Cuando, dentro de algunos meses, Francisco abandone París, habrá descubierto la corte de Francia, con sus grandezas, pero también con sus intrigas y sus juegos de influencia; habrá predicado y retenido al pie de su púlpito oyentes brillantes, con frecuencia tan frívolos como sensibles; se mezcló en la sorprendente renovación religiosa que sacude a la alta sociedad parisina. «Santos, verdaderos santos y en gran número por todas

partes.».²⁷ Se le adhirieron muchos de espíritu y de corazón... Y, entre estos éxitos y todos estos trabajos, habrá manifestado en su vida cotidiana la santidad y la caridad del verdadero sacerdote de Jesucristo.

Todo proviene, si juzgamos las causas humanas, del hecho de que Francisco, en París, visitó alguna vez a la Princesa María de Luxemburgo, duquesa de Mercœur: era, dice él, una relación de «afecto que yo no podía negar, puesto que me era hereditario de mi padre, de mi abuelo y de mi bisabuelo, que tuvieron el honor de ser pajes y casi por el resto de su vida, en la casa de los muy ilustres príncipes con el padre, el abuelo y el bisabuelo» de la duquesa. Por tanto, sucedió que, poco antes de la Cuaresma de 1602, «por suerte, la capilla de la reina en la sala del Louvre, no tenía predicador» , entonces solicitaron a Francisco. Como no tenía otra ocupación que la de esperar «la solución de sus asuntos», tuvo que aceptar: «Honestamente, fui forzado a predicar en la capilla de la reina tres veces por semana, escribe el 9 de marzo de 1602, al Sr. de Quoex, delante de la princesa y de los cortesanos, no pudiendo rechazar los ruegos y las órdenes que me fueron hechos. Pero se entiende, añade finamente Francisco a este corresponsal romano, que estaba obligado a adaptarme a ellos.»

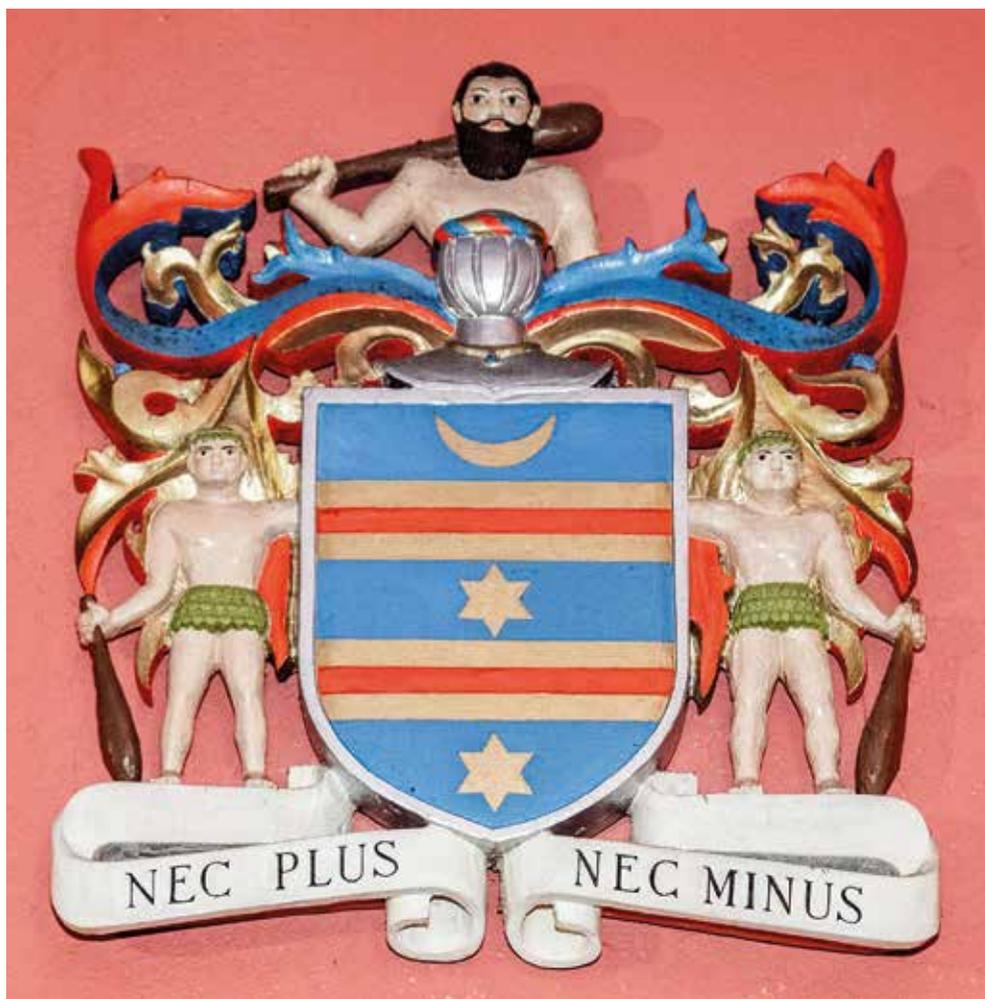
Aunque fue un poco improvisada, esa Cuaresma fue un auténtico éxito y, para colmo de edificación, el predicador, una vez terminada la Cuaresma, rechazó la «bolsa llena de escudos de oro» que le hizo entregar la princesa de Longueville como recompensa. Los cortesanos no daban crédito a sus ojos.

Durante este tiempo, los Ginebrinos intrigan ante el ministro Villeroi para hacer fracasar la petición del coadjutor, y el asunto del país de Gex se revela «tan delicado de tratar y tan raro de procedimiento» que Francisco se decide a regresar a Annecy a principios de abril de 1602, «sin otro equipaje que la esperanza».

27 H. BREMOND, op. cit., T. 1, p. 95.

Por tanto, no es suya la culpa, puesto que él multiplica las cartas y los trámites...

En estos momentos sucede un incidente que da a la negociación una vuelta más favorable. Enrique IV, habiendo oído grandes elogios de este predicador saboyardo «quiso verle en el púlpito»: Francisco se dirigió a Fontainebleau, y el domingo de Quasimodo, el 14 de abril, predicó ante el rey. «El día de Quasimodo, el rey me hizo predicar delante de él, y mostró haber quedado contento.»



Escudo de Francisco de Sales.

Después de esta predicación, Francisco tuvo una larga entrevista con el rey. Fue una oportunidad sin la cual, el caso de Gex hubiera estado totalmente perdido.

El 18 de abril de 1602, escribe al Sr. de Quoex: «Vuelvo ahora de Fontainebleau donde, si no hubiera ido a propósito, todas mis negociaciones se hubieran arruinado. He hecho tanto, que ahora abrigo buenas esperanzas; dentro de tres o cuatro días tendré la resolución completa. Esta resolución no será del total agrado que esperamos: hay que sacar del fuego todo lo que podamos salvar. Siempre será mucho, según dicen los expertos... El tren de los negocios es tan poco afortunado en esta corte, que cuando uno se piensa que está liberado, está aún más enredado.»

Decididamente, el futuro obispo de Ginebra está en una ruda escuela, pero que completa en él al diplomático. Pasa de la decepción a la esperanza, de la esperanza a la decepción. Los asuntos se irán alargando hasta septiembre... y el beneficio será escaso. Al dar cuentas de su misión al Papa Clemente VIII, Francisco hará de ella este balance encantador: «Parecía que nada contrariaría la esperanza del éxito deseado. Pero, ¡Oh miseria de nuestro tiempo! Tras haber hecho tantos trámites para esta santa negociación, a penas hemos ganado la autorización de celebrar los santos misterios en tres localidades, con la concesión a este efecto, de una renta anual para nuestros sacerdotes; respecto al resto, el mismo rey nos presentó la dureza de los tiempos: «yo desearía más que nadie, dice, el entero restablecimiento de la religión católica, pero mi poder no iguala mi querer», y parecidos propósitos. Después de nueve meses completos, me vi obligado a regresar «sin haber hecho casi nada.»: la palabra sobre el plan de la negociación puede ser exacta. Por el contrario, en el espiritual, Francisco había conseguido mucho, y había tomado ventaja.

Predicó «más de cien veces», confesó, convirtió; visitó conventos y monasterios, y allí devolvió el fervor a las almas. Sobre todo, fue introducido por Pierre de Bérulle, simple «cura» y ocho años

menor que él, en el hotel de la Señora Acarie, a la que Bremond no duda en llamar una nueva Teresa».²⁸ El hotel lo frecuentan Asseline, Marillac, el Cartujo Beauconsin, y los mejores devotos de París. Parece que Francisco de Sales ejerció pronto en este grupo tan fervoroso de por sí, una influencia real: varios le eligieron como confesor y director espiritual; pero recibió más de lo que él dio. Entre las personas que se reunían allí, no eran raras las gracias propiamente místicas, o fenómenos extraordinarios.

La más favorecida parece haber sido la Señora Acarie misma, puesto que tardó poco en confiar plenamente en Francisco: «le abrió su corazón, no solamente en el sacramento de la Penitencia, sino también en entrevistas particulares». Francisco demostró, según su penitente, una grandísima discreción, y no le preguntó sobre las gracias extraordinarias con las que le gratificaba el Espíritu Santo; más tarde, lo recordará quejándose de ello: «¡Qué falta cometí, cuando no aproveché su santa conversación!, pues ella me habría descubierto libremente toda su alma; pero el grandísimo respeto que le tenía, hacía que no me atreviese a preguntar la más mínima cosa.» No es que él no haya experimentado en varias ocasiones estos estados privilegiados en los que Dios se hace sensible²⁹ al alma, sino que cada experiencia, en este género de gracias, es original y cada alma tiene algo que aprender de las otras almas: así se explica esta queja de Francisco.

El encuentro entre Francisco de Sales y el grupo de Acarie tuvo dos consecuencias importantísimas para la historia religiosa de Francia: «En estas asambleas, se decidió por su consejo y por el deseo de la Señora Acarie, ir a España, para conseguir religiosas

28 H. BREMOND, *ibid.* p. 96.

29 Aquí nos separamos conscientemente del P. A. LOUIMA, *Aux sources du Traité de l'Amour de Dieu de Saint François de Sales*, Toma, 1959, p. 1185. y del P. SÉROUET, *De la vie dévote à la vie mystique*, Desclée de B., 1958, Cap. X y XI – Nuestra afirmación se basa en un análisis de los textos que no podemos desgraciadamente desarrollar en este breve esbozo.

Carmelitas (así) de santa Teresa (Teresa de Ávila había muerto en 1582, hacía veinte años), y a Roma, para conseguir sacerdotes del Oratorio del Nombre de Jesús;³⁰ esto lo llevó a cabo con gran gozo por el consentimiento del rey y el favor del Soberano Pontífice; la princesa de Longueville aumentó la religión de París con un nuevo monasterio después que el bienaventurado Francisco hubo escrito a S.S. e informado ampliamente a la Sede Apostólica.»³¹ En octubre del año 1604 fue abierto en París este primer Carmelo.

Cuando a finales de septiembre de 1602, Francisco de Sales volvió a Saboya, dejaba detrás de él numerosas y grandes quejas. Sin duda, no había triunfado plenamente en su misión diplomática; pero al menos se había ganado el corazón de Enrique IV que quiso nombrarle desde ese momento arzobispo en Francia y le asignó incluso una «sabrosa pensión» de la cual no le fue fácil desprenderse al prudente Francisco.

Llevaba también en su alma el recuerdo reconfortante de muchas confesiones, conversiones, confidencias y, por encima de todo, la alegría de haber tomado parte, durante varios meses, en este prodigioso progreso espiritual cuyos efectos se harían sentir pronto en toda Francia y hasta fuera de ella. No es exagerado decir que Francisco de Sales regresa de París habiendo alcanzado una cierta madurez humana y espiritual.

Las primeras cartas de dirección que escribirá después de su vuelta dan testimonio de ello: nos lo muestran en posesión de doctrina espiritual tal como la desarrollará en la *Introducción a la Vida Devota*, en las *Entrevistas* y en el *Tratado del Amor de Dios*. Enrique

30 El Oratorio había sido fundado en Roma en 1564 por Felipe Neri. En 1611 Pierre de Bérulle introducirá el Oratorio en Francia.

31 De las cartas que Francisco escribió a Roma para este asunto, poseemos al menos la que dirigió al Santo Padre en noviembre de 1603. - Las reuniones parisinas en las que fue estudiada y resuelta la introducción del Carmelo Reformado en Francia duraron, según la carta al Papa, «algunos días»: la última parece ser que tuvo lugar el 5 de junio, en la capilla de la Cartuja del faubourg Saint Georges.



Castillo y casas antiguas en las orillas del Canal Thiou en Annecy.

Bremond hablando de esta metamorfosis de Francisco de Sales, se atreve a decir que fue «repentina, completa y definitiva la realización de sí mismo».³²

Al pasar por Lyon el 29 de septiembre de 1602, Francisco se enteró de que Monseñor de Granier había fallecido diez días antes, con el alma totalmente deslumbrada todavía por el triunfal Jubileo secular de Thonon que acababa de presidir. Para el coadjutor, este fue un grandísimo «golpe de tristeza»: Francisco lloró amargamente al que, desde hacía diez años, era para él un verdadero padre.

La consagración en la iglesia de Thorens

La suerte estaba echada para Francisco. Tenía que «entrar en el laborioso y peligroso cargo de obispo». «Que sea lo que la providencia de Dios quiera, escribe a un amigo el 21 de octubre. Yo soy el mismo de siempre: no deseo el obispado más de lo que ya lo he deseado (*sic*). Si esta carga me llega, habrá que llevarla; si no, tanto mejor para mí...» ¿Cómo sería posible que el obispado no le tocara? La consagración fue fijada para el 8 de diciembre. «He recibido la consagración episcopal el día de la Concepción de Nuestra Señora, la Virgen María, en las manos de la cual he puesto mi destino», escribirá el 10 de enero de 1603 a Monseñor Ancina, obispo de Saluces.

Para satisfacer un piadoso deseo de su madre, Francisco elige Thorens para «la solemnidad de su consagración; las causas eran varias: allí vivían su madre y sus hermanos, el deseo y las oraciones de la gente, la natural inclinación a la patria, que parecía merecer que se realizase allí su unción como pontífice, lo mismo que había sido allí su bautismo.»

32 H. BREMOND, op. cit., T. I, p. 98.

A esta gracia de la consagración, quiso prepararse con un largo retiro espiritual. «Escribió al Padre Jean Fourier,³³ de la Compañía de Jesús, que estaba por entonces en Thonon, rogándole que le hiciese el favor de venir a Sales para servirle como director espiritual en la revisión que quería hacer de toda su vida. Libre de otros pensamientos, permaneció veinte días en soledad y con oraciones continuas, ayunos, maceraciones del cuerpo y ejercicios parecidos, se preparó a la confesión general de sus pecados; después de la cual se impuso a sí mismo un modo de vivir, con el parecer de su sabio director.» la Madre de Chantal afirma haber visto y leído estas reglas de vida «escritas de su puño y letra». Estas reglas constituían por sí solas un pequeño tratado del ideal sacerdotal, tal como lo propone el Evangelio: pobreza, ayuno, limosna, oración, confesión, contactos con su «pueblo», y, en el centro de toda esta vida de gracia y de caridad, «el santísimo sacrificio de la misa, que celebrará todos los días, si no es impedido por alguna necesidad extrema... No será inoportuno que los días llamados de devoción, celebre la misa en las iglesias en que esté programado, con el fin de que el pueblo que asista, encuentre siempre a su obispo a la cabeza, como en las fiestas solemnes de estas iglesias». El ejercitante insistió en que el Padre Fourier aprobase este reglamento del retiro.

El 8 de diciembre «comenzó a caminar temprano de Sales a Thorens». La iglesia parroquial estaba suntuosamente tapizada y decorada. Los «prelados de la consagración» eran «Vespasiano Gribaldi, arzobispo y conde de Vienne, primado de los primados de Francia, Thomas Pobel, obispo de Saint-Paul o de Trois-Châteaux, y Jacques Maistret, obispo de Damas, de la Orden del Carmelo» La ceremonia se desarrolló según el ritual. Según el testimonio de la

33 El P. Jean Fourier aparece al menos en tres ocasiones en la vida de san Francisco de Sales: le sirve de director en este retiro preparatorio a su Consagración; bajo sus consejos será publicada la *Introducción a la Vida Devota*; finalmente el Padre Fourier se encontrará en Lyon, al lado de Francisco moribundo, el 28 de diciembre de 1622.

Madre de Chantal, «en esta acción de su consagración, le pareció ingenuamente que la muy adorable Trinidad imprimía interiormente en su alma lo que los obispos hacían exteriormente sobre su persona; igualmente, le parecía ver a la Santísima Madre de nuestro Señor que le tomaba bajo su protección, y a los apóstoles san Pedro y san Pablo a su lado que le protegían. Me parece que estas son sus mismas palabras, afirma la Madre de Chantal.»

Durante un mes, después de esta «consagración como obispo», no hablaba nada más que «como un hombre extranjero en el mundo», «y aunque la inquietud haya aminorado un poco estas agitaciones del corazón, las resoluciones, por la gracia divina, permanecieron». La fecha de esta confidencia es 1619 .

El sábado 14 de diciembre de 1602, el nuevo obispo de Ginebra entró solemnemente en Annecy y fue entronizado en la iglesia catedral. Al día siguiente era el tercer domingo de Adviento: en el rezo de vísperas, Francisco subió al púlpito y habló de la Natividad, pero de repente, «como si estuviera en éxtasis, contó a su pueblo sin darse cuenta de ello, todas las maravillas que le habían sucedido con motivo de su consagración». Diez años más tarde, el día del aniversario de la ceremonia, escribirá a la Señora de Chantal: «He comentado en mi sermón que hacía diez años que yo había sido consagrado, es decir, que Dios me secuestró a mí mismo para tomarme para él y después entregarme al pueblo, es decir, que me había convertido de ser para mí en ser para los demás.» Su vida de obispo no será más que la puesta en práctica de este ideal: cada día será más «cogido por Dios y entregado al pueblo».



7. EL OBISPO ENTRE SU PUEBLO

Según la reforma del Concilio de Trento

«Rápidamente se aplicó a los grandes asuntos y trámites urgentes de su diócesis.» Un pensamiento le preocupaba: ser para su diócesis el obispo que desea la Iglesia, el obispo tal como lo ha concebido y definido en su deseo de reforma el Concilio de Trento. Conocemos, por Francisco mismo, sus disposiciones íntimas en su primer año de pontificado. Uno de sus amigos, Antoine de Revol, fue nombrado obispo de Dol y le pide consejo. El 3 de junio de 1603, Francisco le responde con una larga y admirable carta que conviene citar entera: «Entráis en este estado eclesiástico (Antoine de Revol todavía no era sacerdote), en la cima de este estado. Yo os diría lo que se dijo a un pastor elegido para ser rey de Israel: *Mutaberis in virum alterum*; Es necesario que seáis totalmente distinto en vuestro interior y en vuestro exterior. Y para hacer esta gran y solemne mutación, es necesario cambiar totalmente vuestro espíritu y removerlo enteramente... Para ayudaros en este cambio, es necesario que empleéis a los vivos y a los muertos: A los vivos, puesto que os hace falta encontrar dos o tres hombres muy espirituales, con cuya conversación, podáis ayudaros. Es un gran consuelo tener confidentes para el espíritu... En cuanto a los muertos, necesitáis una pequeña biblioteca de libros espirituales de dos clases: unos para vos en tanto que eclesiástico. Los otros para vos en cuanto obispo... Tened, os lo suplico, a Grenade³⁴ entero, y que

34 Louis de Grenade, escritor espiritual de la España del siglo XVI.

sea como vuestro segundo breviario... su utilidad principal es que dirigirá vuestro espíritu al amor de la verdadera devoción y a todos los ejercicios espirituales que necesitáis... Pero para leerlo con verdaderos frutos, no hace falta devorarlo, sino más bien pensarlo, estimarlo y rumiarlo capítulo por capítulo y aplicarlo al alma con mucha consideración y oración a Dios. Hay que leerlo con reverencia y devoción... Me olvidaba deciros que de todas formas, tenéis que tomar la resolución de predicar a vuestro pueblo...»

Francisco tiene ya mucha experiencia apostólica para creer que este ideal que él se hace del obispo, se realizará sin rupturas y «sin muchas imperfecciones». Al Sr. de Bérulle, le había escrito algunos días después de su propia consagración: «No hay remedio: siempre tendremos necesidad del lavatorio de los pies, puesto que caminamos sobre el polvo.»

Este es Francisco de Sales enteramente entregado a su diócesis. Durante veinte años, le consagrará sus días y noches, sus trabajos y sus vigilias. Si por algún caso se ausenta de ella, es siempre con algún pesar y no sin miedo de que su ausencia le haga daño; en general lo hace por prestarle algún servicio. A penas acepta algunas de las numerosas invitaciones para predicar, con las cuales le avasallan los obispos amigos suyos: sabe con antelación que al duque Carlos Enmanuel, orgulloso de su obispo de Ginebra, no le gusta demasiado verle triunfar en otros púlpitos, y duda particularmente de la estima que le testimonian París y el rey de Francia; y alimenta algunos remordimientos por abandonar las ovejas del propio redil por otras ovejas.

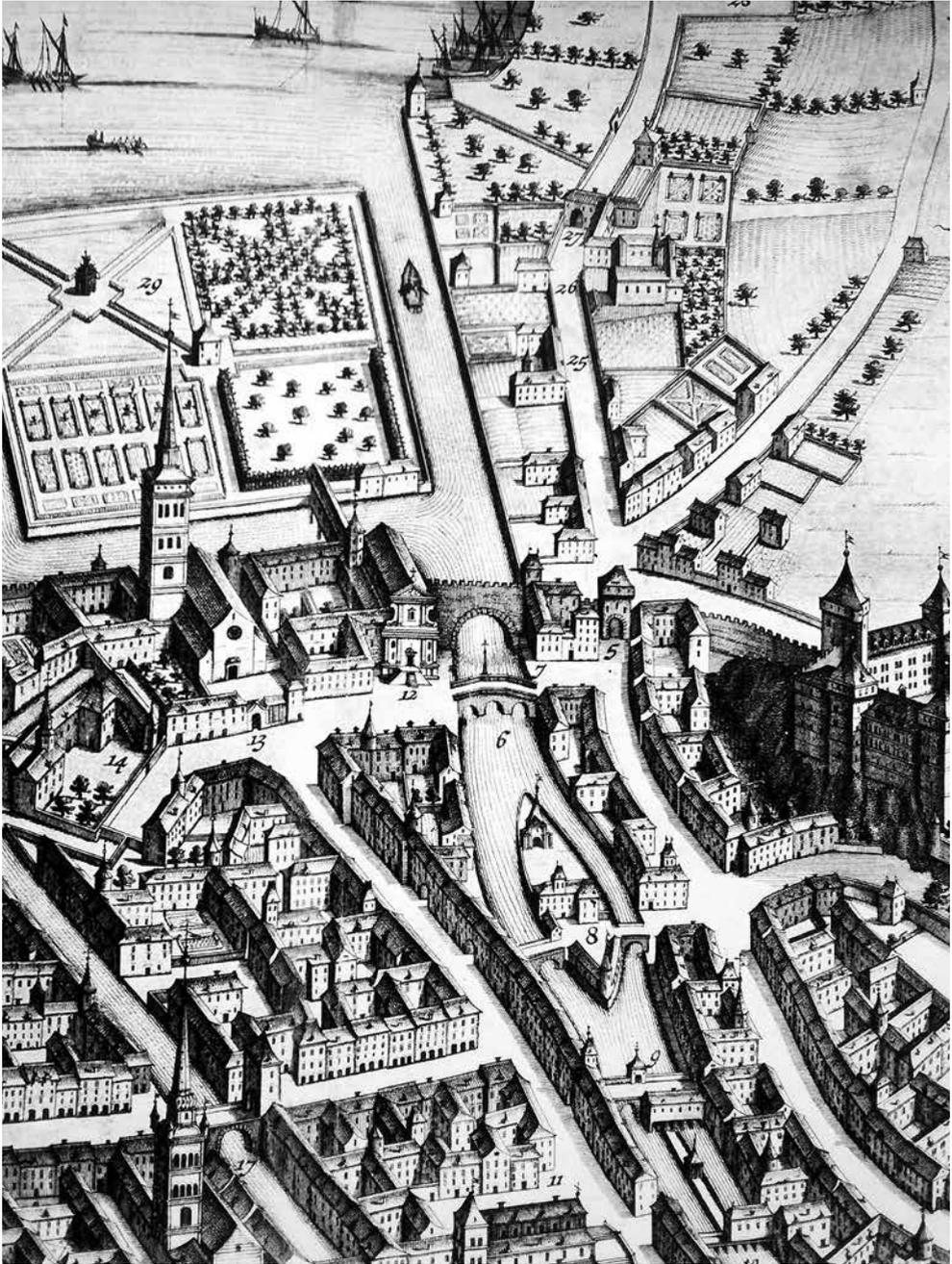
Hay tanto que hacer en esta diócesis de Saboya: y más sabiendo que la vecindad y las molestias de Ginebra continúan, a pesar de la paz, influyendo pesadamente sobre algunos «países», hay que restaurar, y hacer que todas las cosas, y en primer lugar, las almas, entren en el verdadero fervor católico. El territorio sobre el cual ejerce la jurisdicción Monseñor de Ginebra es grande y bello, pero algunos pueblos o aldeas tienen un acceso difícil, cuando no peli-

groso, sobre todo en invierno. Los recursos económicos episcopales son mediocres y no permiten grandes proyectos.

Decir todo esto sería una minucia si un mal secreto no estuviera minando todo lo que se intenta edificar. Francisco conoce ese mal y ya lo ha denunciado, y ahora, como obispo, tiene un conocimiento más agudo y más personal del mismo: este mal es el mal del que sufre la Iglesia, el mal que ha sido favorecido por el éxito del protestantismo, el mal al que el Concilio de Trento ha decidido aplicar los remedios más enérgicos, pero que está lejos de curarse. «Me habló con la misma franqueza, referirá un día la Madre Angélique Arnauld, y puedo aseguraros que no me ocultaba nada de sus más secretos e importantes pensamientos sobre el estado en el que se encontraba la Iglesia y sobre la conducta de algunas Órdenes religiosas» La Madre Angélique Arnauld refiere una larga confidencia que habría recibido del Sr de Ginebra: «Hija mía, son temas para llorar... Hay que llorar y suplicar en secreto que Dios ponga la mano donde los hombres no la saben poner... Tenemos que pedirle... que corrija los abusos que se deslizan en la conducta de los ministros de la Iglesia, y le envíe santos pastores animados del celo de san Carlos, que sirvan para purificarla por el fuego de su celo y de su ciencia, y la conviertan sin mancha y sin arrugas por la disciplina, como lo es por la fe y por la doctrina.»³⁵

Esta entrevista con Monseñor de Sales y Madre Angélique data de 1619, pero la alusión a san Carlos Borromeo (y al Sr. de Bérulle, que también es nombrado aquí) permite deducir de este documento que ya desde 1603 este era el pensamiento de Francisco de Sales. Francisco, salido recientemente de la universidad de Padua, había deseado visitar Milán, la ciudad donde siete años antes había muerto el obispo santo. Francisco guardó siempre en su interior la devoción más fervorosa que todavía alimentaba la amistad que le unía al primo de san Carlos, el cardenal Federico Borromeo. No

35 Citado por SAINTE-BEUVE, Port Royal, T. I, pp. 210-211.



Mapa de Annecy
(*Theatrum Sabaudiae...*, parte II, Amsterdam, 1682).

cabe ninguna duda de que en esta devoción entraba, y mucho, el celo por la reforma católica. En la primavera de 1613, peregrinará a la tumba de su santo modelo; celebrando la misa delante de la urna de cristal, estará encantado y como fuera de sí mismo...

Durante veinte años, Francisco de Sales se va a esforzar por realizar en su diócesis de Ginebra lo que había realizado san Carlos Borromeo en la diócesis de Milán: la reforma según el ideal definido por el Concilio de Trento.

Vamos a trazar a grandes rasgos el calendario de estos veinte años de episcopado. Octubre de 1603: convocatoria del sínodo diocesano que reunió en Annecy «a todos los eclesiásticos de la diócesis, sacerdotes, priores, decanos, canónigos y rectores de las iglesias parroquiales» Es el primer contacto de Francisco con el conjunto de su clero. Cuaresma de 1604: es la primera Cuaresma en Dijon y el encuentro con Jeanne Frémyot de Chantal. De 1605 a 1608: tiene lugar la visita de la diócesis en cuatro períodos, de 1606 a 1610: el período precioso de la Academia Florimontano. 1609: la *Introducción a la Vida Devota*. 1610: en la fiesta de la Trinidad, el 6 de junio, la Señora de Chantal, la señorita de Brécharde y la señorita Favre se retiran a la casa de la Galería, en Annecy, y fundan la Visitación de Santa María. 1616: en agosto, aparece el *Tratado del Amor de Dios*, aparece en Lyon, impreso por Pierre Rigaud. 1618-1619: Francisco visita París por tercera vez. Estos son puntos sencillos de referencia para escalonar esta existencia totalmente consagrada al servicio de la diócesis. Francisco pertenece enteramente a su pueblo.

Fiel al espíritu de la reforma *in capite et in membris*, Francisco de Sales comienza la santificación de su diócesis. Lleva un ritmo de vida muy sencillo. Es un pobre: pobre de recursos personales, ha entregado a sus hermanos todo su patrimonio; pobre de recursos episcopales, su obispado no le reporta más que mil escudos de oro; pobre porque multiplica sus limosnas en público y en secreto; pobre porque quiere vivir así, «como los Apóstoles». Ha reducido al mínimo estricto el personal de su casa, su mesa es frugal, sus

vestidos «limpios y arreglados, pero de largo uso; en la casa «la más grande de la ciudad de Annecy», que pone a disposición del obispo que en 1610 era Antoine Favre, Francisco se reserva para él una modesta y pequeña habitación. «Me pasearé durante todo el día, dice, como obispo de Ginebra, y me retiraré durante la noche como Francisco de Sales.» No utiliza la carroza. «Aunque fue educado como correspondía a su dignidad de obispo, no se beneficiaba de ello en su manera de vivir, como hacen muchos. Observaba rigurosamente la abstinencia y el ayuno y se flagelaba con frecuencia hasta derramar sangre».

Sobre todo, Francisco rezaba: por la mañana, se dedicaba a la oración durante una hora, se reserva siempre que puede, según sus propósitos de la consagración, dos horas para el estudio, un estudio que es siempre de alguna manera oración, tiene una gran devoción al Oficio que a veces recita de rodillas, otras paseando. Cada día, hacia las nueve de la mañana, celebra su misa: generalmente en la intimidad de su oratorio en el obispado, pero también le gusta «los días llamados de devoción» encontrarse con su pueblo y celebrar en una iglesia o capilla de Annecy. Tiene un gusto especial por la liturgia y, si celebra pontificalmente, se muestra severo en la observancia de las rúbricas. La misa es, según su parecer, el culmen de la devoción particular y del culto público; celebrarla bien, es su primer deber como pastor. A partir de ese momento, comienzan para él «los trabajos y los contratiempos»...

Para Francisco trabajar era rezar, puesto que es unirse profundamente a la voluntad de Dios. «Tened presente en todos vuestros asuntos, aconsejaré un día a la Señora de Chantal, a Jesucristo, a nuestra Señora y a vuestro Ángel de la Guarda, para que la multiplicidad de vuestras preocupaciones no os perturbe y su dificultad no os sorprenda nunca. Haced las cosas, una tras otra, lo mejor que podáis y emplead para ello fielmente vuestro espíritu, pero dulce y suavemente.

Si Dios os concede que todo os salga bien, le bendeciremos por

ello; si no le agrada, le bendeciremos igualmente...» Aquí está manifestando Francisco, no lo dudemos, su propia actitud frente a las «preocupaciones de este mundo».

Pero hay momentos en que el cansancio se apodera de su cuerpo y la desgana de su alma: entonces, el Sr. de Ginebra busca en Dios su salvación. No hace ni cinco años que Francisco es obispo, cuando escribe a un amigo de Dijon esta exquisita misiva: «Pasaré esta cuaresma haciendo de mi catedral mi residencia, y rehabilitando un poco mi alma que está casi completamente desgarrada por tantas preocupaciones como ha soportado... Es un reloj averiado; hace falta desmontarlo pieza por pieza y después de haberlo limpiado y engrasado, montarlo de nuevo para que suene más ajustado.» Así actúa Francisco siempre que puede, respetando el propósito que tomó en el retiro preparatorio de su consagración: «Todos los años, durante ocho días, y más cuando lo pueda, hará un retiro y una purificación de su alma.»

Esta devoción brilla en el Sr. de Ginebra. De toda su persona emana una paz, una caridad que atrae los corazones: cuando pasa por la calle, le rodean los niños y se arremolinan junto a él; los pobres acuden al obispado, o a su confesionario. Nada le molesta, no rechaza a nadie... En torno a su persona ya se forman relatos maravillosos: no se han olvidado de que en Thonon, en 1598, con motivo de las *Cuarenta Horas*, un niño pequeño muerto, volvió a la vida mientras que Francisco rezaba, arrodillado cerca de su cuna... o que en su consagración en la iglesia de Thorens, fue arrebatado en éxtasis durante una media hora... Desde entonces, la ropa que toca, las medallas que distribuye, los objetos pequeños que le han pertenecido y servido, son buscados como reliquias... A medida que pasan los años, la admiración y el entusiasmo del pueblo llano de Saboya se van acrecentando con su obispo, y le rodea una atmósfera de leyenda sagrada.

¿Y cómo podría ser de otra manera? No pueden permanecer en secreto todas las gracias que le concedió el Señor. Si algunas

de las iluminaciones íntimas, como el éxtasis del castillo de Sales en el que le fue revelado «que él sería el fundador e institutor de una orden de religiosas (y mostrado) las fantasías o ideas de las personas principales con las que esta orden comenzaría», pudieran escapar rigurosamente a su entorno, ¿cómo se mantendrían ocultos tantos hechos extraordinarios: la liberación de posesos, las profecías y lectura de almas, la curación de paralíticos o enfermos etc. incluso resurrección a distancia de un muerto?. De paso, resaltamos que estos milagros se prolongarían largo tiempo después de su muerte en la tumba del santo o a distancia: por no citar nada más que estos dos ejemplos, y es cierto que el Papa Alejandro VII que beatificó a Francisco de Sales el 28 de diciembre de 1661 y le canonizó el 9 de abril de 1665, se consideraba como un «milagro» del Sr. de Ginebra; – y los relatos contemporáneos de las fiestas de la beatificación en Annecy señalan que tras la caja de plata de los restos mortales de Francisco de Sales, marchaban «los paralíticos curados y los resucitados».³⁶

Pero el milagro más constante de esta vida, fue esta vida misma. Francisco lo reconocía ingenuamente desde 1606: ¿qué será de todo esto dentro de 14 o 15 años de viajes y trabajos? «Yo me encuentro bien, mi querida Hija, escribe a la baronesa de Chantal el 2 de octubre, en medio de tan gran cantidad de asuntos y ocupaciones que no me sería posible enumerar. Es un pequeño milagro que Dios hace, porque casi todas las tardes cuando me retiro, no puedo ni mover mi cuerpo y mi espíritu de lo cansado que me encuentro, y, sin embargo, por la mañana me levanto más alegre que nunca. En este momento no tengo ni orden, ni medida, ni razonamiento (puesto que no sabría disimularlo ante vosotros), y todavía sigo aquí fuerte, gracias a Dios.»

No haría falta mucho tiempo para que el personaje de Francisco de Sales se cubriera de una aureola y reputación de santidad. Tanto

36 Archivo de la Visitación de Annecy, Recopilación de circulares, T. I, p. 573.

más que se veía por todas partes que las «ignominias», las críticas, insolencias y calumnias contra el fervoroso obispo acababan por volverse contra sus autores. Y esto sucedía, no porque él se preocupara de refutarlas enseguida, a menos que estuviera en juego el honor de la Iglesia o del sacerdocio, sino porque él se lo tomaba con benignidad y con paciencia; en general todo se terminaba, por su parte, con un amplio y total perdón otorgado a los culpables. En esos momentos, Francisco sabía encontrar las palabras adecuadas en las que bajo una sonrisa, escondía sus heridas, y eran palabras que corrían enseguida entre el pueblo.

Un día apareció un panfleto difamatorio contra Francisco en el mismo Annecy: el santo obispo no se turbó por ello; el capítulo procedió rigurosamente con un canónigo que leyó ese escrito, « y la sentencia iba a ser pronunciada, si el buenazo del prelado (tanto era su santidad) no se hubiese abajado hasta utilizar ruegos a su capítulo para que esta sentencia, que ya estaba escrita, fuese suprimida y borrada. Hizo todavía más, pues algunos años después, concedió a este mismo hombre un cargo muy honroso según su condición y nacimiento, ante los Serenísimos Príncipes, sin que Francisco fuese de algún modo suplicado, sino por su propia iniciativa. Como consecuencia de esto, corría por toda Saboya un proverbio muy común, y era que hacía falta ofender al bienaventurado Francisco, para recibir de él toda clase de beneficios.»

Esta paciencia y estos perdones no eran del agrado de todos, y bastantes veían ahí debilidad e incluso una falta: «Francisco de Sales, irá sin duda al paraíso, decía el prior de Talloires, después que Francisco había perdonado a los monjes que habían intentado asesinarle. El obispo de Ginebra, no sé, por qué no castiga a nadie.» realmente quería decir que no conocía bien la fuente de todas estas virtudes. Bajo el insulto y la calumnia, «Francisco, confesó él mismo, sentía hervir la cólera en su cerebro, como el agua en el fuego», pero se frenaba y se calmaba, encontrando su alegría en parecerse a nuestro Señor Jesucristo, escarnecido y despreciado, y

a la Virgen María. «El 13 de diciembre de 1619 escribía a la Madre de Chantal, que se inquietaba por algunas calumnias: Madre mía, no tiene que ser tan benevolente conmigo; hay que aceptar que me censuren, si por una parte no lo merezco, por otra sí. La Madre de Aquel que merecía una eterna adoración no dijo nunca una palabra cuando le llenaban de oprobios y de ignominias... pero querida Madre, tenemos mucho amor propio cuando queremos que todo el mundo nos ame y que todo redunde en gloria nuestra.»

Precisamente por la marcha de sus «asuntos», Francisco tuvo que soportar el mayor número de críticas y de sospechas; Dios sabe si él se esforzaba por informar exactamente de su conducta a Roma o a su príncipe. Si se quiere un buen ejemplo, es preciso releer las cartas al duque y a Clemente VIII, donde se solicita la autorización para predicar en Dijon en 1604. Pero el duque era él mismo demasiado quisquilloso e intrigante como para admitir que las invitaciones para predicar que Francia, sobre todo la corte de París, también la de Dijon, Lyon, Grenoble, propusieron al Sr. de Ginebra, eran debidas a su elocuencia o incluso a su santidad. Por todas partes se presentían el complot y la traición. Varias veces, Carlos Emmanuel rechazó la autorización de estas proposiciones extranjeras a Francisco. Durante nueve años tuvo que esperar la autorización para predicar en París. ¿Qué podría maquinarse el obispo con los franceses?

Sin duda ninguna, tras el paso desconcertante de Francisco por Ginebra el 12 de septiembre de 1609, las sospechas del duque le llevaron a su paroxismo. Evidentemente, el hecho siguiente era lo bastante llamativo como para intrigar a Carlos Emmanuel: Para no perderse una cita que le había asignado el barón de Lux, en la que debía tratarse el restablecimiento de tres párrocos en el país de Gex, Francisco, viendo que el Ródano crecido por las lluvias, le resultaba infranqueable, el obispo católico decidió buenamente atravesar Ginebra, la ciudad de Calvino, a caballo, en pleno día, con vestimenta eclesiástica y escoltado por una patrulla, cosa que no era banal.

El 12 de septiembre siguiente, contando la aventura a su amigo Antonio Favre, Francisco le confiaba la verdadera versión de los hechos: «Sabéis que pasé por Ginebra bajo la protección de mi ángel de la guarda.» Pero esta explicación sobrenatural no satisfizo ni a los ginebrinos ni al duque... Fue necesario que Francisco lavara ante éste la sospecha de traición. «el 4 de diciembre escribió al Sr. De Hayes 1609: «La gente lo ha interpretado así: ¿Qué ha hecho en Gex y quién le dio el valor de pasar por aquella ciudad tan enemiga del nombre que él lleva y de su cargo, y en la cual no han entrado sus predecesores desde la revuelta, sin salvoconducto, sin disfrazarse y sin esconder la propia identidad? – En realidad conocen poco mi alma si me juzgan llenos de consideración y de aprehensión de tal manera que no pueda correr una pequeña temeridad. El tiempo, mi inocencia y, sobre todo la providencia divina, pondrán en su sitio las cosas: con este propósito he escrito a su Alteza todo lo que me parecía bien, tras haber sabido que se ha dejado llevar por una especie de desconfianza de mí... estas son mis noticias de Estado...»

Para creer a Francisco, el duque habría debido tener una ingenuidad que no le era propia. A la menor ocasión, sus sospechas surgían de nuevo y Francisco tuvo que asegurarle varias veces con energía su fidelidad a la Casa de Saboya: «Habiendo sido advertido de que me habían acusado ante Vuestra Alteza de hacer ciertas maquinaciones de Estado con los extranjeros, le escribe el 12 de junio de 1611, no puedo salir de mi asombro ni puedo imaginarme con qué fundamento se puede construir semejante calumnia... hace tiempo que gravé en mi corazón el deber que tengo (con Vuestra Alteza) de nunca ceder para hacer algo que pueda perjudicar tanto al servicio de sus asuntos; y tengo demasiada aversión a las preocupaciones de Estado, como para querer prestarles una atención deliberada.»

Si Francisco se defiende con cierta firmeza, es porque el honor y el interés de la diócesis están aquí en juego y también el destino y la

situación de sus familiares y sus amigos. Esta fuerza límpida – San Beuve diría: esta audacia de paloma – es uno de los aspectos menos conocidos de su personalidad: intrigas y calumnias – es el lado bueno de sus miserias – han permitido que ella nos fuera revelada. Esta altura de pensamiento, de actitud y de tono, la encontramos también en la correspondencia, cada vez que el insulto afecta, por medio del obispo, a la Iglesia, a sus sacerdotes o a sus Hijas de la Visitación, o a la justicia debida a cualquiera de sus fieles. Entonces se despertaba en él el polemista atrevido, irónico, virulento, pero, cuando se trataba de él mismo, su humildad y caridad moderaban su vivacidad.

También estas mismas «inquietudes» y sus contrariedades se volvían a favor de Francisco. Solo un santo podía conducirse, en medio de estas «confusiones» con tanta ponderación, sabiduría y equilibrio. Esta reputación de santidad desbordaba incluso los límites de Saboya. El viaje de Francisco a la Franche-Comté en 1609, cuando fue allí por mandato de Pablo V para solucionar el asunto de las Salines, fue un triunfo: en Dôle, entonces la capital, en Besançon, en Baume-les-Dames, por todas partes, querían verle, escucharle predicar, confesarse con él, comulgar de sus manos. Y toda esta gente llamaban a Francisco «nuestro obispo, como si en efecto él hubiese sido su pastor».

Durante su viaje a París en 1618, las cosas fueron de distinta manera. Iglesias y monasterios se disputaron la gracia de escucharle: se dijo que en nueve meses predicó ciento setenta veces; y como su salud parecía delicada, la gente trataba de proveerse de reliquias: en los monasterios se conservaban con devoción el cuchillo, la cuchara que utilizaba para la comida y también las sábanas, los ornamentos que había utilizado para celebrar su misa. Francisco se libraba como podía de todas estas molestias... Al menos no toleraba que sus amigos tomaran parte en este concierto: «Vos no escribís (según mi deseo), escribe a la Señora de Chantal el 25 de noviembre de 1607, ni a mi madre, ni a la Señora de Charmoisy,



Casa Lambert, primera residencia del obispo Francisco de Sales en Annecy..

cuando decís: «nuestro buen y santo obispo»; porque en lugar de que esas buenas mujeres lean obispo necio, lean obispo santo. Yo sé bien que en tiempos de nuestro padre san Jerónimo se llamaba santos a todos los obispos por razón de su cargo; pero esta costumbre no es actual.» El 24 de enero de 1608, Francisco insiste: «Tengo que prohibiros la palabra santo cuando escribís sobre mí, porque, Hija mía, yo no soy santo: y tened en cuenta que la canonización no os pertenece a vos el hacerla.»

La doctrina espiritual de Francisco de Sales

Se puede rechazar sin duda como excesivos tal o tal testimonio de los primeros biógrafos de Francisco de Sales y discutir sobre su voluntad de edificación o, lo que es lo mismo, su ausencia de espíritu crítico. La cantidad de hechos y de documentos es tal, que no se puede permitir dudar de la veneración de que fue objeto durante su vida el Sr. de Ginebra.

¿A qué se debía esto? Sin duda al resplandor de su alma. Pero sería falsear su retrato espiritual encerrar su santidad en su fidelidad personal a Dios. Su santidad es una santidad apostólica. Él quiere que las gracias que le son concedidas, beneficien a toda su grey. Su reforma de vida quiere que redunde, en la medida de lo posible, en la reforma de todo su pueblo. La santidad – y diciendo esto, doy a la palabra todo su peso de gracia, – concierne a cada una de sus «ovejas».

Esta fue la maravilla de su apostolado: Francisco de Sales se atrevió, si no a conducir, al menos a orientar las almas, todas las almas que le fueron confiadas: su pueblo, su clero, sus religiosos y religiosas, sus hijos e hijas espirituales; conducirlos a todos hacia el ideal de vida que una vez había concebido como el ideal evangélico. Nadie debía permanecer al margen de este gran movimiento:

cada uno en su sitio, cada uno según su medida, su situación. su «estado», la inclinación de su gracia, pero todos debían acceder de cerca o de lejos a esta «Vida de la santa caridad» sobre la cual, desde febrero de 1602, tenía el secreto proyecto de escribir un libro, y que precisaba dos años más tarde en una carta al arzobispo de Vienne, en estos términos más claros: «Estoy pensando en un libro sobre el Amor de Dios, no para tratarlo especulativamente, sino para mostrar con él la práctica en la observancia de los mandamientos de la primera Tabla. A este le seguirá otro que mostrará la práctica del mismo amor divino en la observancia de los mandamientos de la segunda Tabla, y los dos podrán reducirse a un solo volumen más ajustado y manejable.»

La fuerza del obispo Francisco de Sales, fue disponer, desde los comienzos, de una doctrina no solamente teológica, sino espiritual, sobre la vida cristiana y de haber recibido de Dios los dones y una gracia excepcional para hacerla vivir a las almas. Sermones escritos, consejos, dirección, todo ello se dirige al corazón, porque, para él, la religión es esencialmente vida y una vida del corazón. «Dios es el Dios del corazón humano»; «entre esta divina Bondad y nuestra alma», existe una «conveniencia grande pero secreta». «A pesar de que el estado de nuestra naturaleza humana no esté dotado de la santidad y la rectitud original... y que, por el contrario, estemos gravemente corrompidos por el pecado, nos queda todavía la santa inclinación de amar a Dios sobre todas las cosas, como también la luz sobrenatural por la que conocemos que su soberana bondad es amable sobre todas las cosas.»

Esta inclinación natural «no permanece sin más en nuestros corazones: puesto que Dios se sirve de ella para poder agarrarnos más suavemente y atraernos hacia sí». Esto ya funciona en el corazón de los infieles: «¡Oh Jesús, es un placer delicioso ver cómo el amor celestial, que es el sol de las virtudes, poco a poco y con progresos que insensiblemente se hacen sensibles, va desplegando su claridad sobre un alma, y no cesa hasta que no la ha cubierto

totalmente con el esplendor de su presencia, dándole finalmente la perfecta belleza de su luz! ¡Qué enormemente bella, amable y agradable es este alba!»

Una vez expresado el acto de fe requerido para nuestra justificación, nada se opone, a no ser nuestras pasiones y nuestro apego al pecado, a que el amor divino se despliegue en nosotros en toda su plenitud. Las oraciones excepcionales y los fenómenos extraordinarios no son esenciales a la vida de caridad, sino más bien «la unión del alma con su Dios» que se obtiene en la oración y en la acción, por la perfecta conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios. El único y auténtico «éxtasis» es «el éxtasis y el arrobamiento de la vida y de la acción superándose a sí mismo y las propias inclinaciones naturales...», de este habla principalmente el gran Apóstol cuando dice: *Vivo yo, pero no vivo yo, sino que es Jesús quien vive en mi.*»

Así, a partir de las verdades más comunes de la fe y de los textos más claros del Evangelio, Francisco de Sales orienta el alma hacia la unión más profunda con Dios. «Yo predico aquí en este Adviento, escribe el 13 de diciembre de 1619, los mandamientos de Dios que ellos han deseado oír de mí, y soy maravillosamente escuchado, pero también predico con todo mi corazón, al cual os diré, mi muy querida Madre, que Dios, por su bondad infinita, le favorece mucho, dándole un gran amor por los preceptos del cristianismo; y esto como continuación de las luces que me otorga sobre su belleza y sobre el amor que todos los santos le tienen en el cielo, puesto que pienso que allí en lo alto se canta con una vida incomparable: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.*» Dios por su Creación, la Encarnación, la Redención, ha puesto todos los tesoros al alcance de los más humildes: las almas se diferencian según el amor. «El amor es el primer acto y principio de nuestra vida devota o espiritual por el cual vivimos, sentimos, nos emocionamos; y nuestra vida espiritual es como son nuestros movimientos afectivos.» Si pues, «el amor es la vida de nuestro

corazón», si la santidad no depende del estado, de la situación, de la función, menos todavía de las riquezas, la gente casada puede conseguirla como los monjes, el niño como el hombre maduro, el ignorante, el hombre rudo, igual que el teólogo, el enfermo y el impedido igual que el sano.

Aquí nace el problema que se va a imponer cada vez más al pensamiento religioso de Francisco de Sales, – un problema que hará cada día más agudos sus contactos apostólicos con las almas: la «vida de la santa caridad» puede vivirse en todos los estados de la vida: depende de la gracia que Dios conceda y de la generosidad con la que el alma corresponda a esta llamada divina. «Que Dios toque y haga sonar la cuerda que él elija de nuestro laúd, siempre conseguirá una buena armonía: Señor Jesús, sin reservas, sin si, sin pero, sin excepción, sin limitación, se haga vuestra voluntad... en todo y por todas partes...» «Yo os veo, así me lo parece, escribe a la señora de Chantal en 1607, con vuestro corazón vigoroso que ama y que quiere poderosamente. Yo le estoy agradecido : pues ¿para qué sirven esos corazones medio muertos? Pero es necesario que hagamos un ejercicio particular de querer y de amar la voluntad de Dios más vigorosamente, y aún más: más tiernamente, más amorosamente que cualquier otra cosa en el mundo.»

Como el capítulo titulado «Que la devoción es conveniente a todas las clases de vocaciones y profesiones» se encuentra en la *Introducción a la Vida Devota*, a veces se limita a esta obra el esfuerzo de Francisco de Sales para abrir a todas las almas las fuentes de la devoción. Esto es olvidar lo que él entiende por «devoción»: «La verdadera y viva devoción... no es otra cosa que un verdadero amor de Dios. En realidad, la caridad y la devoción no son entre sí más diferentes la una de la otra que la llama y el fuego, de tal manera que la caridad que es un fuego espiritual, cuando es muy intensa, se llama devoción. La devoción no añade al fuego de la caridad otra cosa que la llama que hace que la caridad sea pronta, activa y diligente, no solamente para la observancia de los mandamien-

tos de Dios, sino para el ejercicio de los consejos e inspiraciones celestiales.» La diferencia entre las fechas de aparición de la *Introducción* y el *Tratado del Amor de Dios*, no significa nada, y menos todavía la diferencia de situación entre Filotea y Teótimo. ¿La idea del *Tratado* no es incluso anterior a la de la *Introducción*? En uno y otro libro se formula la misma doctrina espiritual, la misma que en los *Sermones*, y que en los otros libros o proyectos de libros y toda la *Correspondencia* de dirección: Francisco podría decir a todas las almas lo que escribía un día a la Madre Angélica Arnauld: «Mi corazón... no para de formular deseos para vuestro progreso en el puro y valiente, pero humilde y dulce amor divino.» Francisco quisiera introducir todas las almas en «la eterna libertad del amor».

El deber episcopal de predicar

«¡Ah, Monseñor! Por poco que amen a Dios los que son de nuestro oficio, están siempre dispuestos a hablar de su amor», habría declarado Francisco de Sales a Monseñor Jean Geoffroy Ginod, obispo de Belley que, en 1603, un tiempo después de su consagración, le había hecho predicar en su catedral; y, después del sermón, «casi toda la noble asamblea (pues asistía al sermón el duque de Bellegarde con su corte) se confesó con el siervo de Dios y en su misa del lunes quiso comulgar de sus manos» Esta sencilla anécdota podría resumir todo el esfuerzo pastoral de Francisco de Sales convertido en obispo de Ginebra: predicar, para conducir las almas a una vida eucarística fervorosa y a la unión con Dios, por medio de la confesión.

¡Predicar!. Francisco a quien le gusta predicar, siempre, no tiene ningún reparo en hacer suya la consigna del Concilio de Trento: predicar es el deber principal del obispo. Escribiendo el 3 de junio de 1603 al señor de Revol que pronto va a ser consagrado obispo,

le aconseja: «De todos modos debéis tomar la resolución de predicar a vuestro pueblo. El muy santo Concilio de Trento, después de todos los Antiguos, ha determinado que «el primer y principal oficio del obispo es el de predicar»; y no os dejéis llevar por una consideración que os pueda apartar de esta resolución. No lo hagáis para convertirlos en un gran predicador, sino sencillamente porque es vuestro deber y Dios lo quiere. El sermón paternal de un obispo vale más que todos los artificios de los sermones elaborados por los predicadores de otros asuntos.

Hacen falta pocas cosas a un obispo para predicar bien, pues sus sermones deben ser sobre temas necesarios y útiles, no curiosos ni rebuscados; sus palabras han de ser sencillas y no afectadas; su acción ha de ser paternal y natural, sin arte ni escrúpulos, y por breve que él sea, y por poco que diga, siempre será mucho.» Anotemos que la fecha es en 1603, y Francisco está en los comienzos de su tarea de obispo.

Un año más tarde, se le presenta una ocasión de precisar y desarrollar sus ideas. Monseñor Frémyot, en la víspera de la entrada solemne en su ciudad de Bourges, y que tiene dudas de utilizar un púlpito en la que su predecesor ha brillado, solicitó a Francisco algunos consejos sobre la predicación. El 5 de octubre, Francisco, de descanso en Sales, «dejando correr la pluma y sin palabras rebuscadas ni artificios», le escribe una larga carta que es al mismo tiempo una obra maestra y una confidencia. Dejemos de un lado lo que concierne a la técnica de la elocuencia sagrada – que es verdaderamente excelente –; y no retengamos más que el aspecto apostólico: «Nadie debe predicar si no tiene tres condiciones: una vida buena, una buena doctrina que transmitir y una legítima misión.» Por lo que se refiere a la misión, Francisco acentúa que «los obispos tienen no solamente la misión, sino que tienen ahí «las fuentes de su ministerio». Francisco insiste en la santidad de vida y llega hasta aconsejar: «A fin de cuentas, jamás se debe predicar sin haber celebrado la misa o quererla celebrar... Es una cosa cierta que Nuestro

Señor, al permanecer en nosotros, nos da claridad, pues él es la luz».

Tras este preámbulo, Francisco plantea la cuestión: «¿cuál es el fin del predicador con la acción de predicar?» He aquí su magnífica respuesta: «Su intención ha de ser hacer lo que Nuestro Señor hizo al venir a este mundo; y el mismo Señor lo dijo: Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. El fin del predicador es que los pecadores muertos por la iniquidad, vivan por la justicia y que los justos que poseen la vida espiritual, la posean todavía con más abundancia, perfeccionándose más y más». Los modelos de predicador son los Apóstoles en el día de Pentecostés: enseñan y conmueven. ¿Qué hay que predicar? «La palabra de Dios... ¿Hay que servirse de doctores cristianos y de libros de santos? Ciertamente que sí, pero la doctrina de los Padres de la Iglesia es la explicación del Evangelio y la exposición de la Sagrada Escritura. Entre la Sagrada Escritura y la doctrina de los Padres hay la misma diferencia que entre una almendra entera y una almendra partida, cuyo núcleo puede ser comido por todos... Los pasajes de la Escritura... tienen de verdad el primer puesto y constituyen la base del edificio: nosotros predicamos la palabra y nuestra doctrina reposa en la autoridad. Ipse dixit...»

Después de haber hablado largamente del método de presentación y composición, Francisco llega a un punto «en el que desea más atención que en otros». Se trata del arte de «decir»: «¿Cómo hay que hablar en la predicación? Hay que huir del *quanquam* y de los largos períodos de los pedantes, de sus gestos, de sus caras, de sus movimientos: todo esto es la peste de la predicación. Es necesaria una acción libre, noble, generosa, ingenua, fuerte y santa, grave y un poco lenta. Pero ¿qué hace falta para ello? En una palabra, hay que hablar afectuosamente, devotamente, sencilla y cándidamente, y tener confianza; poseer bien la doctrina que se enseña y de la que se quiere persuadir a los demás. El soberano artífice es no tener nada de artífice. Es necesario que nuestras palabras sean encendi-

das, no por gritos y acciones desmesuradas, sino por el afecto interior; es necesario que salgan del corazón más que de la boca. Hay un dicho que dice que el corazón habla al corazón mientras que la lengua habla a las orejas».

Así fluyen de su pluma los consejos de experiencia: «Me gusta la predicación que experimenta más el amor del prójimo que la indignación, por ejemplo con los hugonotes, a los que hay que tratar con una gran compasión, no halagándolos por ello, sino deplorándolo... La predicación es la publicación y declaración de la voluntad de Dios hecha a los hombres por aquel que es enviado legítimamente, para instruirlos y motivarlos a servir a su divina Majestad en este mundo, y ser así salvados en el otro...» Y Francisco anima a este joven obispo, que es un poco tímido: «Predicad con frecuencia... Dios lo quiere y los hombres lo esperan; ¡es la gloria de Dios, es vuestra salvación! Hacedlo con atrevimiento, señor, y con ánimo, por el amor de Dios... Nada hay imposible para el amor. Nuestro Señor no preguntó a san Pedro: ¿Eres atrevido y elocuente?, sino que le dijo: *Pasce oves meas*; y le preguntó: *Amas me?* Basta amar mucho para hablar bien.

Y el último consejo que le da antes de concluir la carta: «Vuestro pueblo os espera para veros y ser visto por vos... Qué edificados quedarán cuando os vean con frecuencia celebrar el sacrificio por su salvación; con vuestros párrocos, tratad de edificarlos, y de que desde el púlpito hablen de la palabra de reconciliación, ¡y que prediquen!»

En esta carta encontramos todo el corazón pastoral de Francisco. Ella levanta el asombro que nosotros experimentamos hoy al leer lo que queda de los Sermones: ¿cómo podían atraer a las muchedumbres y estremecer tan profundamente las almas, estos esquemas, o estos textos elaborados, cuya sequedad nos desconcierta? Depende del hecho de que les falta lo que constituía en gran manera el poder, la emoción, el calor del alma a penas sale de la oración, el tono del amor. «Los demás predicadores, decía un día la duquesa de Mon-

tpensier, se andan por las nubes, pero este orador del santo amor, atrapa su presa, toca el corazón y se apodera de él.»

Orador del santo amor: esta palabra caracteriza perfectamente el don de la elocuencia de Francisco. Este don es una gracia, buscada y recibida en la oración. «Yo no puedo hablar de Dios sin emoción», le confía Francisco un día a un sacerdote después del sermón. «He subido todo alegre, como un pajarillo a mi púlpito, en el que he cantado más alegre que de ordinario en honor de este gran Dios», escribe a la señora de Chantal, el 8 de diciembre de 1617. Todo sermón es para él, según su propia expresión, «un sermón de amor»: adora predicar ante pocos oyentes, familiares, con los que «tiene toda la comodidad de dar rienda suelta a sus pobres y menudos afectos». Cuando tras la cuaresma de Dijon, en 1604, los regidores municipales le presentaron, como muestra de agradecimiento, un servicio de vajilla en plata dorada, y un anillo adornado con un bello zafiro, respondió gentilmente «que no vendía la palabra de Dios y que no quería nada más que su corazón». San Vicente de Paúl encontrará la fórmula más perfecta para definir a Francisco de Sales como predicador: le llama un «evangelio parlante».

Cuaresmas y catecismos

La más útil de sus predicaciones, es para Francisco la cuaresma que predica a su pueblo o cuando es invitado a predicar en otras diócesis. «Sabéis bien, escribe a la Señora de Chantal, que la cuaresma es la cosecha de las almas... La cuaresma es el otoño de la vida espiritual en el que se deben recoger los frutos y reservarlos para todo el año.»

La primera idea que Francisco tiene de la cuaresma, es la idea litúrgica: la cuaresma es, a sus ojos, el tiempo por excelencia de la conversión de los pecadores, y de la santificación de las almas.

«Predicar la cuaresma completamente, no es solo subir «con frecuencia al púlpito, pronunciar hasta cinco o seis sermones en el mismo día; es también encerrarse largas horas en el confesionario, acoger a unos y otros en entrevistas personales, instruir, dar catecismo, reconciliar... Teme los días de carnales, «ese invierno que conduce a la carne y enflaquece las almas, que...languidece los corazones, que... produce este desgraciado diluvio de placeres indignos. ¡Ah! ¡que pase rápido este tiempo de la carne!» Pero el carnaval va seguido de la cuaresma. «¡Ven, ven, ven!, tiempo favorable; ¡venid, días de salvación!» Francisco se prepara a estas cuaresmas con la oración y la penitencia. Y en esta ocasión, no duda en prepararse con un retiro.

Así lo hace en 1606. «Ha llegado el día de decirnos adiós, teniendo que partir mañana de buena hora para ir a Chambéry, donde el Padre Rector de los Jesuitas (era el Padre Fournier) me espera para recibirme durante estos cinco o seis días de cuaresma que me he reservado para calmar mi pobre espíritu azotado por tantos asuntos... Con esto me propongo, Hija mía, revisarme totalmente y poner todas las piezas de mi corazón en su sitio, con la ayuda de este buen Padre que se interesa apasionadamente por mí y por mi bien.» Y así afrontaba su auditorio, con el corazón lleno de «mil deseos buenos de bien servir al divino amor».

Vamos a abrir aquí un corto paréntesis, pues nada se parece tanto a las cuaresmas de Francisco de Sales, como otro ministerio que le preocupaba mucho, y en primer lugar, porque estaba prescrito por el Concilio de Trento: se trata de los catecismos. En el catecismo como en cuaresma, Francisco pone toda su alma. Desde el invierno de 1603, él, el obispo, no tiene miedo de inaugurar en Annecy, esta enseñanza de la doctrina cristiana a los niños. Primero en la iglesia de Nuestra Señora. De aquí se pasa pronto a la iglesia de Santo Domingo. Los padres se unen a los niños y muchos adultos «que desean ser instruídos». De esta manera, «se dividió a la gente en tres grupos, según el sexo y la edad».

Nada nos puede revelar de un modo más vivo con qué conocimiento del alma infantil o popular conducía sus reuniones Francisco de Sales, que estos fragmentos de una carta del 11 de febrero de 1607 a la Señora de Chantal. En primer lugar, mostramos el aspecto serio: «Apruebo verdaderamente mucho, que seáis maestra de escuela. Le agradará mucho a Dios, ya que él ama a los niños; y como yo decía el otro día en el catecismo para incitar a nuestras señoras a cuidar de sus hijas, los ángeles de los niños aman con un amor particular a quienes les educan en el amor de Dios e inculcan en sus tiernas almas la santa devoción».

En segundo lugar mostramos la gracia y la distensión: «acabo de tener el catecismo en el que con nuestros niños, hemos hecho reír un poco a los asistentes, burlándonos de las máscaras y los bailes en un momento de buen humor, y un gran número del auditorio me invitaba con sus aplausos a continuar haciendo de niño con los niños. Me dicen que me sienta bien, y yo lo creo. ¡Que Dios me haga verdaderamente niño en inocencia y sencillez!»

Este ministerio del catecismo permanecerá siempre muy querido al corazón de Francisco de Sales: durante sus cuaresmas, y nosotros lo veremos, en el transcurso de las visitas a las parroquias, le gusta reunir a los niños y enseñarles la doctrina sencilla. Con este fin utiliza el catecismo de Belarmino, pero, como se encuentra con unos oyentes demasiado sencillos para comprenderlo, crea él mismo preguntas y respuestas y las distribuye a cada uno en pequeñas hojas manuscritas; Sin duda ninguna que el precioso fragmento titulado: «Reglamentos para la enseñanza del catecismo», data de octubre 1603 y está destinado a los párrocos de la diócesis. Durante su pontificado, Francisco estimulará en este punto el celo de sus sacerdotes.

La visita de la diócesis

Una de las tareas que el Concilio de Trento recomendaba, e incluso imponía a los obispos, era la de hacer la visita de su diócesis, parroquia tras parroquia. Esta tarea Francisco de Sales la deseaba y la temía a la vez. «Voy a hacer esta bendita visita, escribe a la baronesa de Chantal, en la que veo en cada lugar cruces de todas las clases. Mi carne tiembla, pero mi corazón las adora. Sí os saludo, pequeñas y grandes cruces, espirituales o temporales, exteriores o interiores; os saludo y beso vuestro pie, indigno del honor de vuestra sombra.»³⁷

Esta carta data de comienzos de octubre de 1605: Hasta este momento, Francisco había sido retenido en Annecy «por un montón de asuntos calientes», y por una crisis de salud. La debilidad de su salud es una de estas cruces que se perfilan en su camino. Tanto más que viajará a caballo o incluso a pie, si el suelo lo exige, ya que el país es duro! Francisco hablará en una carta de agosto de 1606, de los «montes horrorosos (de Chamonix) completamente cubiertos de una capa espesa de hielo de diez o doce centímetros». «La diócesis de Ginebra, así la describe Carlos Augusto de Sales, es muy grande y poblada, casi toda ella coronada de altas montañas, (si se exceptúan el Chablais, Gex, Ternier y una parte del Genevois y de la Saboya), de muy difícil acceso, principalmente en las parroquias de las montañas y muy diversas en su temperatura, pues en unas el invierno es casi eterno y en otras los calores son extremos: por eso, el buen obispo estaba muy preocupado.»

Partió, pues, el 15 de octubre de 1605. Habida cuenta de los indispensable retornos y permanencias en Annecy, esta visita se extenderá a lo largo de cuatro años. En muchos lugares, Francisco se encuentra con los protestantes o con las ruinas que han dejado:

37 *Oeuvres*, T. XIII, p. 113. Será lo mismo en su segunda partida en junio de 1606, Cf. Mismo tomo, p. 199.

RITVALE
SACRAMENTORVM
AD PRÆSCRIPTVM

SANCTÆ ROMANÆ

ECCLESIAE IVSSV REVERENDISSIMI

Patris Francisci de Sales Episcopi &
 Principis Gebennensis editum, ad
 vsum Ecclesiæ & Diœcesis
 Gebennensis,

*IN QVO NON TANTVM RITVS,
 sed etiam canones ac regula sacramentorum ritè
 administrandorum, aliq, plurima documenta
 ad munus pastorale rectè obeundum,
 continentur.*



LVGDVNÌ,
 Apud **IOANNEM CHARVET,**

1612.

Cum privilegio Regi.

Portada del Rituale, publicado por Francisco de Sales en 1612.

se mezclan las alegrías con las penas; tan pronto se alegra de constatar o de recibir conversiones, como se siente desolado de chocar con la dureza de las almas y con los miles impedimentos que suscitan los ministros. Sin embargo, la visita a su Chablais le consoló: «En lugar de encontrar allí (como hace once años) nada más que cien católicos, esta vez no he encontrado más que cien hugonotes.» Pero la relación que Francisco envía al Papa Pablo V sobre el estado de la diócesis en noviembre de 1606, es mucho menos optimista :, porque ciento treinta parroquias están: «una parte bajo el dominio tiránico de Berna, otra parte bajo el gobierno del Rey Muy Cristiano»... «Respecto a las que están ocupadas por los Berneses, no hay nada que esperar hasta que la ciudad de Berna sea llamada al orden.» Respecto a las demás, el rey «ordena siempre que hay que esperar... Pero mis ojos comienzan a cansarse de esperar su palabra y dicen: ¿cuándo me proporcionará un consuelo?»

Por el contrario, en las 450 parroquias católicas, Francisco experimenta muchos consuelos, a pesar de los contratiempos, y el amor de su pueblo le reconforta: «Querida hija, escribe a la señora de Chantal el 2 de octubre de 1606, ¡qué buen pueblo he encontrado en las altas montañas! ¡Qué honor, qué acogida, qué veneración a su obispo! Antes de ayer, llegué a esa pequeña ciudad (Bonnevillle) de noche; pero los habitantes habían preparado tantas luces, tantas fiestas, que todo parecía de día. ¡Bien que merecen otro obispo!»

Es cierto que él mismo no ahorra con su pueblo ni su tiempo ni sus fuerzas. «Predicaba y daba catecismo y no dejaba de visitar ni la más mínima capilla; administraba el sacramento de la confirmación, atendía las confesiones y llevaba con sus propias manos la sagrada comunión a sus parroquianos; atendía las quejas de cada uno con una gran paciencia y ordenaba prudentemente lo que pensaba que era necesario; se informaba de los excesos del personal eclesiástico y de los seculares, de los pecados públicos, y los corregía cuando era necesario, con una severidad muy bien mezclada de su dulzura natural, etc., etc.» Administración temporal,

reconciliaciones, procesos y controversias, nada era omitido para que después de la visita, almas y asuntos se quedaran en paz. «Al final, Francisco era ese buen pastor y obispo que entregaba su alma por sus ovejas.»

Solamente cuando volvía de sus visitas, le invadía una gran necesidad de descanso y de retiro espiritual. «Regresé aquí el sábado por la noche, escribe el 30 de noviembre de 1605, después de haber recorrido los campos durante seis semanas, sin parar en ninguna parte, salvo como mucho una media jornada. He predicado ordinariamente todos los días, y con frecuencia dos veces al día. ¡Qué bueno ha sido Dios conmigo! Jamás he estado tan fuerte. Todas las cruces que había previsto, al afrontarlas, se han convertido en olivos y palmeras; todo lo que me parecía amargura, se ha convertido en miel, o poco menos. Solamente puedo decir con verdad que, quitando las horas de camino a caballo o en alguna vigilia por la noche, no he tenido el placer de pensar en mí y considerar el estado de mi corazón, pues las ocupaciones importantes se seguían unas a otras. He confirmado un número incontable de personas.»

De ese modo, entre el obispo y su pueblo se han tejido lazos cada vez más íntimos:³⁸ el corazón de su pueblo está cada vez más «enamorado» de su pastor, y este declara: «Me siento un poco más enamorado de las almas que de ordinario... El corazón de mi pueblo es casi todo mío ahora.» Durante este tiempo, el rey Enrique IV se obstina en querer llevarlo a Francia, y prepararle nuevos honores, títulos, cargos – «Se habla de engrandecerme» –, lo cual no le cae bien. Lo que «entristece» a Francisco, es que se le proponen estos cambios «con el título para mayor gloria de Dios y del servicio a la Iglesia». Francisco no disimula que tiene «una especial inclinación» por Francia, «en la que ha sido alimentado», pero, salvo por

38 Un ejemplo entre otros muchos: la reacción con respecto a un cardenal, cuando en 1608 se acusó a sus Saboyardos de leer libros heréticos. *Oeuvres*, T. XIV, pp. 42-43.

orden formal del Papa, prefiere su querida Saboya: «es verdad que estoy en mi país y entre los míos, con una cierta suficiencia que me basta y, lo que me es más querido, con un descanso lo más amplio que me pueda permitir mi cargo y que me parece bastante seguro.» En aquel tiempo, hablando de su diócesis, decía en términos femeninos y con cierto agrado: «Mi pobre mujer me da compasión y puesto que no puedo abandonarla sin que sufra mil incomodidades y que Dios quiere que me una a ella, ¡me tiene aquí encadenado!» Y con cierto humor dice: Es un amor profundo el que se esconde debajo.

8. LA REFORMA DEL CLERO Y DE LOS RELIGIOSOS

Francisco de Sales y sus sacerdotes

Francisco dedica la mejor de sus solicitudes a sus sacerdotes. Puesto que en la *Correspondencia* que nos ha sido conservada, las cartas a eclesiásticos ordinarios son muy raras (a parte de las cartas al señor de Bérulle antes de su elevación al cardenalato), y las cartas a sacerdotes saboyardos casi ausentes, no se puede concluir de todo ello que su clero fue para el Señor de Ginebra, menos interesante que sus amigos, que sus hijos e hijas espirituales y que los grandes personajes con los que se se comunica. Todo el movimiento de su pensamiento y de su acción va en sentido inverso de esta opinión: Francisco de Sales sabe que, si en la reforma de una diócesis, la conversión del obispo tiene que ser la primera, después no hay nada más urgente que una sincera y profunda conversión del clero.

Durante los años en que fue «párroco de Thonon», – ¡párroco sin iglesia ni canonjía, ni vicario! – vio muy de cerca y experimentó con su sensibilidad y en su propia carne, la virtud, el celo y la gracia que la vida pastoral exige al sacerdote, por no tener un clero fervoroso. Por otra parte, hace suyas, también en este punto, las directrices del Concilio de Trento: si el obispo tiene por excelencia la misión de predicar, sus sacerdotes son los «riachuelos» de esa «fuente ministerial»: la gracia de la consagración episcopal pasa por la gracia de la ordenación sacerdotal. Una palabra de paso quizá nos puede aclarar el sentimiento de Francisco sobre sus sacerdotes: escribe a Monseñor Fremyot: «Cómo será edificado (vuestro pueblo) cuando os vea... con vuestros párrocos tratar sobre el tema de su edificación.» En términos claros, esto significa

que el sacerdote, y particularmente el cura de parroquia, participa muy de cerca de la misma misión del obispo, y por tanto, en su vocación y en su gracia.

Dicho esto, el problema concreto para Francisco estaba en asegurar la calidad de este clero. Quería que el sacerdote fuera instruido y de buenas costumbres; sabía por experiencia, que los mejores aliados del calvinismo eran la ignorancia y la mala conducta de ciertos eclesiásticos. Su celo por su clero consistió pues, y en primer lugar, en esforzarse por santificarlo y por instruirlo. Es lamentable que el texto que vamos a citar no presenta todas las garantías críticas de autenticidad, pues expresa con toda seguridad el pensamiento de Francisco de Sales: «Los buenos párrocos no son menos necesarios que los buenos obispos, y los obispos trabajan en vano, si no cuidan de proveer sus iglesias parroquiales de párrocos devotos, de vida ejemplar y de suficiente doctrina, porque son los pastores inmediatos, los que tienen que ir *delante de sus ovejas*, enseñarles el camino del cielo y darles el ejemplo que deben seguir. La experiencia me hace saber que el pueblo se entrega fácilmente a los ejercicios de devoción, cuando tiene personas eclesiásticas que, con la palabra de Dios y el buen ejemplo, le llevan a huir del vicio y abrazar la virtud; y que, por el contrario, el populacho se apartaba muy fácilmente de la práctica de las virtudes cristianas cuando sus sacerdotes eran ignorantes, poco preocupados por la salvación de las almas y llevaban una mala vida».³⁹ No se trata de que la diócesis posea muchos eclesiásticos, «muy recomendables», sino que Francisco habría deseado que todos lo fuesen y no solamente muchos.

En esta reforma del clero, Francisco de Sales se apoya en algunos principios constantes, cuya puesta en práctica cuidaba con firmeza.

En primer lugar, Francisco se esfuerza por la creación de un seminario en el que serían instruidos y formados los numerosos candidatos que se presentaban a las Órdenes cada año: el destino

39 Cf. *Oeuvres*, T. XIII, pp. 400-401.

espiritual de la diócesis se juega en el valor del seminario. Aquí está la paradoja: Hay en la diócesis del señor de Ginebra, abundancia de candidatos y el clero es, en su conjunto, mediocre. En menos de dos años, 1605 y 1606, Francisco concederá la tonsura a más de 570 jóvenes en el transcurso de sus visitas. En sus veinte años de episcopado, los archivos indican que ordenó alrededor de 900 sacerdotes, ¡más de 40 de media por año! Los candidatos no faltan, pero hay que formarlos.

Francisco vuelve con frecuencia a esta urgencia; un documento resume de maravilla su pensamiento; es el informe de 1606 sobre el estado de la diócesis de Ginebra. «No hay ninguna diócesis en el mundo que necesite con más urgencia un seminario para los clérigos, que la de Ginebra. Sin embargo, hasta aquí se ha trabajado en vano en su fundación. La renta episcopal, efectivamente, es demasiado débil como para que se pueda reservar algo; la renta capitular es muy pobre y no basta para alimentar a los canónigos, como igualmente la de las demás iglesias colegiales. En cuanto a las abadías y los prioratos, aunque ricos, no se puede tocar absolutamente nada, porque los que los tienen, los tienen bien restringidos y con mucha frecuencia, estos beneficios son insuficientes para pagar las diversas pensiones que le son impuestas. Si no obstante, la Sede Apostólica, con su suprema autoridad, destinase a la erección del seminario algunos prioratos rurales, tan pronto como quedasen vacantes, sin duda que el asunto tendría buen éxito. Por tanto, es necesario absolutamente que esto se lleve a cabo, sea de esta manera, sea por una contribución general del clero.» Hasta el final de su vida, Francisco luchará con empeño para realizar su deseo. Fracasará, pero sus sucesores recogerán el fruto de su tenacidad.

Francisco de Sales no esperó apenas nada, después de su consagración episcopal, para ponerse en contacto con su clero. Desde el 11 de agosto de 1603, convocaba «a todos los eclesiásticos de la diócesis», a un sínodo que se tendría en Annecy el 2 de octubre.

Los Archivos nos han conservado varias *Constituciones y Ordenanzas* de los sínodos que tuvo Francisco con su clero en el transcurso de su episcopado: estos textos jurídicos son ciertamente austeros, pero revelan todos la preocupación que anima a Francisco de hacer de todos sus sacerdotes, hombres instruidos y de buenas costumbres. Un artículo de las Ordenanzas de 1617 es característico de este esfuerzo tenaz y paciente: «Estos que, de ahora en adelante, quieran ser promovidos a las Órdenes sagradas... estarán obligados a ejercitarse en las Órdenes que tienen y de aportar el certificado de sus párrocos por escrito, como también el de su edad y buenas costumbres; Los señores párrocos son aconsejados y conjurados por parte del Juez eterno, a ser muy conscientes y veraces.»

Entre las actas de la administración episcopal, otros documentos revelan, más aún que los textos del sínodo, su preocupación pastoral por sus sacerdotes. En primer lugar, el reglamento para la enseñanza del catecismo, del que ya hemos hablado. Después el *Memorial para los Confesores*, con el cual Francisco pone a disposición de todos sus sacerdotes su amplia experiencia personal del confesionario: «Recordad que los pobres penitentes os llaman *Padre* y que efectivamente debéis tener un corazón paternal hacia ellos, acogerlos con un amor extremo, soportando con paciencia su rusticidad, ignorancia, falta de inteligencia, tardanza y otras imperfecciones, no dejando nunca de ayudarlos y socorrer mientras que haya alguna esperanza de corrección en ellos... Los pastores no tienen a su cargo las almas fuertes, sino las imperfectas y débiles»... Además trata de definir las disposiciones apostólicas de los sacerdotes en este ministerio propiamente divino: «Que vuestra conciencia sea muy clara y pura... Tened un ardiente deseo de la salvación de las almas... Tened la prudencia del médico,... Sobre todo, sed caritativos y discretos... Cuando encontréis personas que, están excesivamente atormentadas y amargadas en sus conciencias, por haber cometido pecados enormes, debéis por todos los medios levantarlas y consolarlas, asegurándoles la gran misericor-

dia de Dios, que es infinitamente más grande para perdonarlas, que todos los pecados del mundo para condenarlas, y prometedles vuestra ayuda en todo lo que tengan necesidad de vosotros para la salvación de sus almas.»... «La piedra de toque de un perfecto confesor, dice en otro fragmento, es que sea misericordioso con el vicio del otro, e implacable con el suyo propio.»

Francisco no tarda mucho en reeditar otro documento significativo para sus sacerdotes: se trata de una «exhortación para que se dediquen al estudio»: «La ciencia, se atreve a decir, es el octavo sacramento de la jerarquía eclesiástica... La ignorancia es peor que la malicia... Por esto justamente nos ha sorprendido nuestra miserable Ginebra, cuando percibiendo nuestra ociosidad, que no estábamos vigilantes y que nos contentábamos con rezar simplemente nuestro breviario, sin pensar en hacernos más sabios, engañaron la sencillez de nuestros padres y de aquellos que nos han precedido, haciéndoles creer que hasta entonces no habían entendido nada de las Sagrada Escritura.»

Así es como el señor de Ginebra hacía «penetrar» su propia reforma hasta el espíritu y el corazón de sus sacerdotes, para que por medio de ellos llegara la reforma a toda la diócesis.

Hay otra iniciativa que le preocupaba mucho y de la cual esperaba que sería para sus sacerdotes una fuente de santidad de vida y de celo misionero: la *Santa Casa* de Thonon, o más precisamente su «presbiterio», es decir, este grupo de siete sacerdotes que, bajo la autoridad de un prefecto, dirigía y animaba las obras de la Santa Casa. Digamos enseguida que si algunas de estas obras conocieron después de la muerte de Francisco un éxito real, la Santa Casa no supuso para él mientras vivía, nada más que preocupaciones y tribulaciones. La falta casi total de recursos financieros impidió el desarrollo de la Institución: mas que vivir, fue tirando hasta tal punto, que Francisco tuvo que mendigar y pedir limosna para ella hasta el final. Y sin embargo, ¡qué grandes esperanzas había puesto Francisco en este presbiterio! ¿No vió en él una fórmula de comu-



Juana-Francisca Frémyot de Chantal
(retrato de la Maison de la Galerie).

nidad sacerdotal, de centro misionero que podría algún día servir de modelo de «colegiata secular» para las parroquias de la diócesis? Quizá era soñar algo demasiado bello y demasiado prematuro. Pero es interesante ver surgir ya en esta época una tentativa por adaptar la vida de un grupo de sacerdotes a la tarea misionera que se le confiaba.

La reforma de las abadías

¡Maldito dinero! Cuando Francisco visitó su diócesis, se enfrentó a este problema por todas partes. Entre los párrocos y vicarios no encontró ciertamente muchos «muy recomendables». Pero de muchos habría podido decir lo mismo que escribía de un sacerdote en el año 1600 a Monseñor Riccardi: «vive con gran pobreza, casi pasando hambre», y también: «No tenemos ningún medio de procurar a estos hombres de gran mérito un alojamiento apropiado a su condición y a su oficio.» Y, sin embargo, el dinero no faltaba en Saboya, a pesar de las expoliaciones de los protestantes...

Aquí tocamos uno de los puntos más delicados del episcopado de Francisco de Sales. Abordémoslo con la misma franqueza que él mismo en su relación de 1606. «Los diezmos que se reciben cada año, declaraba a Pablo V, bastarían para mantener las parroquias y a los pastores. Lo que impide que esto se realice es lo siguiente: casi siempre, los diezmos de los lugares en cuestión, pertenecen a los abades y a los monasterios».

Y en este texto completamente jurídico, Francisco cuenta el hecho siguiente: «He visto con mis propios ojos y visitado una parroquia situada en una alta montaña, donde nadie puede llegar si no es escalando con pies y manos, y distante de la iglesia más cercana unas seis millas italianas (*alrededor de 9 kms*). Solo un párroco atendía las dos iglesias y celebraba la misa en los días de

fiesta en una y otra iglesia; no necesito señalar la fatiga, el peligro, los inconvenientes, sobre todo en invierno, cuando todo está cubierto de hielo y nieve en esos parajes. Desde que llegué, todo el mundo, hombres y mujeres, del primero al último del país, se quejaba a gritos: «¿Cómo es posible que respetemos todos los derechos eclesiásticos, que paguemos los diezmos y primicias, y que no se nos conceda ningún párroco?... De hecho, todo fue recogido por el abad más cercano. Todo efectivamente era para el abad más próximo.»

¡Ojalá que, al menos las abadías y los monasterios cumplieren en la Iglesia «la misión» para la que fueron fundados en un principio! Francisco de Sales, que tiene en alta estima los votos religiosos, y que recibe de muchos Superiores Generales de Órdenes (Cartujos, Dominicos, Barnabitas, Capuchinos, etc...) «cartas de filiación», que le hacen partícipe de los méritos y de las buenas obras de estas grandes familias religiosas, a él que trabajó por introducir en Francia a los Carmelitas de Teresa de Ávila y fundó las Visitación, se ve forzado a proclamar la terrible relajación de muchos monasterios saboyardos y de llegar a emplear con ellos medidas muy severas. Su correspondencia se ve toda ella entristecida por esta decadencia de aquellos y aquellas que deberían ser, en el seno del pueblo cristiano, todo lo contrario, como lugares de santidad, de pobreza, de caridad: Francisco evalúa el daño causado a la Iglesia de Dios por este estado de cosas.

En la carta que dirige a finales del año 1603 al nuncio Tolosa, escribe estas severas líneas: «Es cierto que la relajación de todos los monasterios de Saboya, excepto los de los Cartujos⁴⁰ es tan empedernida, que no bastaría para sanearla un remedio ordinario. Para tener éxito, haría falta un reformador de gran autoridad y prudencia, provisto de amplísimos poderes que utilizara según las ocasio-

40 Francisco, de hecho, exceptúa también a los «Mendicantes». es decir, a los Capuchinos: cf. La cita siguiente, *Oeuvres*, T. XXIII, p. 325.

nes; yo diría que no solo amplísimos, sino absolutos y sin réplica, pues los monjes son muy experimentados y hábiles en el enredo. Y para privarlos de todos los medios para escapar de la reforma, haría falta que Su Alteza Serenísima hiciese intervenir en este asunto a su Senado de Saboya, pues sin su intervención no se obtendría nada.»

En la relación de noviembre de 1606 a Pablo V, Francisco concede un lugar importante a esta dificultad. «Es sorprendente ver hasta qué punto la disciplina regular se ve anulada por todas partes en las abadías y prioratos de esta diócesis (Exceptúo a los Cartujos y a los Mendicantes). En los demás, *el dinero se ha transformado en escoria y el vino ha sido mezclado con agua, peor todavía, se ha convertido en veneno. De este modo hacen blasfemar a los enemigos de Dios, que dicen cada día: ¿Dónde está el Dios de estas gentes?...* Las puertas de los monasterios de las hermanas Cistercienses están abiertas a todos, a las monjas para salir y a los hombres para entrar.»

Francisco propone unos remedios a estos males en el mismo documento: «Se puede remediar este mal, bien enviando personas mejores de otras Órdenes, bien haciendo visitas anuales y empleando medios coercitivos, o bien reemplazando a los religiosos por canónigos seculares.» Vemos aquí cómo reaparece el hombre espiritual bajo el jurista: «El segundo remedio es muy difícil y muy incierto, puesto que lo que se obtiene por la fuerza es casi inexistente.» Se podría hacer una encuesta sobre el Francisco de Sales reformador de abadías y monasterios: y no sería en ese tipo de empresas donde se descubriría al menos grande ni al menos espiritual: en este estudio, la historia de la reforma del priorato benedictino de Talloires proporcionaría ella sola un capítulo luminoso...

Estas dificultades influenciaron fuertemente el pensamiento religioso de Francisco de Sales: ¿se podía ser monje y «no conservar de monje nada más que el hábito»? ¿Una regla tan contemplativa y tan austera como la regla cisterciense no protegía contra los relajamientos? ¿Los votos de religión, la clausura, los superiores,

no bastaban para asegurar la santidad? ¿Se podía pertenecer a Dios y apartar las almas de Dios?... ¿Dónde estaba el secreto de la verdadera vida devota?

El amigo de las almas y la Introducción a la Vida Devota

Ahora bien, como contraste, sus contactos con su pueblo le prueban que existen entre las gentes más sencillas, como entre las gentes del mundo, unas «almas bellas» que, a través de su sencillo deber cotidiano, se adhieren a Dios y brillan por su caridad. Francisco lo había constatado durante el tiempo de su juventud, hasta en su entorno familiar. Las había conocido en el transcurso de sus largas permanencias en el confesionario. Las había encontrado en París, en el círculo de la Señora Acarie, y en la misma Señora Acarie. Las había descubierto en el corazón mismo de la hereje Ginebra, como en la desconcertante sirvienta del albergue, Jacqueline Coste, de la cual hará la primera hermana tornera de la Visitación. En fin, las ve mucho en el fondo de los pueblos más humildes, mientras que visita su diócesis: «A Dios, escribe preciosamente Francisco después de la visita de 1606... yo le he encontrado lleno de dulzura y de suavidad entre nuestras más altas y ásperas montañas, donde muchas almas sencillas le amaban y adoraban con toda verdad y sinceridad, y los corzos y gamos corrían aquí y allá entre los tremendos hielos para anunciar sus alabanzas.» Y, un día, se excusa ante una noble dama que se impacientaba un poco esperando que él acabase de entrevistarse con una mujer del pueblo: «Hija mía, amo mucho a estos pobres aldeanos: ¡Hay almas tan buenas, tan sencillas, tan llenas del temor de Dios!» Incluso entre los prisioneros, algunos de los cuales suplicaban a Francisco que les acompañase en el último suplicio, descubrió el amor perfecto...

En el transcurso de estas experiencias se desarrolló en él (pues

lo tenía innato) el sentido, el gusto de la dirección de las almas. En el cara a cara – en el corazón a corazón– con un alma, Francisco se sentía plenamente él mismo. Poseía, ciertamente, el don de atraer y de estimular a la verdadera y auténtica santidad; pero estos contactos íntimos, espirituales, los busca en primer lugar como el medio indispensable para que cada alma acceda, según su propia gracia, a «la perfección del amor puro». ¡Y no es solamente a los religiosos y religiosas a los que él desea que sean «asistidos espiritualmente»! Parece que este desconcertante *Aviso* lo dirige a todos los párrocos de sus parroquias quizá en 1604: «A los confesores y directores para discernir las operaciones del Espíritu de Dios y las del espíritu maligno en las almas». En todo caso, encontramos en estos Avisos el secreto de su modo personal de tratar con las almas. «La señal más segura de la santidad, es cuando está fundada sobre una verdadera y profunda humildad y una ardiente caridad»; y además da esta regla de oro: «Es un efecto de la gozosa conducta del *Padre de las luces*, el inspirar (al alma) con sentimientos interiores, e introducirse en ella, y descender a ella *como la lluvia sobre el césped*».

Francisco no utilizará otros principios en esta admirable correspondencia espiritual que, por abundante que sea, no representa ni la décima parte de las cartas que escribió. Y ¿qué es la *Introducción a la Vida Devota*, sino una recopilación de «memorias» espirituales, un eco de las largas y numerosas entrevistas que Francisco tuvo con la Señora de Charmoisy? Sabemos cómo vio la luz el libro. La Señora de Charmoisy debió residir en 1608, durante varios meses en Chambéry por diversos asuntos; Francisco de Sales que la dirigía desde hacía algún tiempo, le aconsejó dirigirse durante esta estancia al Padre Fournier. Fue así como el Padre conoció las «memorias por escrito» que Francisco había dejado a su penitente. El Padre se entusiasmó con ellas y pidió a Francisco que «el tesoro de devoción de la Señora de Charmoisy fuese editado».

Así lo hizo el buen obispo, confiando en el juicio de este «grande, docto y devoto religioso». Sin duda que revisó «apresuradamente»

su texto y lo «adaptó» con pequeños «arreglos» antes de entregarlo al impresor; pero dice la verdad cuando escribe a Monseñor de Vienne: «Habría observado bien, Monseñor, que esta tarea jamás fue hecha según un diseño o un proyecto. Es un memorial que yo había dirigido a un alma bella, que había deseado mi dirección; y esto, entre las ocupaciones de una cuaresma, en la que prediqué dos veces por semana.»

La Introducción se relaciona bien con la dirección espiritual acostumbrada de Francisco de Sales y refleja sus entrevistas familiares; la misma carta nos lo confirma claramente: «(Monseñor de Montpellier) me advierte que me muestro demasiado apurado y oprimido en algunos lugares, no dando bastante cuerpo a mis avisos. En esto, sin duda, veo que tiene razón, pero no habiendo dirigido esta tarea nada más que para un alma a la que yo dirigía con frecuencia, apliqué la brevedad en los escritos, por la comodidad que tenía de extenderme en palabras. Me dice todavía otra cosa, y es que para una sencilla y primera introducción, llevo demasiado adelantada mi Filotea; y esto ha sucedido porque el alma que yo trataba era ya muy virtuosa, y esto a pesar de que no tuvo ninguna experiencia de la vida devota: por esto, en poco tiempo, ella avanzó mucho.» No hay ninguna «teoría» en este libro: es una recopilación de experiencias: para comprender todo su sentido, hay que integrarlo en toda la correspondencia espiritual e incluso en todo lo que se puede saber de la dirección de Francisco de Sales.

La *Correspondencia* plantea un problema específicamente salesiano: el de la amistad espiritual. Cuando se habla de la amistad salesiana, parece que no se hace alusión más que al sentimiento que relaciona a Francisco de Sales con la Señora de Chantal y con algunas otras personas muy devotas. Esto es restringir indebidamente el campo. De hecho, la amistad es, para Francisco de Sales, el clima normal, yo diría indispensable, para que pueda realizarse una dirección espiritual digna de este nombre. La amistad envuelve e incluso desborda la dirección espiritual. Y he aquí lo que define

claramente su naturaleza: no hay más amistad que la espiritual; la amistad es la comunicación de luces, de santos deseos, de gracias, entre dos almas que aspiran igualmente a la perfección del divino amor y que se ayudan en esta búsqueda.

No señalaré aquí nada más que dos ejemplos, pero son suficientes. primero el de Antonio Favre: ¿cuál de los dos, del senador o del preboste, se dirá que fue el «director» del otro? Todo les era verdaderamente común. Antonio era el confidente de los proyectos de Francisco y era el primero en intentar su realización. Francisco colaboraba en los trabajos de Antonio, por ejemplo en el Códice que llevará su nombre. Francisco aconsejaba a Antonio, pero, también con frecuencia le pedía su consejo: así pues, en el tiempo del Chablais, se dirige a él para que juzgue si tiene que permanecer en Thonon, o si debe publicar sus *Controversias*. Juntos, los



Capilla de la Maison de la Galerie en Annecy.

dos amigos inauguran en el invierno de 1606-1607 la *Academia Florimontana*. Es, en cierto sentido, la prolongación, en beneficio de toda la élite cultivada de Annecy e incluso de Saboya, de lo que constituyó el fervor de su correspondencia de juventud o el encanto de estas entrevistas familiares que ellos mantuvieron en el hotel del Clos de Cran, en Annecy: la puesta en común de toda su cultura y de toda su virtud. «El fin de la Academia será el ejercicio de todas las virtudes, la soberanía de la gloria de Dios, el servicio de los Serenísimos Príncipes y la utilidad pública»: así comienzan los estatutos. Es su amistad la que sostiene la Academia Florimontana y le proporciona su alma.

Cuando en 1610, Antonio Favre, promovido a la presidencia del Soberano Senado, abandona Annecy para ir a Chambéry, la brillante Institución decae. La correspondencia entre Francisco y Antonio será entonces con frecuencia una correspondencia de asuntos entre un obispo y un presidente del Senado, pero la amistad permanece: «Me parece que nuestra amistad no tiene límites, y que estando tan arraigada en mi corazón, es también tan antigua como él.» Un nuevo lazo se establece en 1610 entre los dos amigos: «La Señorita Favre, escribe Francisco a la Señora de Chantal el 5 de febrero, se ha decidido por fin, con el permiso favorable de su padre, a pertenecer enteramente a Nuestro Señor y a permanecer hija mía para siempre, y yo creo que haremos de ella algo bueno»: En la fiesta de Pentecostés del año 1610, María Jacqueline entraba en la Casa de la Galería, acompañada de la Señora de Chantal y de la Señorita de Bréchar. Este día, la amistad entre Francisco de Sales y Antonio Favre adquirió su pleno significado.

Cuando se habla de las amistades de Francisco de Sales, viene al espíritu el nombre de la Señora de Chantal, y con razón: basta con abrir la *Correspondencia* para recoger con abundancia las pruebas de una adhesión privilegiada, total, a la vez respetuosa y fuerte, cuyo tono, incluso en las expresiones más tiernas, permanece más bien paternal que amistoso. «yo sé que vos tenéis una entera y per-

fecta confianza en mi afecto, le escribe por ejemplo el 24 de junio de 1604... Sabed también y creedlo bien, que tengo una viva y extraordinaria voluntad de servir a vuestro espíritu con todas mis fuerzas. No sabré explicaros ni la calidad ni la grandeza de este afecto que tengo por vuestro servicio espiritual, pero os diré que pienso que proviene de Dios y que por ello, lo alimentaré cariñosamente, y que todos los días lo veo crecer y aumentar notablemente... Aquí me tenéis todo vuestro... Dios me ha entregado a vos: consideradme vuestro en él.»

Pero conviene anotar, de qué manera esta amistad se sitúa en el plano de «la perfección del divino amor» desde su origen. En primer lugar, es Dios quien la ha querido: él ha preparado maravillosamente el encuentro de Francisco y de la Señora de Chantal en Dijon; él lo ha revelado con anterioridad a uno y a la otra; pero sobre todo: «(Esta elección que vos habéis hecho de mí para ser vuestro padre espiritual), tiene todas las trazas de una buena y legítima elección, escribe Francisco a la baronesa el 14 de octubre de 1604. Este gran movimiento de espíritu que os ha llevado casi por la fuerza y con el consuelo; la consideración con la que he examinado antes de consentir en ello; el hecho de que ni vos ni yo nos hemos fiado de nosotros mismos, sino que hemos aplicado el parecer de vuestro confesor, bueno, docto y prudente; el hecho de que hayamos dado tiempo desde las primeras agitaciones de vuestra conciencia para que se calmasen, por si acaso estuviesen mal fundadas; el hecho de que todo esté precedido por las oraciones, no de un día ni de dos, sino de muchos meses, son indudablemente señales infalibles de que esto era la voluntad de Dios.»

Desde las primeras cartas, Francisco se cuida muy mucho, de entrada, de establecer sus relaciones en la santa libertad de la pura caridad: «Jamás he pensado que entre nosotros haya una relación que comporte alguna obligación, si no es la de la caridad y de la verdadera amistad cristiana, cuyo lazo es llamado por san Pablo *el lazo de la perfección*. Este es nuestro lazo, nuestras cadenas, que

cuanto más estrechas sean, más alegría y libertad nos proporcionarán.»

Un año más tarde, el 1 de agosto de 1605, escribe Francisco a la Señora de Chantal estas líneas decisivas: «No os diré nada de la grandeza de mi sentimiento respecto a vos, pero os diré que permanece muy por encima de toda comparación: y este afecto es blanco como la nieve, más puro que el sol; y por esta razón es por la que dejé las riendas libres durante esta ausencia, dejándolo correr a su antojo. Oh, Señor Dios, no se puede decir el consuelo del que gozaremos en el Cielo al dejarnos arrastrar en ese mar pleno de caridad, puesto que sus riachuelos nos proporcionan tanta»

No seguiremos en sus etapas la evolución de esta amistad: ella desembocará un día en la fundación de la Orden de la Visitación de Santa María. «saludo a esas queridas hijas que os rodean, escribiré a la Señora de Chantal, algunos días después de la ceremonia: Estos son mis dulces amores en Jesucristo, y vos, mi querida Hija, sois mi propio corazón en Aquel que, para tener el nuestro, os presenta el suyo descubierto... en el presente, contemplo con tanta intensidad nuestra Congregación que la tengo presente noche y día.» En el mismo escrito, Francisco «daba la razón» a su corresponsal de la manera como hacía su meditación... Todo entre ellos era caridad y libertad, todo era intercambio de los dones de Dios.

La Visitación de Santa María y el Tratado del Amor de Dios

Al fundar la Visitación de Santa María, Francisco hacía algo más que añadir una Congregación nueva a las Órdenes ya existentes... Realizaba un tipo nuevo de vida consagrada, el tipo original que su experiencia espiritual, su reflexión, el contacto con las almas le habían conducido a concebir como expresión de la vida consagrada a Dios. «Las clausuras más rígidas del mundo no llegan a conseguir

almas unidas a Dios». Tampoco las grandes austeridades y mortificaciones. Tampoco las observancias más severas, ni siquiera la alta contemplación, ni los éxtasis más extraordinarios, sino, solo el amor de Jesucristo. ¿La Visitación? En el fondo, para Francisco de Sales, es el verdadero monasterio reformado: todo lo exterior de la vida religiosa no es nada, si el corazón humano no está lleno del amor de Jesucristo.

Para definir en qué consiste el espíritu de la Visitación de Santa María, solo las Visitandinas tienen competencia y autoridad: para comprender la Regla de la Orden, hay que vivir esta Regla desde el interior. La cuestión histórica es otra cosa; consiste en reunir y en interpretar lo mejor posible los documentos que han precedido o acompañado la fundación. Esta tarea es aquí inmensa y apasionante: puesto que Francisco de Sales ha puesto en marcha su proyecto de Congregación religiosa, valiéndose de su experiencia personal, a merced de los acontecimientos, a través de los cuales se manifestaba la voluntad de Dios.

Todo comenzó parece ser, en Dijon, y por una inspiración que se impuso a su alma. «Nuestra Congregación, escribe el 24 de mayo de 1610, al Jesuita Nicolás Polliens, es el fruto del viaje a Dijon, por causa del cual yo no puedo jamás mirar las cosas en su aspecto natural; y mi alma estaba secretamente forzada a penetrar en otro suceso que se refería directamente al servicio de las almas y que prefiero exponerlo a la opinión y a merced de los buenos, más que a la crueldad y calumnia de los malvados.» Se trata del viaje y la permanencia en Dijon en 1604, de la Cuaresma predicada en la Santa Capilla del palacio de los Duques, y del primer encuentro con la Baronesa de Chantal...

Pero las etapas fueron numerosas y difíciles antes que el proyecto se realizase. Durante tres años, Francisco lo guardará en secreto, reflexionará sobre él, lo rezará y no dirá ni una palabra a la Señora de Chantal, ni con ocasión de la entrevista con Saint-Claude en agosto de 1604, ni siquiera durante el retiro que ella hizo en Sales bajo su

dirección, en mayo de 1605. En junio de 1607, cuando ella vino a verle a Annecy, fue cuando él le reveló su proyecto. Hasta entonces, Francisco no había querido aprobar, y menos aún animar el deseo que a veces manifestaba la baronesa de abandonar el mundo: «Yo pensaré en ello a menudo y ofreceré varias misas para obtener las luces del Espíritu Santo, le respondía él todavía el 11 de febrero de 1607; Pues, considerad, hija mía, que se trata de una obra maestra que debe ser pesada con el peso del santuario.»

Por fin, en mayo se decide el viaje de la Señora de Chantal; en junio ese encuentran en Annecy, y es durante esta estancia, el 4 de junio, lunes de Pentecostés, cuando Francisco le declara «la elección que ha hecho de ella». El 2 de julio, en «la octava de su partida», él le escribe: «Yo siento para mí (esta elección) cada vez más firme en mi alma; y puesto que, después de tantas consideraciones, de oraciones y sacrificios, hemos tomado nuestras resoluciones, no permitáis a vuestro corazón albergar otros deseos, sino que bendiciendo a Dios por la excelencia de otras vocaciones, deteneos humildemente ante esta, más baja y menos digna, pero más adaptada a vuestras posibilidades y más digna de vuestra pequeñez. Permaneced sencillamente en esta decisión, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.»

Al proyecto no le faltaba audacia y requería una grande confianza en Dios: «Veo en él grandes dificultades para su realización, Francisco fue el primero en confesarlo, y no veo el modo de superarlo; pero estoy seguro de que la divina Providencia lo llevará a cabo por medios desconocidos por las creaturas.» Tres años más tarde, en la fiesta de la Trinidad, el 6 de junio de 1610, la Señora de Chantal, Charlotte de Brécharde y Jacqueline Favre eran introducidas en *la Galería* por el Señor de Ginebra; Jacqueline Coste, la criada, las atendía: la Visitación de Santa María comenzaba. Después de un año, día por día, en la Saint-Claude de 1611, la Madre de Chantal y las Hermanas de Brécharde y Favre pronunciaban su «oblación», y Monseñor les imponía el velo.



La segunda Visitación (jardín interior) en Annecy.

Pero las Constituciones de la nueva Congregación no estaban todavía editadas. Varios «ensayos» que datan de estos años 1610-1611, se transformaron en una redacción verdadera hacia julio-septiembre de 1613. Pero, a propósito de la fundación de Lyon, surgió el conflicto entre el arzobispo Monseñor de Marquemont y Francisco de Sales; el 2 de febrero de 1616, Francisco acepta que la Visitación sea transformada en Orden religiosa, en «Religión formal», como él dice. Francisco revisa la Regla para adaptarla a las nuevas exigencias canónicas. Hacia agosto de 1616 y enero de 1617, el manuscrito ya está preparado. Finalmente, en julio de 1618, Francisco recibió de Roma la carta pontificia que erigía la Visitación en Orden religiosa. Transformaba la Casa de Annecy «en monasterio bajo la Regla de San Agustín»... ¡Hacía más de catorce años que en Dijon, Dios había inspirado a Francisco la fundación de una Congregación!

Para estar ciertos de comprender bien la intención que tenía Francisco de Sales al fundar la Visitación de Santa María, conviene proceder con una extrema prudencia. Todo su pensamiento religioso y apostólico de los años 1604-1618 se encuentra de hecho comprometido en este proyecto y que deberemos reconstituir. En principio habrá que seguir su correspondencia, carta por carta, – y no solamente las que intercambió con la baronesa de Chantal o con las primeras vocaciones Visitandinas como Charlotte de Brécharde o Jacqueline Favre, sino también las que intercambió con almas «laicas y seculares» ávidas de perfección. Habrá que analizar también documento tras documento, el dossier de las Constituciones y el de las fundaciones. Y esto no bastará todavía: será indispensable tratar de descubrir de cerca el trabajo de la gracia en el alma de las primeras Hermanas, y también en el alma del mismo Francisco, y de confrontar todos estos datos con la lenta elaboración del *Tratado del Amor de Dios*. De hecho, todo esto ha servido para el comienzo de la Visitación de Santa María, como también la acción misionera del obispo en su diócesis y fuera de ella. Las

Entrevistas dan testimonio de ello... Un estudio de estas características sobrepasaría los límites de este libro. Nos vamos a ceñir a algunas anotaciones que nos parecen más esenciales.

Hay un hecho que es capital: la Visitación de Santa María está unida estrechamente, – se podría decir que es su realización ideal, – a lo más elevado de la doctrina espiritual de Francisco de Sales. Esta cumbre, ya lo hemos visto, es el amor puro y, para acceder a este amor puro, se necesita la abnegación perfecta, el vacío total del amor propio. Al definir en sus Constituciones «el fin para el cual ha sido fundada esta Congregación», Francisco de Sales señala claramente que él entiende por esta fundación, permitir a las almas, a todas las almas, sea cual sea su edad o su estado de salud, el «consagrarse a la perfección del amor divino»: «esta Congregación ha sido erigida de tal forma que ninguna gran dificultad pueda impedir a los débiles y a los enfermos el pertenecer a ella, para dedicarse ahí a la perfección del amor divino.» Las personas «de buena y fuerte complexión» tendrán acceso a ella; y también las «viudas», con tal de que hayan «atendido suficientemente sus asuntos», y especialmente dejen atendidos a sus hijos; y sobre todo, las personas «que, por su edad o por alguna (debilidad) corporal, no puedan tener acceso a los monasterios más austeros.»

Estas palabras son importantes, puesto que crean un nuevo criterio de aptitud para la vida religiosa. Lo que se pide a las postulantes, no es la salud del cuerpo para seguir sin desfallecer una Regla austera, sino «un espíritu sano y bien dispuesto a vivir en una profunda humildad, obediencia, sencillez, dulzura y resignación.» En 1619, a propósito de una candidata lisiada, Francisco escribirá a la Madre de Chantal: «Pensaré eternamente que jamás se deje de recibir en la Congregación lisiadas, a no ser que se trate de lesiones contempladas en la Regla, que no es el caso de esta chica, que no tiene el uso de sus piernas; ya que, sin piernas, se pueden cumplir todos los ejercicios esenciales de la Regla: obedecer, rezar, cantar, guardar silencio, coser, comer, y, sobre todo, tener paciencia con

las hermanas que la llevarán, cuando ellas no estén dispuestas y prontas para practicar la caridad... No veo nada que deba impedir su recepción, si ella no tiene dañado el corazón.»

Si Francisco de Sales borra de sus Constituciones un rasgo tan claro como es «la austeridad austera», es porque pretende claramente que «el fervor de la caridad y la fuerza de una intimísima devoción suplan a todo esto», y que exijan al alma una unión con Dios extremadamente viva. De la fuerza y de la debilidad espiritual, Francisco tiene la misma concepción que san Pablo: «*Cuanto más débil soy, más fuerte me siento*». Amor y humildad van a la par, se reclaman el uno a la otra: «Viendo vuestra Congregación, escribe en el prefacio de las Constituciones, pequeña en sus comienzos y siempre grande en el deseo de perfeccionarse cada vez más en el santo amor de Dios, y en la abnegación de cualquier otro amor, me ví obligado a asistirle con cariño, acordándome bien de que nuestro Señor, como lo dice él mismo, vino a este mundo para el bien de sus ovejas, no solamente para que tuviesen la verdadera vida, sino también para la tuviesen más abundantemente.» en el *Libro de los Votos*, Francisco escribe de su puño y letra el 6 de junio de 1611, día de la entrega de las tres primeras Madres: «La humilde gloria de las Hermanas de la Congregación. No tenemos más lazo de unión que el lazo del afecto, *que es el lazo de la perfección... La caridad de Jesucristo nos apremia.*»

Esta concepción de la vida religiosa requiere que las almas que se consagran a ella, reciban una formación espiritual sólida y profunda apoyada por una fe viva. La verdadera devoción supone una alma fuerte. Y la fuerza del alma no se adquiere nada más que en la lucha cotidiana. Francisco de Sales lo sabe. No es una casualidad que él recomiende con tanta insistencia a la baronesa de Chantal, en 1607, la lectura asidua del *Combate espiritual*, ese libro de Scupoli «que es mi libro preferido, y que llevo siempre en el bolsillo desde hace dieciocho años, y que siempre releo con provecho»; puesto que «la virtud de la fuerza y la fuerza de la virtud no se adquieren nunca en la paz.»

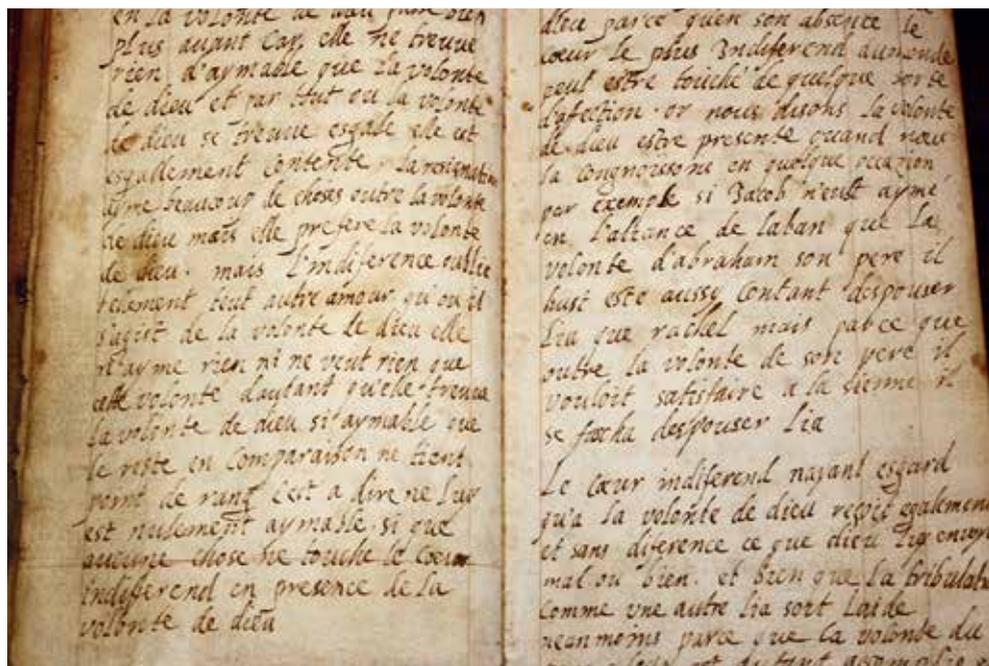
Francisco no ha ahorrado ni su tiempo ni sus cuidados, para formar el alma de la Señora de Chantal y la de las primeras Hermanas, incluso antes de su entrada en religión. Él pensaba que de la solidez de estas piedras angulares depende la estabilidad y la duración de todo el edificio. En un documento extremadamente interesante, – que hay que datar sin duda en septiembre-diciembre de 1614 – *«Prefacio para la instrucción de las almas devotas sobre la dignidad, antigüedad, utilidad y variedad de las Congregaciones o Colegios de Mujeres y de Hijas dedicadas a Dios»* –, Francisco llega a esta constatación: «No hay ningún género de vida en este mundo que no tenga inconvenientes»: la soledad o la conversación (es decir, la vida comunitaria), la doctrina o la ignorancia, los cambios frecuentes de los superiores o «el tenerlos a perpetuidad», las visitas de los Generales o su residencia permanente en una ciudad, la mendicidad o la seguridad de los recursos: todo tiene ventajas y todo comporta riesgos para la vida espiritual... «Las abejas en invierno, permaneciendo encerradas, corren el riesgo de rebelarse y de matarse unas a otras; pero en verano que salen fuera, corren el riesgo de perderse.»

¿En qué consiste la salvaguarda de las almas religiosas? «Si el espíritu de devoción reina en las Congregaciones, una clausura mediana bastará par formar en ellas buenas servidoras de Dios; si ese espíritu no existe en ellas, no será suficiente la más rígida clausura del mundo. Por tanto, el espíritu de piedad reinará en ellas siempre si los superiores tienen el cuidado paternal que deben tener.» Que la Madre de Chantal estuviera inspirada al pronunciar «el voto de una muy excelente perfección», y que fuese autorizada por Francisco de Sales el 27 de diciembre de 1611, esto era muy importante no solamente para el alma de la fundadora, sino para toda la fundación.

En esta educación espiritual Francisco concede al corazón humano un rol primordial, lo coloca en el centro, estudia sus movimientos, los atractivos y las repugnancias, las generosidades y las

tibiezas. El corazón es para él el lugar del amor, como es también el lugar de las renunciaciones y de la abnegación: «Esperemos, escribe Francisco a la Madre de Chantal, que el Espíritu Santo nos llene un día de su amor santo; y mientras tanto, esperemos perpetuamente, y hagamos sitio a este fuego sagrado, vaciando nuestro corazón de nosotros mismos tanto como nos sea posible. ¡Qué alegres estaremos, mi muy querida Madre, si cambiamos un día nuestro yo-mismo con este amor que, haciéndonos uno, nos vaciará perfectamente de toda multiplicidad, para no tener en el corazón nada más que la soberana unidad de la Santísima Trinidad, que sea bendita para siempre por los siglos de los siglos. Amén!»

Francisco tiene una preocupación tan seria, yo diría, de comprometer el corazón humano en la «devoción», y en la vida de perfección, que lo quiso inscribir como símbolo en el escudo de la



Comienzo de un manuscrito autógrafo de Juana de Chantal
(Trévisé, monasterio de la Visitación).

Visitación. Un pequeño escrito del 10 de junio de 1611 nos relata ingenuamente cómo le vino esa inspiración. Esa mañana, no pudo ir a celebrar la misa en *la Galerie* y se hizo reemplazar por el Señor Rolland. Pero, dice la Madre de Chantal, «no es buen mensajero para llevaros el pensamiento que Dios me ha concedido esta noche: que nuestra casa de la Visitación es, por su gracia, bastante noble y bastante considerable para tener sus escudos, su blasón, su lema y su distintivo. He pensado, pues, mi querida Madre, si estáis de acuerdo en ello, que nos hace falta tomar por escudo un único corazón, atravesado por dos flechas, encerrado en una corona de espinas, este pobre corazón servirá de enclave a una cruz, que le sobrepasará y será grabado con los sagrados nombres de Jesús y de María.» Y la explicación mística de este símbolo es la siguiente: «Verdaderamente nuestra Congregación es obra del corazón de Jesús y de María. El Salvador moribundo nos ha concebido por la apertura de su sagrado corazón; es pues muy justo, que nuestro corazón permanezca, con una cuidadosa mortificación, siempre rodeado de la corona de espinas que permanecerá sobre la cabeza de nuestro Jefe, mientras que el amor le tenga clavado en el trono de sus dolores mortales.» El amor y la abnegación del corazón humano, según Francisco de Sales, no se explican ni se justifican nada más que refiriéndose al amor de Jesucristo Crucificado. Su religión va de corazón a corazón.

Llama la atención que este ideal no sea solamente simbolizado en los «escudos» de la Congregación, sino que sea todavía, por así decir, inscrito en su historia. No relataremos aquí las diferencias que opusieron al arzobispo de Lyon, Monseñor de Marquemont, a Francisco de Sales, y que terminó por hacer de la Visitación una Orden enclaustrada. Retendremos solamente la magnífica respuesta que dirigió Francisco al arzobispo el 2 de febrero de 1616. ¡Es un escrito que merecería que se examinaran todos los matices! ¡Cómo se integra perfectamente en la espiritualidad salesiana! Francisco no oculta que la supresión de «la visita a los enfermos»,

obligatoria en la clausura perpetua, es para él un sacrificio e incluso, a su parecer, es una pérdida espiritual. Pero con una magnífica altura de miras, reconoce que lo esencial de la vida religiosa no está aquí; y, puesto que «en la transmutación de la Congregación de la Visitación en Religión formal, se podrá exactamente mantener la finalidad de la misma... El obispo de Ginebra acoge muy libremente y con gran corazón» el deseo de Monseñor el arzobispo. Así pues, puesto que las almas, todas las almas, incluso la de las personas débiles y enfermas, podrán «dedicarse a la perfección del amor divino», según sus principios espirituales, Francisco «acepta con dulzura la elección que le agrada llevar a cabo a Monseñor el Arzobispo»: «La finalidad de la Congregación se mantendrá fácilmente en la Religión, con tal que esta finalidad sea amada, aceptada y favorecida, tanto como lo requiere la necesidad del bien de las almas en esta zona de la Galia.»

No hay ninguna necesidad de subrayar la perfecta concordancia entre la idea de la vida religiosa que empuja a Francisco a fundar la Visitación y la doctrina espiritual que él expone en el *Tratado del Amor de Dios*. La Orden y el libro aparecido en agosto de 1616) han madurado juntos en el espíritu de Francisco, y él no niega en el Prefacio del Tratado, que el cuidado de sus Visitandinas haya influido fuertemente en la redacción de la obra: «Hace ciertamente mucho tiempo que había proyectado escribir sobre el amor sagrado, pero este proyecto no era comparable en absoluto a lo que en esta ocasión (el cargo de la Visitación) me ha hecho escribir.» Es cierto que las confidencias de sus Hijas han influido en el pensamiento de Francisco sobre los problemas concretos y prácticos, de la vida religiosa; pero no es menos cierto, – y dicho esto, no pretendemos minimizar la influencia de la Visitación en la inspiración del Tratado, sino todo lo contrario, – que el *Tratado del Amor de Dios* permanece bien a los ojos de su autor, como el libro de todas las almas que quieren «dedicarse a la perfección del amor divino», sean «laicas o seculares», viviendo «entre las preocupaciones y los

asuntos del mundo»; permanece por encima de todo una «Vida de santa Caridad» que Francisco predica a todos como expresión suprema del amor, del abandono perfecto a la voluntad de Dios; él propone como modelo único de la santidad, según la doctrina «del gran y milagroso san Pablo», a Jesucristo crucificado. No tiene nada de sorprendente que el *Tratado del Amor de Dios* y la Orden de la Visitación tengan entre sí resonancias tan íntimas: el uno y la otra han nacido del mismo corazón, el corazón devoto y apostólico, el corazón evangélico de Francisco de Sales.

Francisco escribía un día a la baronesa de Chantal, que llevaba grabado en su pecho el nombre de Jesús: «Mi punto (de meditación) era sobre esta petición de la Oración dominical: *Santificado sea tu nombre, Tu nombre sea santificado*. ¡Oh Dios mío, decía yo, ¿Quién me dará esta dicha de ver un día el nombre de Jesús grabado en el fondo del corazón de aquella que lo lleva marcado en su pecho?... Es ahí, en el fondo del corazón, donde solamente se realizan - para las almas, las almas religiosas y las almas seculares y las almas sacerdotales - las conversiones auténticas, las reformas: el *Tratado del amor de Dios*, este prodigioso breviario de la mística cristiana, no hace otra cosa que exponer esta idea fundamental de Francisco de Sales. ¿Dónde nos conducirá finalmente? El último capítulo de «estas cosas, Teótimo, que por la gracia y el fervor de la caridad han sido escritas para vuestra caridad», se titula: «El Monte Calvario es la verdadera academia del afecto». ¿Una academia de amor? Ese es precisamente el nombre que utiliza Henri Bremond para designar la Visitación de Santa María.⁴¹

41 H, BREMOND, op, cit., T. II, pp. 573-583.



9. HACIA EL AMOR PURO

La tercera estancia en París

Hacia mediados de octubre de 1618, Francisco de Sales emprendía, por tercera vez en su vida, el camino de París. En realidad París había invitado expresamente al predicador que le había encantado en 1602, pero el susceptible Carlos Enmanuel se oponía a que Francisco les predicase la cuaresma. En esta ocasión tenía que ceder y permitir que París volviese a escuchar a Francisco: pues el Príncipe Cardenal de Saboya se dirige a la corte para solicitar la mano de la joven Cristina de Francia para el príncipe del Piamonte, el hijo mayor de su Alteza.

La embajada tuvo éxito: el matrimonio tuvo lugar en febrero de 1619. No volvió a Saboya hasta el mes de septiembre. Este año parisino fue para Francisco un año muy apostólico: pues cada uno quería oírle predicar y entrevistarse con él, confesarse con él o recibir sus direcciones. «He encontrado en París un crecimiento de la piedad tal que me ha maravillado, escribe. No se olvida de sus amigos y sus hijas de Annecy; las cartas salen numerosas hacia Saboya y no se cuentan entre ellas la menos ingenuas, las menos espirituales de la *Correspondencia*. «Yo quisiera ciertamente, escribe el 23 de junio de 1619 a la Señora de Chantal, tener un bonito ramillete del desierto de nuestro glorioso san Juan, para presentarlo a vuestra querida alma; pero la mía, más estéril que el desierto, no ha sabido encontrarlo hoy, de manera que de verdad ella ha tenido esta mañana y todavía lo tiene presente un cierto pequeño e insensible sentimiento de no querer vivir más según la naturaleza, sino que mientras que sea posible, vivir según la fe, la

esperanza y la caridad cristiana, a imitación de este hombre angélico al que vemos en el desierto profundo, contemplar solo a Dios y a sí mismo. ¡Qué feliz es aquel que no ve más que estos dos objetos, uno de los cuales le transporta al afecto soberano, y el otro le precipita en la abyección extrema.»

Esta permanencia en París recapitula por así decir, y corona la vida y la obra de Francisco de Sales. La Señora Acarie ha muerto, pero el Carmelo, que él le ha ayudado a fundar, se propaga. Francisco tiene entrevistas con Pierre Bérulle que ha introducido el Oratorio en Francia, con el abad Bourdoise, con Vicente de Paúl, sobre la formación del clero. Se entrevista con la Madre Angélique Arnauld que tiene entre manos entonces la reforma de su abadía de Port-Royal des Champs, y la reforma, todavía más árdua, de la abadía de Maubuisson, y él la aconseja: «No os carguéis demasiado de desvelos y de austeridades (y creedme, mi muy querida Hija, puesto que sé bien lo que os digo aconsejándoos esto), sino id al Port Royal de la vida religiosa por el camino real del afecto a Dios y al prójimo, de la humildad y de la bondad extrema.»

El 7 de abril de 1619, funda en la capital un nuevo monasterio de la Visitación y confía la dirección de sus hijas a Vicente de Paul, que asumirá este cargo durante más de cuarenta años. Entre los prelados que encuentra en la corte, resalta al joven obispo de Luçon, Monseñor Armand de Plessis de Richelieu, y respecto a él dice : «Me juró plena amistad y me dice que finalmente se unirá a mi partido, para no pensar en otra cosa que en Dios y en la salvación de las almas». Aunque no mantuvo su admirable propósito, Richelieu guardó, al menos, una gran veneración por Francisco de Sales.

Durante esta permanencia en la Corte, hay un peligro más serio que amenaza continuamente a Francisco: el cardenal de Gondi, arzobispo de Paris, apoyado por los cardenales de la Rochefoucauld y del Perron, tiene el proyecto de retener al obispo de Ginebra en París y de hacerle nombrar coadjutor, con derecho de sucesión: «es

un proyecto que agrada al rey Luis XIII». Todas las dificultades están previstas y allanadas: el propio hermano de Francisco, Jean-François, será nombrado obispo de Ginebra (el obispado de París correrá con los gastos de la consagración); Francisco tendrá la rica abadía de Sainte-Geneviève... Se tuvo el buen gusto de no hablarle de la púrpura que no tardaría en caerle sobre los hombros... «El bienaventurado agradeció al cardenal su benevolencia y le expuso al mismo tiempo que ya estaba atado por otra parte, después de tantos años, y que incluso no se sentía demasiado fuerte como para sostener el peso del obispado de Ginebra y que sentía ya la vejez y se veía sujeto siempre a muchas enfermedades e incomodidades.»

Al año siguiente, el 26 de febrero, Francisco proporcionará a la Madre Chantal, conmovida al enterarse de la promoción de Jean-François de Sales a la coadjutoría de Ginebra, no otra versión, sino una traducción de su respuesta: «Yo dije (al cardenal) bastante claramente en Tours, que yo aceptaría un divorcio solo para no ser ya desposado nunca más... En cuanto a que yo me encargase de la esposa de otro por obligación, pienso que sería imposible.» Pero no pudo escapar al deseo de la pequeña y deliciosa Marie-Christine de Francia, que, seducida por su buena gracia, le quiso como capellán mayor: al menos él obtuvo que a su aceptación del título se pusiese una cláusula atenuante: ¡su hermano Jean-François ejercería el empleo!

El deseo de jubilación y de soledad

«Yo aceptaría un divorcio solo para no ser ya desposado nunca más...» Esta humorada esconde, sin duda, un deseo. Al volver a Annecy, Francisco retoma el ritmo habitual de sus preocupaciones y ocupaciones, pero parece que en el fondo de su corazón, y sin dejarlo aparecer, aspira a la soledad. Algún tiempo después,



Monumento a san Francisco de Sales
en la fortaleza de los Allinges.

el capellán de la princesa Marie-Christine fue nombrado coadjutor de Ginebra, sin que él, su hermano, «haya dicho ni escrito una palabra, ni mendigado ni procurado alguna recomendación». Francisco escribe a la Señora de Chantal el 14 de mayo de 1620: «Mi hermano ya es obispo: esto no me enriquece, es verdad, pero me alivia y me da alguna esperanza de poder retirarme del trabajo: (hacia alusión a los proyectos del cardenal de Gondi) esto es mejor que un capelo cardenalicio.»

Durante el verano, Francisco redacta las Constituciones para los anacoretas del Mont-Voiron; y no teme fijar un ideal propiamente eclesial para la vida de estos ermitaños un poco vagabundos: vivirán aquí santamente, «para la mayor gloria y culto de la bendita y pura Virgen, Madre de nuestro Salvador Jesucristo, para salvación de sus almas y para la edificación del pueblo católico de las provincias vecinas de este monasterio eremita y, si no para la conversión, al menos para la disposición de los herejes a recibir la luz de la fe verdadera y saludable.» Siguiendo las indicaciones de Francisco, la vida de contemplación y penitencia volvía a encontrar su sentido evangélico.

En el transcurso del año 1621, la salud del Señor de Ginebra empeora. «Vivo ya con un régimen en las comidas, escribe el 21 de septiembre a la Madre de Chantal, y ya no escribo por las noches, porque mis ojos no lo pueden soportar, ni tampoco mi estómago. No dependerá de mí que yo no sea viejo por mucho tiempo.»

En el otoño, el prior de Talloires previene a Francisco de que el monasterio eremitaño de Saint-Germain es restaurado y que él mismo lo había mandado, y le ruega que venga a bendecir el santuario. «Francisco admiraba la belleza de este monasterio eremita, nos cuenta Carlos Augusto de Sales, y entre las alabanzas que Francisco hacía, no pudo abstenerse de descubrir su alma: esto se ha decidido, dice, porque tengo un coadjutor, y si esto se puede realizar, por la voluntad de nuestros Serenísimos Príncipes, subiré allí; es necesario que esto sirva para mi descanso, viviré en este

monasterio eremita, porque lo he escogido. Y sobre estas palabras, abriendo la ventana que da al norte y contemplando el lago y el paisaje de Annecy exclamó: ¡Oh Dios mío, qué agradable y bueno es que estemos aquí; decididamente hay que dejar a nuestro coadjutor el peso del día y del calor, mientras que con nuestro rosario y nuestra pluma serviremos a Dios y a su Iglesia. Y sabed, Padre Prior (dice volviéndose a él) que los conceptos vendrían a la mente tan abundantes y frescos como la nieve que cae aquí en invierno.»

Francisco tenía varios proyectos y libros, cuyos títulos, si creemos a sus familiares que los revelaron en sus deposiciones en el Proceso, son significativos de su espiritualidad: *Explicación familiar de los misterios de nuestra santa fe*, *Tratado de los cuatro amores* (Dios, nosotros mismos, nuestros amigos y nuestros enemigos), y, sobre todo, una *Historia Teándrica* «en la cual quería describir la vida de Nuestro Señor Jesucristo humanizada, y proponer los medios para practicar fácilmente los principios evangélicos...» Hay que lamentar que Francisco no pudiese escribir estas obras; seguramente que nos habrían proporcionado aclaraciones nuevas y originales sobre su espiritualidad, pero se adivina solo por los títulos, que en el fondo, la doctrina hubiera sido parecida a la de la *Introducción* y a la del *Tratado del Amor de Dios*.

El interés de estos proyectos está por encima de ellos mismos. «Con nuestro rosario y nuestra pluma, serviremos a Dios y a la Iglesia»: por parte del antiguo misionero del Chablais, del obispo que tanto predicó, confesó, «se gastó y se super desgastó» en el servicio de Dios y de la Iglesia, este propósito indica una orientación espiritual, significa una elección que, el que escribe la historia de un alma, tiene que considerar como una etapa. Sin duda, que la salud de Francisco se iba debilitando; los asuntos, los viajes le fatigan cada vez más el cuerpo y el espíritu; Francisco piensa sinceramente, que no podrá utilizar mejor las fuerzas que le quedan, que sirviendo a Dios y a la Iglesia, rezando y yendo a buscar a domicilio a Filotea y a Teótimo, gracias a sus pequeños libros difundidos por



La Santa Fuente en Annecy.



Basílica de la Visitación en Annecy.

millares, para ayudarles a avanzar con paso firme en «el camino del afecto a Dios y al prójimo.»

El viaje a Avignon y la muerte

«Mientras que el Rey Cristianísimo Luis XIII y el Serenísimo duque de Saboya pensaban en entrevistarse en la ciudad de Avignon (Luis acababa de triunfar en el centro de la revuelta hugonote de Benjamin de Rohan), el Bienaventurado Francisco recibió el mandato expreso de ir allí lo antes posible.» El séquito de Monseñor sufrió en una gran inquietud: «No hubo nadie que no pensara que este viaje sería nocivo para la salud del obispo». Todos le aconsejaban que informase a su Alteza del «estado miserable en que se encontraba su salud, pero él decía: ¿qué queréis? ¡Hay que ir donde Dios nos llama.»

Francisco de Sales morirá de obedecer a Dios y a su príncipe...

«Previendo su muerte, dispuso todos sus asuntos e hizo su testamento solemne... que firmó y selló convenientemente... Rápidamente preparó todo lo que le era necesario para este viaje, dijo adiós a los suyos y predijo su muerte con palabras claras.»

Estas despedidas de Francisco fueron conmovedoras, pues no ocultaba a nadie que eran justamente sus despedidas. Él solo mantuvo una paz maravillosa. El 8 de noviembre por la mañana, celebró su misa en el oratorio de la Sainte-Source. «Mis queridas hijas, les dejaba como última consigna, que vuestro único deseo sea Dios; vuestro temor, perderle a Él; vuestra ambición, poseerle para siempre.»

Finalmente, la partida; Francisco montó a caballo, mientras que en su nombre se distribuía a los pobres algunos celemines de trigo, – pues había en la ciudad gran necesidad –.

El 14 de noviembre, Francisco llegó a Avignon. Las fiestas se sucedieron unas a otras y duraron unos diez días.

El viernes 25 de noviembre, el rey y el duque abandonaron Avignon y partieron juntos hacia la provincia de Lyon. Ya en Lyon, Francisco pidió asilo en el convento de sus Hijas en Bellecourt: «por el amor que tenía a la santa pobreza, eligió la habitación del jardinero de la Visitación, en vez de la casa, donde habitaba también el confesor de las religiosas, bajo el pretexto de que así estaría más libre para recibir a los que viniesen a visitarlo; de esta manera no proporcionaría tantas incomodidades a los suyos, y estaría más preparado para el servicio espiritual de sus muy queridas Hijas.»

Efectivamente, muy pronto, en esta pequeña cabaña hubo un desfile ininterrumpido de visitas que aumentarían su cansancio al de las ceremonias oficiales y a las predicaciones. «Dios mío, escribe a una señora el 19 de diciembre de 1622, ¡qué felices son aquellos



Relicario de san Francisco de Sales
en la Basílica de la Visitación de Annecy.

que, liberados de las cortes y cumplidos que allí funcionan, viven tranquilamente en la santa soledad a los pies del crucifijo!»

Pero era necesario que Francisco diera la última mano a su edificio espiritual y que nos mostrase, con los hechos y con su ejemplo, las supremas exigencias del «amor divino». Todo lo que hemos dicho de su espiritualidad sería falso si no insistiésemos en este último gesto de Francisco de Sales, director de almas. «¿Cuándo sucederá, había escrito en mayo de 1616, a la Madre de Chantal, que este amor natural de la sangre, de conveniencias, de buenas maneras, de correspondencias, de simpatías, de gracias, sea purificado y reducido a la perfecta obediencia del amor purísimo para el agrado total de Dios?»

Esta hora llegó para la Madre de Chantal... «hacía casi tres años y medio que ella no le había confiado su interior.» Ella se encontraba en Lyon el 10 de noviembre, cuando Francisco, bajó de Annecy a Avignon. «Pero esta vez, el Padre y la Hija no tuvieron el gusto de hablarse. El Bienaventurado le encomendó ir a visitar nuestras casas de Montferrand y de Saint-Étienne.»

El 12 de diciembre, la Madre de Chantal, de vuelta a Lyon, esperaba encontrarse de nuevo con Francisco. Para tener más tiempo, los dos se habían incluso «liberado de la presión de otros asuntos». «Madre Mía, dice Francisco, tenemos unas horas libres. ¿Quién de los dos comenzará diciendo lo que tiene que decir?»... «Nuestra digna Madre (cuenta la Madre de Chaugy en sus memorias) que era ardiente y que tenía más cuidado de su alma que de cualquier otra cosa, respondió prontamente: «Yo, por favor, Padre mío: mi corazón tien una gran necesidad de ser revisado por vos»... «Madre Mía replicó Francisco, hablaremos de nosotros mismos en Annecy, ahora acabemos los asuntos de nuestra Congregación...».

La Madre de Chantal guardó el papel en que había escrito los asuntos de su alma y «desplegó los que tenía preparados sobre el Instituto». Los dos hablaron durante cuatro largas horas»; después, Francisco dio orden a la Madre de Chantal de ir a visitar los monas-

terios de Grenoble, Valence, Belley, Chambéry... la bendijo y se despidió de ella.

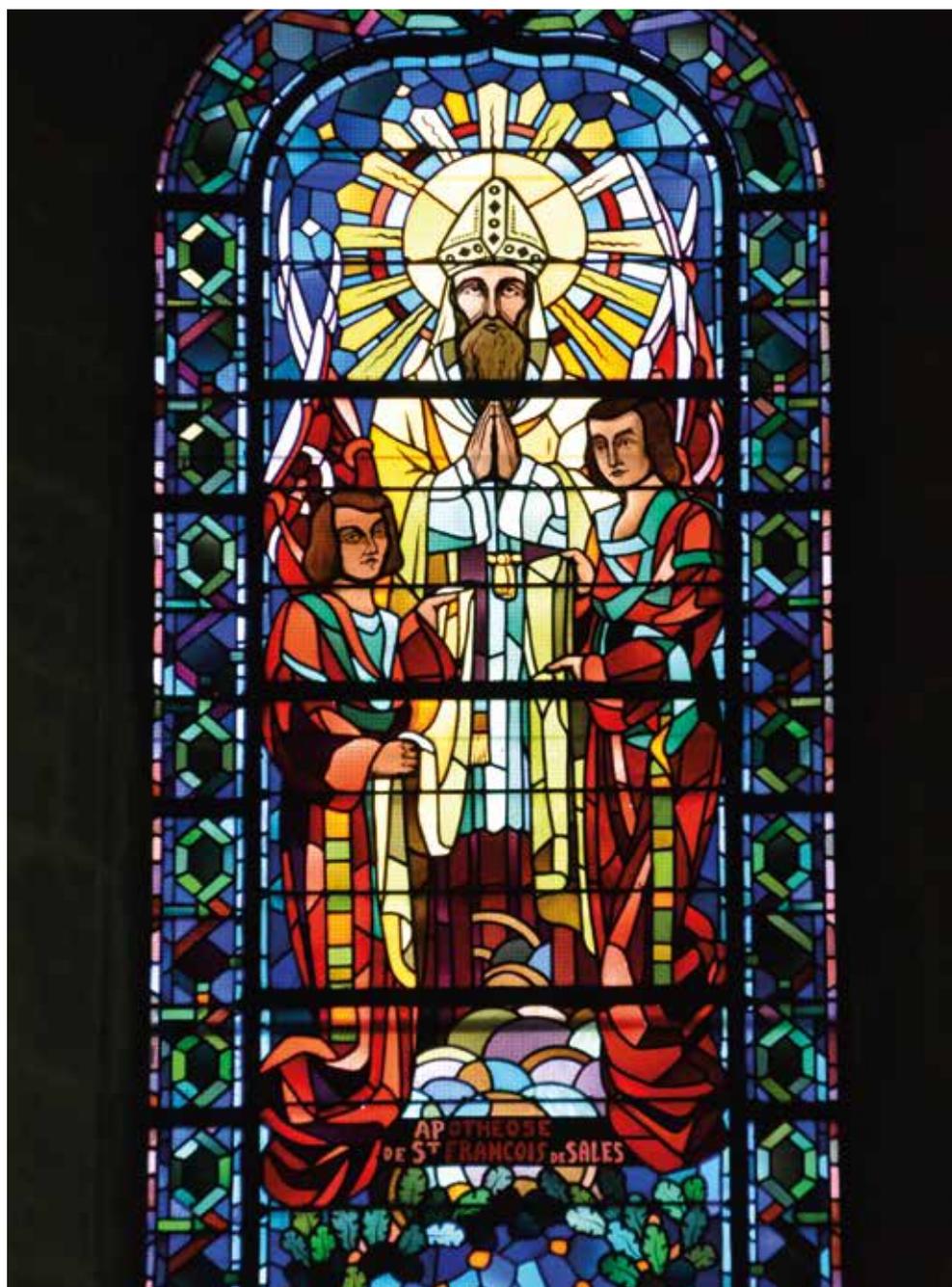
La perfección de la amistad espiritual es renunciar a sí mismo para que el alma pueda dedicarse enteramente al servicio de Dios y del prójimo: este es el verdadero término de «la Vida de la Santa Caridad», el término al que Francisco encamina, etapa por etapa, al alma que se confía a su cayado de pastor. Entonces este alma alcanza en plenitud «la libertad del amor santo».

«El día de Navidad, a media noche, celebró ante sus queridas hijas de la Visitación y les hizo una exhortación llena de ternura. Al alba, confesó a los príncipes del Piamonte y celebró ante ellos la misa de la aurora.» A las once, celebró su tercera misa. «Después de cenar, impuso el hábito de la Visitación a dos chicas y predicó muy santamente.» Al día siguiente, «se dedicó a resolver diversos asuntos».

El martes 27 de diciembre, día de la fiesta de san Juan Evangelista, hacia «las dos del mediodía... sufrió un desvanecimiento.» Sus cuidadores corrieron y le metieron en la cama. Tras una larga jornada de agonía, que una intervención quirúrgica de aquel tiempo – la aplicación del «botón de fuego» – hizo muy dolorosa, «el santo obispo entregó dulce y tranquilamente su inocentísima alma a Dios». Eran las ocho de la tarde del 28 de diciembre, fiesta de los santos Inocentes.

En los momentos más penosos de su enfermedad y de su agonía, Francisco repetía estos dos nombres: *¡Jésus! ¡Maria!*

En los días de su consagración, Francisco de Sales había escogido por modelo de su episcopado al santo obispo de Milán, Carlos Borromeo. Su deseo fue cumplido: «Para los preladados de su tiempo» él fue «otro Carlos Borromeo de este lado de las montañas». Muchos se atrevieron a decir todavía más: «Hay que llamarle la imagen del Hombre-Dios, había declarado un día el gran prior de Francia, en el Consejo del Rey. ¿La imagen del Hombre-Dios? Sí, por el corazón: Francisco de Sales tenía, sobre todo, un corazón parecido al Corazón de Jesucristo...»



La gloria de san Francisco de Sales
en la Basílica de la Visitación de Annecy.

Un día del año 1619 o 1620, Francisco hizo a la Madre de Chantal esta preciosa confidencia: «No hay almas en el mundo que amen más cordialmente, más tiernamente y por decirlo todo de buena fe, más amorosamente que yo; puesto que plugo a Dios hacer así mi corazón. Pero no obstante, amo a las almas independientes, vigorosas y que no son afeminadas: porque esta grandísima ternura revuelve el corazón, le inquieta y le distrae de la oración amorosa con Dios, impide la completa resignación y la muerte perfecta al amor propio. Lo que no es Dios, no es nada para nosotros. ¿Cómo puede suceder que yo sienta estas cosas, yo que soy el más afectuoso del mundo, como vos lo sabéis, mi queridísima Madre? Y de verdad que lo siento así; pero es maravilloso cómo yo me las arreglo par juntar todas estas cosas, puesto que estoy seguro de que no amo nada en el mundo como a Dios y a todas las almas por Dios.»

«El más afectuoso» y a la vez, perfectamente «indiferente», el más libre: ¡qué coincidencia! Francisco reconoce aquí hacia qué ideal tendía y hacía tender a las almas. Y él mismo añade: «¿Cómo es posible ésto?...» Sí, ¡este estado espiritual es un misterio de la gracia, al mismo tiempo que un misterio del corazón humano! Para llegar a esta «perfección del amor divino», no hay otro método, sino que el corazón del hombre se abandone completamente al amor de Dios, «en un perfecto vaciamiento de sí mismo». Este es finalmente, el secreto que el obispo de Ginebra nos revela con su vida y con su obra.

El Dios de Francisco de Sales es verdaderamente «el Dios del corazón humano».

A. Ravier, s.j

NOTA FINAL

Una palabra sobre el autor de este libro

Esta biografía de san Francisco de Sales fue publicada por el P. André Ravier (1905-1999) unos veinte años antes de su obra más conocida: *Un sage et un saint, François de Sales*.⁴²

Después de la muerte de Ravier, Jean Sainclair se preguntó en su boletín necrológico qué aspecto privilegiar para describir su personalidad. De hecho, el P. Ravier era un profesor, escritor, educador, pero también un hombre de gobierno en tanto que rector de un colegio provincial de jesuitas de Francia...

Pero ante todo, era un hombre que encontró a Dios y quería ofrecer a muchos otros la posibilidad de vivir la misma experiencia, como podemos constatarlo en sus muy numerosas publicaciones.

Nació el 3 de junio de 1905 en Poligny en el Departamento del Jura francés. El joven André Ravier hizo sus estudios en el colegio Notre-Dame de Mont-Roland en Dole.

Después de obtener su bachillerato en filosofía (1922), entró en el noviciado jesuita en Lyon, en la colina de Fourvière, cerca del célebre santuario mariano. Después de terminar el primer ciclo de filosofía en la Universidad católica de Lyon, se trasladó a Grenoble donde obtuvo una licencia en letras y filosofía con una tesis sobre la imagen de Dios en la filosofía religiosa de Jules Lachelier. En 1937, fue ordenado sacerdote.

42 André RAVIER, *Un sage et un saint, François de Sales*, Paris, Nouvelle Cité 1985 (trad. ital. Francesco di Sales. un dotto e un santo, Milano, Jaca Book 1987).

Después de cumplir su servicio militar, enseñó griego, filosofía y francés en el colegio de Yzeure. Allí, con dos compañeros, fundó una asociación de estudiantes que, además de encargarse de la espiritualidad de los jóvenes, tenía por fin su formación integral, humana, religiosa, intelectual y social. En sus tiempos libres, llevó a cabo un doctorado de investigación en la Escuela de altos estudios de la Sorbona, sobre el Emilio de Jean-Jacques Rousseau.

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, fue enrolado como subteniente en el ejército francés. Sobrevivió milagrosamente a los primeros días de la guerra, pero en el transcurso de un bombardeo, perdió casi todo el material de su tesis que tuvo que escribir de nuevo, valiéndose de las notas y fragmentos provisionales que guardaba.

En septiembre de 1941, tras la defensa de la tesis, Ravier volvió a Lyon. Durante ocho años, fue prefecto y después rector del colegio Sainte-Hélène, donde pudo aprovechar sus conocimientos pedagógicos.

En 1951, fue nombrado provincial de los jesuitas. Era un momento particularmente crítico, tras la encíclica *Humani Generis* de Pío XII y del «asunto Fourvière». Fourvière era la sede del escolasticado de teología de los jesuitas franceses. Aquí era donde enseñaban teólogos de renombre como Pierre Teilhard de Chardin, Henri de Lubac y otros.

Su enseñanza teológica fue juzgada, sin embargo, excesivamente atenta al método histórico-crítico, demasiado ligada a las ideas del tiempo. Roma intervino con graves censuras. Como provincial, el P. Ravier se mostró atento y delicado con los hermanos censurados, tratando de comprenderlos y animarlos.

Así lo muestra su correspondencia con Teilhard de Chardin, exilado en Estados Unidos. Este, en plena crisis, escribía a uno de sus amigos: «He recibido una carta extremadamente amable y comprensiva de mi provincial de Lyon [André Ravier]. Es la primera vez que un superior me pide hablar libremente y de manera cons-

tructiva con él... Gestos como éste, valen más que todos los decretos para llamarme al Orden y más generalmente a la Iglesia, esto es importante para mí». ⁴³

Al final de su mandato como provincial, Ravier pudo al fin consagrarse a su verdadera vocación: la de escritor. Publicó libros apreciados sobre el cura de Ars y Bernadette Soubirous, así como sobre la espiritualidad de san Ignacio de Loyola, después de un viaje a Roma, que le había permitido sumergirse en los archivos de la Compañía. Durante este período, descubrió poco a poco a san Francisco de Sales, Claude de la Colombière, san Bruno le Chartreux y santa Colette de Corbie.

De 1962 a 1968, fue rector del colegio San Luis Gonzaga en París. Estos fueron, como él escribirá, «seis años maravillosos, pero difíciles». Era un tiempo de contestación y de lucha, pero también de ocasiones preciosas de reflexión sobre la identidad católica del colegio y sobre las transformaciones socioculturales. El año 1968 fue ciertamente para él un año de prueba.

Después de este cargo, fue trasladado al magnífico castillo de Fontaines en Chantilly, situado en una zona de bosques a cuarenta kilómetros de París. Era el lugar ideal para el P. Ravier: tenía a su disposición una gran biblioteca y la tranquilidad necesaria para el trabajo intelectual. A partir de este momento, fue un escritor a tiempo pleno. En veintidos años, publicó un centenar de libros, de artículos y de contribuciones de todo tipo, de naturaleza espiritual e histórica.

Su vocación de escritor no era simplemente una segunda vocación o una nueva vocación ; llevaba la escritura en la sangre. Desde los años en que era prefecto en el colegio de Yzeure, y después cuando fue provincial, compuso dos monografías para diversos

43 Pierre TEILHARD DE CHARDIN, *Lettres intimes à Auguste Valensin, Bruno de Solages, Henri de Lubac, André Ravier 1919-1955*. Introducción y notas de Henri de Lubac, Paris, Aubier Montaigne 1974, p. 418 en nota.

institutos religiosos. Le encantaba la investigación en los archivos. Lo hacía no solamente para reconstruir la historia de sus congregaciones y de sus fundadores, sino también para comprender su espiritualidad y su identidad carismática.

Tenía su estilo propio en la composición de sus libros: le gustaba ilustrarlos con imágenes de lugares y objetos, con fotos, dibujos y documentos. Sus escritos conseguían asociar de un modo natural la historia y la espiritualidad.

De esta forma presentó a san Bruno, a Francisco de Sales, a Bernardette Soubirous, a Ignacio de Loyola, a Claude de la Colombière, a Colette de Corbie y al Cura de Ars. Publicó igualmente colecciones de conferencias, libros de espiritualidad de la vida cotidiana, líneas directrices para la educación católica, descripciones de iglesias y obras de arte, meditaciones sobre la experiencia del silencio, sobre las diferentes formas de oración, sobre la iglesia, sobre Lourdes... Ha sido traducido en inglés, italiano, alemán, holandés y español. Sus escritos han sido publicados y reimpresos, incluso después de su muerte.

En el transcurso de sus últimos años, su salud se fue deteriorando lentamente. Su espíritu permanecía lúcido, pero cada vez tenía más dificultades para moverse. Se instaló en París en 1994, en la casa de reposo de los jesuitas en el centro histórico, donde continuó escribiendo y poniendo al día sus libros.

La escritura era su manera de hacer pastoral, de catequizar, de anunciar el Evangelio y de hablar de Dios. En uno de sus últimos artículos, se detuvo en el tema de la presencia de Dios, resumiendo lo que él había transmitido a los lectores en sus múltiples obras, es decir, saber cómo el hombre puede experimentar a Dios y acercarse a él.

«¿Cómo puede un corazón humano saber algo de Aquel que se ha definido: yo soy El que soy? [...] Solo la experiencia nos permite percibir algunos signos de su Presencia. Lo que es cierto, es que Dios se hace contantemente presente al hombre, le llama

a su encuentro, pero espera que el hombre le busque y venga a su encuentro». ⁴⁴

El primer párrafo del artículo contiene una profesión de fe personal, profunda y vivida. Dios existe desde siempre y en cualquier lugar, pues ha creado todo; todo nos ha sido dado por Él: Dios existe desde siempre y está presente en todas partes, presente en el hombre, formado a su imagen y semejanza. Él se ha revelado a través de la historia, y, en la plenitud de los tiempos, la encarnación ha marcado el punto culminante de la revelación. En su Hijo único, el Verbo se hizo hombre. Quien encuentra a Cristo, encuentra a Dios.

En el segundo párrafo, se pregunta por qué el hombre permanece tan insensible a la presencia de Dios. ¿Cómo es posible que no entendamos y no veamos? Hay aquí una pincelada muy personal que hace de su escrito algo más que una simple reflexión teológica: es el resultado de largos años de búsqueda y meditación. Es la síntesis muy densa de su pensamiento y de su experiencia de la vida interior. Coge al lector por la mano, le muestra los obstáculos que le impiden acercarse a Dios y le ofrece sus consejos para un camino espiritual eficaz, y sus consejos se inspiran en su gran modelo, en su fuente por excelencia que es san Francisco de Sales.

Ponerse en presencia de Dios, escribe Ravier, es, ante todo, un acto de fe. Tenemos que ser conscientes de que Dios está presente, que nos ve, nos escucha, nos ama. Es un hecho que todos conocemos, pero al que no prestamos un gran valor. Estamos constantemente sumergidos en la ola del amor que emana del Padre: aquí, en este amor, podemos vivir profundamente la presencia de Dios, como lo enseña Francisco de Sales en su Tratado del amor de Dios.

El creyente debe pasar progresivamente del estado de estar en la presencia de Dios al de vivir «constantemente» en su presen-

44 André RAVIER, *Présence de Dieu, présence à Dieu*, en "Revue des sciences religieuses" » 70 (1996) n. 3, p. 353.

cia. Este paso, escribe Ravier, no es nada fácil. Nosotros pensamos que nuestra naturaleza humana no lo permite, pues somos naturalmente distraídos y débiles. Pero Dios nos conoce tal como somos. Él sabe quién somos y, a pesar de todo, nos ama inmensamente. En consecuencia, nos dice san Francisco de Sales, no soñemos con ser lo que no somos, sino deseemos ser lo que somos... No esperemos a que todo sea perfecto, pues Dios acoge a cada uno como es.

Una vez más, Ravier retoma las palabras del obispo de Ginebra: «El culmen del éxtasis amoroso no es buscar nuestra propia voluntad, sino la de Dios y no buscar nuestro placer en nuestra voluntad, sino en la de Dios». Sentir la presencia de Dios es perderse completamente en Él: esta es nuestra razón de vivir. El abandono en Dios, la unidad total entre el creyente y el Creador, no es solamente el fin último de la existencia humana, sino que es también su fuente y su causa.

Este es el núcleo fundamental, el corazón y el alma de la obra de André Ravier. A través de sus libros es como él pretende guiarnos hacia la única transformación necesaria en la vida: la del abandono en Dios y la unión con Él. Después de haber leído, releído y meditado sus obras, sus libros y sus artículos, no podemos dejar de concluir que él ha sido el primero en seguir el camino que le fue mostrado por los santos que estudió. Su ejemplo nos anima a nosotros a hacer lo mismo.

Wim Collin, sdb.



« L'homme qui a reproduit le mieux le Fils de Dieu vivant sur la terre ». C'est ainsi que saint Vincent de Paul a témoigné au procès de canonisation de Paris à propos des hautes vertus de François de Sales.

Cette biographie présente, dans le détail et avec passion, un portrait spirituel original du Saint.

François de Sales est quelqu'un qui a voulu, comme Jésus-Christ sur terre, aimer Dieu de tout son cœur d'homme et qui, ayant expérimenté les exigences et la douceur de ce don, a travaillé à introduire le plus grand nombre d'âmes dans ce qu'il nomme "l'éternelle liberté de l'amour".

Les traits marquants de la vie de François de Sales, son cœur d'homme, de prêtre, d'évêque, de fondateur; son extraordinaire capacité de guider spirituellement les personnes qui se confiaient à lui

ANDRÉ RAVIER, (1905-1999) jésuite, ancien supérieur provincial à Lyon, a toujours cultivé les études de spiritualité. Il s'est surtout intéressé à certaines grandes figures de saints tels qu'Ignace de Loyola, Bernadette Soubirous, Jeanne de Chantal, François de Sales, le Curé d'Ars, dont il a composé de célèbres biographies.



Secteur Formation
Siège Central Salésien